



# HADES,

EL DIOS MENOS MALO

POL GISE





# HADES,

EL DIOS MENOS MALO

POL GISE



temas de hoy

# Table of Contents

<a href="#"><u>Sinopsis</u></a>	
<a href="#"><u>Portadilla</u></a>	
<a href="#"><u>Dedicatoria</u></a>	
<a href="#"><u>Introducción</u></a>	
<a href="#"><u>1</u></a>	
<a href="#"><u>2</u></a>	
<a href="#"><u>3</u></a>	
<a href="#"><u>4</u></a>	
<a href="#"><u>5</u></a>	
<a href="#"><u>6</u></a>	
<a href="#"><u>7</u></a>	
<a href="#"><u>8</u></a>	
<a href="#"><u>9</u></a>	
<a href="#"><u>10</u></a>	
<a href="#"><u>11</u></a>	
<a href="#"><u>12</u></a>	
<a href="#"><u>13</u></a>	
<a href="#"><u>14</u></a>	
<a href="#"><u>15</u></a>	
<a href="#"><u>16</u></a>	
<a href="#"><u>17</u></a>	
<a href="#"><u>18</u></a>	
<a href="#"><u>19</u></a>	
<a href="#"><u>20</u></a>	
<a href="#"><u>21</u></a>	
<a href="#"><u>22</u></a>	
<a href="#"><u>23</u></a>	
<a href="#"><u>24</u></a>	
<a href="#"><u>25</u></a>	
<a href="#"><u>26</u></a>	

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

# Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Introducción](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

26

27

28

29

30

31

Agradecimientos

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora Descubre Comparte**

## Sinopsis

Detrás de cada villano hay una historia que vale la pena conocer. Hades, el dios del inframundo, no es para menos. ¿Hasta qué punto se ha deformado su mito con el tiempo? Pol Gise, uno de los youtubers más importantes del momento —que ya ha logrado enganchar a centenares de miles de personas a las historias mitológicas con su serie de YouTube *Salseo griego*—, recrea en esta biografía los episodios más importantes de la leyenda de Hades, un personaje, dice, incomprendido. Conoceremos su rivalidad con Zeus, el hermano pequeño que acabó convertido en hermano mayor; a la vehemente Gea, su abuela, y los delirios de Cronos, Poseidón, Hydra y compañía. Con un estilo apasionado y divertido, fiel al lenguaje coloquial con el que narra los mitos, Gise nos redescubre los salseos del Olimpo como si formaran parte de nuestro mundo y acerca la literatura clásica a todos los públicos.



# HADES, EL DIOS MENOS MALO

Pol Gise



*A mi hijo*

## Introducción

Este prólogo es para los que no tenéis ni idea de cómo fue el inicio de la mitología griega o necesitáis refrescarlo antes de leer a Hades. Os pongo en contexto. Al principio de todo solo existía Caos, que vendría a ser lo que entendemos como el cosmos. De este nacieron Érebo, la oscuridad, y Nix, la noche. También apareció Tártaro, que es un abismo que se encuentra en el inframundo —Hades os hablará mejor de esta horrible creación—, y Gea, nuestra amada Tierra, que no está muy claro si también es hija de Caos o no, pero, a no ser que tenga que heredar algo, nos da absolutamente igual. Érebo y Nix se reprodujeron y tuvieron a sus opuestos, Hemera, el día, y Éter, la luz. Gea también quería reproducirse, pero, antes de hacerlo con Tártaro, primero decidió hacerlo sola, porque podía. Se partió por la mitad, sí, tal cual, y de sus entrañas nació el cielo, Urano. Después volvió a unirse como si nada hubiera pasado. Si miráis al cielo, desde la Tierra o desde el espacio, veréis que es como una manta que abarca todo el planeta sin dejar ni un solo hueco por cubrir, y eso fue lo que le permitió acosar a su madre y violarla cuando le daba la gana sin que ella pudiera hacer nada al respecto. Lo sé, es horrible, cancelad el cielo si queréis, pero el inicio de todo fue así. Los primeros hijos que tuvieron fueron los cíclopes, unos seres enormes con un solo ojo en la frente, y los hecatónquiros, otros seres aún más grandes que tenían cien brazos y cincuenta cabezas, así que imaginad cómo debían de ser sus piernas para aguantar todo eso. ¿Sabéis qué hizo Urano al ver a sus primeros hijos? Enterrarlos en el Tártaro. Le parecieron «demasiado feos». Con eso, Urano estaba estableciendo ya los estándares de belleza que aún seguimos manteniendo. A Gea se le partió el corazón, no literalmente, porque eran sus hijos y no quería que su destino fuera ese, pero no pudo hacer nada, solo cruzar los dedos para que los siguientes fueran más normativos. Y nacieron los de la segunda ronda: eran increíblemente guapos, si tuvieran redes sociales solo necesitarían

sonreír a cámara o guiñar un ojo para volver loco a todo el mundo. Pero eso también fue un problema para Urano. Esta vez se puso celoso. Dijo que eran demasiado hermosos y decidió encerrarlos. Gea maldijo a la madre que lo parió, que era ella misma, e intentó buscar ayuda en estos últimos hijos, los guapos. Yo los llamo así, pero su nombre correcto es «titanes» y «titánides». Os voy a decir sus nombres propios, son una docena, pero tampoco hace falta que os los aprendáis, Hades os los irá recordando. Jápeto, Temis, Rea, Mnemósine, Tea, Cronos, Febe, Tetis, Hiperión, Ceo, Océano y Crío. A lo que íbamos: su madre les pidió ayuda, les explicó todo lo que le hacía Urano, pero, agarraos bien, ninguno quiso ayudarla. Dijeron que le tenían miedo a su padre, e incluso, algunos, que no la creían, que necesitaban pruebas de su sufrimiento o escuchar «la otra versión». En fin, ten hijos para esto. Por suerte para Gea, no se lo había preguntado a todos los guapos, faltaba uno, Cronos, y solo la titánide Rea sabía dónde estaba. Entonces Rea le hizo una propuesta a su madre: le diría dónde se encontraba su hermano si le prometía que le hablaría bien de ella. Se ve que a Rea le molaba mucho Cronos y quería que Gea hiciera de celestina. Increíble, aprovechas que tu madre está en la mierda para hacerle chantaje. Obviamente, Gea aceptó, no le quedaba otra, y su hija le explicó dónde podía encontrarlo. Fue a por él y le contó lo mismo que a sus hermanos y hermanas, pero Cronos, a diferencia de estos, decidió ayudarla. Urdieron un plan y Cronos acabó cortándole los huevos a Urano con una hoz que había fabricado su madre. Por fin se había acabado el sufrimiento de Gea, pero entonces empezó el de Cronos. Urano le dedicó unas últimas palabras a su hijo, y hermano, Cronos: «Que tus hijos te destruyan como tú me has destruido a mí».

Madre mía lo que se ralló Cronos con la frasecita esta. Ni os lo imagináis. Como era de esperar, se arrojó con su hermana Rea y ella se quedó embarazada. Rea estaba emocionadísima con el nacimiento de su primera criatura, pero Cronos estaba muerto de miedo porque no podía sacarse las palabras de Urano de la cabeza. Tanto era su agobio que, cuando Rea dio a luz a su primera hija, Cronos se la comió al instante. Pero no os lo perdáis, que lejos de dejar de copular o tomar algún tipo de precaución divina, Rea volvió a quedarse embarazada hasta cinco veces más... y Cronos se los comió a todos. O eso pensó él. Rea solo pudo salvar a su último hijo, Zeus, al que escondió en la isla de Creta y lo dejó a cargo de una cabra y de su sobrina Metis, hija de

Océano y de Tetis, que intentó prepararlo para vengarse de Cronos y salvar a sus hermanos y hermanas, aunque él solo pudiera pensar en acostarse con ella. Como podéis ver, la historia se repite, pero derrocar a Cronos no fue tan fácil como derrocar a Urano.

Y ahora ya sí, después de todo esto os dejo con la historia de Hades. Preparaos un buen té, café, mate o brebaje similar y tomad asiento, que se vienen chismecitos mitológicos de la vida de un dios... ¿honesto?

# 1

Dicen que es imposible recordar nada de tu nacimiento, pero yo nací dos veces.

De la primera no me acuerdo. Cuando fui consciente de mi existencia estaba dentro del estómago de mi padre, pero por aquel entonces no sabía que estaba en su estómago, y aún menos que no debía estar allí. Recuerdo sentirme cansado y hambriento. Y que tenía compañía. Se oían llantos por todas partes, no podía distinguir el mío de los de mis hermanas. Poseidón nunca lloraba, siempre ha tenido los sentimientos de un tenedor. Él fue el primero al que vi: me acercó un trozo de algo que se suponía que era comida, me lo ofreció, y cuando alargué el brazo lo apartó y se lo comió delante de mis narices, el muy desgraciado. Se puso un mechón de su melena azulada por detrás de la oreja y volvió a la carga. Lo hizo hasta cinco veces, se veía cómo lo disfrutaba a través de esos ojitos azul marino. A la sexta, por fin, me dio la comida, y os juro que me abalancé sobre sus pies y se los besé como si tuvieran crema de cacahuete. Un manipulador nato.

A la segunda que vi fue a Hera, concretamente su pelo lila con mechas rubias y liso como un tobogán. La recuerdo tumbada en el intestino de padre.

Mi hermanita Hestia fue la siguiente. Cuando la vi por primera vez estaba andando arriba y abajo, agobiadísima, con las manos en la cabeza y rascándose con fuerza su media melena rosa. Si el plan de madre no hubiera funcionado, mi hermana Hestia habría hecho vomitar a padre de tanto pasearse por su estómago. Tenía los ojos más oscuros de todo el universo, pero era pura bondad. Digo «pero» porque los humanos asociáis todo lo malo a la oscuridad. Siempre me ha molestado eso. Los seres más horribles dan rienda suelta a su locura y a su crueldad a plena luz del día, delante de todos vosotros, pero parece que preferís a un monstruo honesto que a un ingenuo hipócrita.

A Deméter la conocí la última: los ojos de un color marrón fertilizante y el pelo verde como las hojas de una palmera. Poco más pude observar de ella, porque un objeto redondo y grisáceo cayó de repente del esófago de padre y nos pilló por sorpresa. Por un momento pensé que era otro más de nosotros. Del mismo color, sí, pero sin rostro ni extremidades. Entonces el estómago de padre empezó a moverse. Era la primera vez que sucedía. Me caí encima de esa cosa, que más tarde supimos que era una piedra, y me aferré a ella como si fuera mi hermana favorita. Los demás también se cayeron e intentaron levantarse, pero resultaba imposible, era tan resbaladizo que no había manera de ponerse de pie. Poseidón se resistió, pero por mucho que gritara de frustración acabó cayéndose como todos. Su primera lección de vida y quizás la única. Los temblores aumentaron y, de pronto, salimos catapultados hacia arriba. Sentí auténtico pánico, pensé que ese era el final, pero resultó ser el comienzo.

La luz del sol me deslumbró. Caímos encima de un montón de césped, estábamos en lo alto de una montaña. Se oían gritos, muchos gritos. Tardé un poco en ver y oír bien lo que sucedía a mi alrededor, tenía bilis de padre por todos los orificios, era asqueroso. Me sacudí, me limpié las orejas y los ojos como pude, y ahí fue cuando vi a Zeus por primera vez. Se notaba que él sí se había alimentado bien. Estaba ahí de pie, erguido y fuerte como el monte en el que estábamos, con su pelo espeso y frondoso como el bosque más remoto, y de un color blanco nube con reflejos dorados que hacían que brillara como si fuera una estrella. Literalmente. A su lado estaba madre, Rea, y era la viva imagen de Hera. Si quería saber cómo sería de mayor, le bastaba con mirar a nuestra madre. Pero aún teníamos otras preguntas más importantes, como quién era ese ser enorme que estaba observándonos, entre lágrimas, con el odio más puro y sincero que jamás he visto en la mirada de alguien. Padre, claro está, era padre. Me recordaba un poco a Poseidón, por el pelo, que también lo tenía azul, pero era un azul muy oscuro, el azul que hay en las profundidades del océano.

—¡Me has traicionado! —exclamó padre señalando a madre.

—¡Intentaste matar a todos nuestros hijos, pedazo de mierda! ¿Qué pensabas que iba a hacer? —respondió ella.

—¡Eso! —añadió Zeus innecesariamente.

Madre estaba nerviosa, era muy probable que fuera la primera vez que le plantaba cara a Cronos. Debía de estar asustada y disfrutando a

partes iguales. Había aguantado mucho, pobrecita.

Voy a contaros un poco por qué padre quería acabar con nosotros. Mi abuela y mi abuelo empezaron a tener hijos, y primero nacieron los cíclopes y los hecatónquiros, pero a él no le gustaron, le parecieron feísimos, así que decidió encerrarlos en el Tártaro. Después tuvieron más criaturas, los titanes y las titánides, que eran preciosos, pero también decidió encerrarlos porque se puso celoso. Ni tan feos ni tan guapos, decía. En fin, aclárate. En el grupo de los guapos estaban mi padre y mi madre, Cronos y Rea. Mi abuela, pobrecita, ya no podía más con el abuelo, así que les pidió ayuda y mi padre le cortó los cojones al abuelo y los lanzó al mar. Entonces mi abuelo le dijo a mi padre que sus hijos también le harían lo mismo, él se ralló que flipas porque no quería perder sus titánicos huevos y decidió comernos a todos. Y aquí estamos. Es lo que tiene comer con ansia, que te olvidas de masticar. El único que se salvó fue Zeus. Tuvimos que nacer cinco antes de que madre intentará salvar a alguno. Le escondió el parto a Cronos y dio a luz en Creta. Dejó al bebé Zeus allí y volvió con Cronos a simular el parto. Se escondió una piedra en la barriga, y cuando simuló que nacía, como Cronos iba completamente engorilado, se tragó la piedra sin darse cuenta siquiera y se convirtió en mi hermana favorita. Cuando salimos de las entrañas de padre, la piedra ya no estaba, pero luego os hablaré de ella, es más importante de lo que pensáis. Resulta irónico que Cronos acabara con su propio padre por maltratar a su madre, a sus hermanos y a él mismo... para luego ser él el que había intentado matar a sus hijos. ¡Ahora sí que queríamos destruirlo! Ahora sí que quería pegarle tremenda paliza hasta sacarle los intestinos por las orejas. Para dormir en ellos, sobre todo, porque eran comodísimos.

Cronos nos miró a todos, hijos e hijas, con esos ojos que parecía que iban a atacarnos en cualquier momento.

—Preparaos, si os atrevéis, porque en este mundo no hay convivencia posible entre los titanes y vosotros, hijos míos —dijo padre. Y acto seguido se durmió.

Acababa de declararnos la guerra... y se había tumbado ahí mismo para echar una cabezadita. Probablemente la mayor vacilada de toda la historia. En realidad, era porque se había bebido una poción con efecto somnífero que le había dado Zeus cuando padre aún no sabía quién era. La aparición de mi hermana rocosa favorita y nuestro segundo nacimiento no había ocurrido tan seguido como os he contado. No es



que os haya mentido, es que aún no existía el tiempo. Bueno, para que me entendáis: Zeus estuvo un largo tiempo en Creta antes de volver para sacarnos, se hizo pasar por una especie de ayudante de madre, o algo así, y le ofreció esa poción que os he dicho para dejarlo frito. Cuando padre estuvo profundamente dormido, Zeus se abalanzó sobre él, le quitó la hoz con la que había castrado al abuelo y fue directo a decapitarlo. En este caso, cortarle los testículos no era suficiente. Por desgracia, lo que Zeus no sabía es que esa hoz, que, por cierto, la había fabricado la abuela Gea expresamente para Cronos, no podía usarse contra él. Tuvo que conformarse con escupirle varias veces. Los demás no pudimos hacerlo porque no sabíamos cómo se escupía, y tampoco era un buen momento para enseñarnos. Madre, asustada por si se despertaba, nos cogió a los seis y nos llevó lejos de allí. Se iba a liar una muy gorda. Cronos acababa de decirnos que teníamos que enfrentarnos a nuestros tíos, primos, primos segundos...

Tú imagínate que naces, por segunda vez, y uno de tus progenitores te declara la guerra. ¿Cómo vas a tener estabilidad emocional con semejante recibimiento paterno? A mí que me lo cuenten. Vosotros, los humanos, tenéis comidas familiares, nosotros tuvimos la Titanomaquia. Por cierto, mi pelo es rojo como una rosa, y mis ojos también, pero más oscuros, como dos cerezas.

## 2

Diez años. Diez malditos años duró la guerra familiar. Más o menos, creo, no estoy seguro. Se calculó una vez acabada, ya sabéis que hasta entonces no existía el tiempo. Obviamente, ganamos nosotros. Ellos eran más, pero nosotros los superábamos en fuerza e inteligencia. Tuvimos un poco de ayuda externa, todo hay que decirlo, así que un besito desde aquí a los hecatónquiros y, sobre todo, a los cíclopes Brontes, Estéropes y Arges, que ayudaron a Zeus con sus rayos, le dieron un tridente (que es como un tenedor pero muy grande) a Pose (así llamo yo a Poseidón) y a mí un casco bastante guapo que me hacía invisible. A Hera, Hestia y Deméter no les regalaron nada. Un detalle bastante feo, la verdad. Ahora que estoy deconstruido e incluso he empezado a pintarme las uñas, me doy cuenta de que fue un acto muy misógino por su parte, pero tampoco lo necesitaban, eh, que ellas ya eran muy fuertes y poderosas, no les hacían falta cascos ni cubiertos. Quizás por eso no les dieron nada, ahora no tengo claro si hay que cancelar a los cíclopes o no. Bueno, también nos ayudaron alguna que otra titánide y algún primo. Es que, a ver, no fue solo una batalla de dioses contra titanes, sino algo generacional. Sí, generacional, como si los humanos *boomers* se pelearan contra los humanos *millennial* o *Z*, aunque no todos los *boomers* se pasan el día insultando a adolescentes que comparten sus pensamientos de adolescente, y hay mucho adolescente *pick me* que tiene prisa por sentarse en la mesa de los mayores. Como Atlas, por ejemplo, valiente pedazo de mierda. Zeus lo castigó y le toca sujetar el cielo durante el resto de la eternidad, que se joda. Su hermano Menecio, el más tonto de los hijos de Jápeto, tuvo más suerte: acabó fulminado por un rayo de Zeus. Los otros dos hermanos, Epimeteo y Prometeo, fueron más listos y se pusieron de nuestro lado. Es gracioso porque Prometeo tenía la capacidad de ver lo que aún no había sucedido mientras que Epimeteo tenía ese don pero con lo que ya había pasado. Les puse los apodos de «el adelantado» y «el retrasado»,

aunque quiero dejar claro que esto último ya no lo digo, eran otros tiempos. Y, hablando de tiempo, ¿sabéis cuál fue el castigo que recibió padre? Contar. Contar cada segundo, cada minuto, cada hora... Fue en ese preciso momento cuando empezó el tiempo. Si hubiésemos perdido la guerra, no llegaríais tarde o temprano a ningún sitio, no habría prisa, tampoco lentitud, no seríais viejos ni jóvenes, no habría nada antiguo ni nada nuevo, no veríais las cosas con perspectiva, tampoco necesitaríais paciencia, dudo incluso que pudieseis tener ansiedad. El tiempo lo marca todo, yo me agobié muchísimo el primer día.

—¡Por fin! ¡Ja, ja, ja! ¡El mundo es nuestro, hermanos y hermanas! — exclamó Zeus, eufórico.

—¡Ha llegado nuestro momento, *bro!* —añadió Pose dando saltos.

—Bueno, más el mío que el vuestro...

—¡Ya veis, *bros!* ¡*Broses!* Ja, ja, ja, ja —solté, intentando sentirme un poco integrado.

Me miraron fatal y empezaron a reírse de mí. Tal para cual, estos dos. Eran casi idénticos en todo, no solo porque eran iguales literalmente, sino también porque Pose admiraba a Zeus desde lo más profundo de su alma.

—¿Podéis dejar de hacer el tonto? —preguntó Deméter mientras nos observaba muerta de vergüenza ajena.

—¿Por qué? ¿Tienes envidia? —le devolvió la pregunta Pose con una sonrisa asquerosa.

Deméter puso los ojos en blanco y simuló que vomitaba.

—No soy yo quien tiene envidia... —respondió mirándome fijamente.

Eso me hizo mucho daño. Sobre todo porque nunca intentó ayudarme, se limitaba a señalarme de esa manera tan ¿sutil? lo que no debía hacer o decir. Como si no pudiera hablar conmigo.

—Bueno, va, no discutáis, que por fin tenemos tranquilidad y podemos disfrutar de estar juntos como la bonita familia que somos. Y cada vez más grande, ¿verdad, Zeus? —exclamó Hestia, contenta, y con la dulzura pasivo-agresiva que la caracterizaba.

Hera pareció molesta.

—¿Cómo que más grande? —preguntó.

Zeus no contestó.

—¿Por qué parece que estés enfadada? —le preguntó Hestia, confusa.

—No estoy enfadada —respondió Hera, claramente enfadada.

—Pues lo parece.

—Deja de joder, Hera —añadió Pose.

—¡Dejadme en paz, no estoy hablando con vosotros! —gritó Hera.

Zeus siguió sin decir nada, mantenía una actitud pasota. De vez en cuando ponía caras y hacía gestos de no entender qué pasaba. Pero lo sabía perfectamente. Deméter agarró del brazo a Hera y se la llevó unos metros más allá, bajo la mirada de nosotros cuatro. Yo no abrí la boca.

—Tía... —dijo Deméter con cariño.

—¿Qué? ¿Tú también vas a ponerte de su parte? —preguntó Hera, aún molesta.

—No digas tonterías. Aquí la única que está de parte de Zeus eres tú.

Hera agachó la cabeza, pero la levantó rápidamente, orgullosa.

—No me hables como si fuera alguien a quien debas educar y dime a qué se refería Hestia —dijo Hera sin pestañear siquiera.

Deméter suspiró.

—Aún no estabais juntos.

—Deja de allanar el terreno y suéltalo.

Deméter asintió.

—Zeus tuvo nueve hijas con la tía Mnemósine.

—¡MALDITO MENTIROSO! —gritó Hera inmediatamente y con todas sus fuerzas, haciendo temblar todo el monte Olimpo.

Nosotros cuatro la oímos como si estuviera dentro de nuestro oído. Zeus se encogió de hombros.

—¡ME DIJISTE QUE NO HABÍAS ESTADO CON NADIE ANTES DE ESTAR CONMIGO! —añadió Hera entre lágrimas de ira.

—Y más veces que te va a mentir, hermana —le dijo Deméter mientras la sujetaba.

—Suéltala, Deméter —ordenó Zeus.

Se hizo el silencio. La calma de Zeus las asustó. Hestia agachó la cabeza, yo no sabía ni dónde mirar y Pose se reía intentando buscar en su hermano una complicidad que no encontró, pero eso no le impidió seguir riendo. Deméter abrazó a Hera y luego la soltó. Zeus alzó la mano, le hizo un gesto para que viniera y ella acudió al instante.

—¿Qué te pasa? —preguntó Zeus, vacilón.

—No me gusta que me mientan —respondió Hera, plantándole cara.

Zeus se rio, Pose aún más.

—¿Podrías, por favor, dejar de estar enfadados? ¿Eh? —interrumpió Hestia.

Todos la miramos.

—Acabamos de salir de una guerra y ya estáis discutiendo con que uno se ha liado con otra, con no sé qué de mentiras... ¡Somos diosas, Hera! Estamos por encima de estas tonterías —añadió, muy molesta.

Eso le dolió a Hera. Yo, tengo que reconocerlo, estaba de parte de Hestia, pero no porque tuviera razón sino porque estaba cansado de tanto drama.

—Uou, Hestia, tía, eso no es justo... —intervino Deméter.

—¿Quieres hablar de justicia ahora? ¿Llamamos a Temis para que dicte sentencia sobre tremenda estupidez? —contestó Hestia entre carcajadas de prepotencia.

Temis era la titánide que representaba la justicia y la equidad, esa a la que los humanos le hacéis estatuas con una balanza como si fuera la señora de la frutería. También tuvo un lío con Zeus. De hecho, tuvieron a las Horas, unas diosas que se encargaban del orden de la naturaleza y demás cosas, y a las que, por cierto, no les hizo mucha gracia que la liara con lo de las estaciones... Bueno, esta historia es para más adelante. Zeus también tuvo tres hijas con la oceánide Eurínome, las tres Gracias, como las llamáis vosotros. Y seguro que hubo algún otro rollo. En resumen, durante la Titanomaquia, Zeus tuvo tiempo de reproducirse cual virus en una civilización homeopática. Y encima ganamos. No llega a follar y la guerra hubiera durado medio día.

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¡A ver si ahora con la excusa de que acabamos de pasar una guerra no vamos a poder ni enfadarnos! —exclamó Deméter, muy mosqueada.

Hestia se puso a llorar.

—Mira lo que has hecho... —dijo Zeus yendo a abrazar a Hestia.

Se dejó abrazar y empezó a sollozar aún más fuerte. El maldito Zeus lo estaba disfrutando.

—Esto es culpa vuestra, ¿eh? —les susurró él.

Deméter y Hera estaban que echaban humo.

—Si es que sois unas pesadas las dos, parece que queráis romper la familia, ¿tengo razón o no tengo razón, bro? —se metió Pose volviendo a buscar la complicidad de Zeus.

Él ni lo miró, estaba dándole besitos fraternales a Hestia en la cabeza. Sé lo que podéis pensar, pero Hestia y Zeus nunca tuvieron nada, ni siquiera estuvieron cerca de tener algo.

—¿Veis? Sois unas tóxicas —soltó Pose orgulloso como si Zeus le hubiera hecho *retweet*.

—Idos todos a la mierda. Tú sabrás lo que haces, Hera —dijo Deméter haciendo el gesto de marcharse.

—¿Dónde te crees que vas? —preguntó Zeus.

Paró en seco y se giró despacio, intentando esconder el miedo que sentía cada vez que él se dirigía a ella.

—Nadie puede irse, esta es nuestra casa ahora, aquí es donde vamos a vivir —añadió.

—¿Nuestra casa? —pregunté mientras admiraba las preciosas vistas del Olimpo.

Estaba muy contento. No solo podíamos descansar por fin, sino que, además, íbamos a hacerlo en ese sitio tan verde, tan hermoso.

—Bueno, tengo que hablar de eso contigo, Hades... —dijo Zeus.

Me asusté.

—¿De qué? ¿Qué pasa? —pregunté.

Pose se rio, satisfecho. Lo miré, no entendía lo que estaba pasando, pero sospechaba que nada bueno, al menos para mí.

### 3

Había que repartir las responsabilidades divinas del mundo, cada una de mis hermanas y hermanos debíamos ocuparnos de algo. E iba a decidirlo Zeus, que se había autoproclamado líder supremo, cero sorpresas. A Hestia, obviamente, le encomendó ser la responsable de la familia, del hogar, de mantenernos a todos unidos... En otras palabras, de obligarnos a querernos entre nosotros. Por encima de mi cadáver. A Deméter le asignó ser la distribuidora de la tierra, y aún no podía hacer mucho porque a Zeus no le había dado por crear a los humanos, pero acabaría siendo la diosa de la agricultura. A Hera, bueno, la hizo reina del cielo, se acabaron casando y fueron superfelices... Es broma. Si tenían ratos en los que eran muy felices es porque la mayoría del tiempo eran tan desgraciados que les ponía eufóricos estar bien, aunque solo fueran cinco minutos. Quedábamos Pose y yo...

—¿Quién quiere el mar y quién quiere el inframundo? —preguntó Zeus. Pose volvió a reírse. Intentaba disimularlo, como si escondiera algo, parecía incluso que lo fingía. Era muy extraño y yo estaba muy confundido, no sabía ni qué responder ni si responder siquiera. Escondían algo.

—¡Yo quiero el inframundo! —exclamó Pose entre carcajadas mientras me miraba de reojo.

¿Para qué iba a querer el inframundo?, me pregunté. No había estado allí, ni él tampoco, que yo supiera, pero decían que era un sitio horrible: estaba bajo tierra, se comentaba que el olor era insoportable, que había seres muy extraños y poco amigables...

—¿Estás seguro, Poseidón? Tendrás que irte a vivir allí, deberás mudarte, ya no podrás vivir en el Olimpo —le dijo Zeus, también mirándome de reojo.

—¿Encima podré vivir allí? Pero ¡si es el sueño de cualquiera! Perdona, Hades, no te he preguntado, ¿a ti te importa que me quede con el

inframundo? —me preguntó con esa media sonrisilla que se le escapaba del rostro.

Sí, estaban vacilándome. Llegáis a estar aquí y lo hubieseis visto clarísimo, cada vez que lo recuerdo me muero de la vergüenza. Pero era un dios joven, tonto, inseguro, inexperto y con una necesidad de validación de aquí al fin del universo. No respondí, no sabía qué decir.

—¿Lo ves, Zeus? Dámelo a mí, que Hades no sabe valorar lo que es dominar él solo un mundo entero, aunque sea el de abajo... —contestó Pose con aires de grandeza.

—¡Espera! —salté, ahora sí.

Los dos me miraron fingiendo sorpresa.

—Claro que sé valorarlo, ¿qué te has creído? —dije muy, pero que muy crecido.

Pose simuló sentirse intimidado.

—Bueno, bueno... Cómo te has puesto...

—¡Cállate, Poseidón! Esa actitud, Hades, sí que es la de un dios —me dijo Zeus.

Ahora me siento más tonto que una puerta, pero os juro que en ese momento me sentí como el niño que, por fin, recibe la aprobación de su padre. Esas palabras de Zeus me llenaron de tal forma que empezaron a rebosarme lágrimas de los ojos y mocos de la nariz. Zeus extendió su mano.

—Hades, hermano, te hago entrega del inframundo, ¿lo quieres? —preguntó con una solemnidad que hasta el viento se detuvo a escuchar mi respuesta.

—Sí —respondí al instante mientras extendía mi mano y la encajaba con la suya.

Hubo un silencio de dos segundos. Los conté, el tiempo era algo nuevo aún y lo tenía muy presente.

—¡Eres tonto, Hades! —gritó a lo lejos Deméter, rompiendo el silencio.

Zeus y Pose estallaron en carcajadas. Fue algo increíblemente exagerado. Empezaron a partirse de la risa, se revolcaron por el césped olímpico, se tiraron del monte varias veces, jugando con su inmortalidad, y volvían a subir de un brinco... Todo esto sin dejar de reírse de mí ni un solo segundo. Yo quería morirme, no quería verlo, no quería oírlo, cerré los ojos, me tapé los oídos, pero sus gritos de descojone retumbaban por toda la superficie. Solo había una manera de



huir de esa situación, y daba la casualidad de que también era mi destino.

—Ojalá me tragara la tierra... —susurré.

Zeus me oyó y, de un chasquido, me mandó al inframundo. El suelo se abrió y me tragó. Sentí una presión muy fuerte en la cabeza, se me taparon los oídos, me mareé incluso, pero al menos dejé de oír a mis hermanos. Me pregunté si cuando me tragó padre fue igual, porque el viaje se me hizo lento y hubiera sido entretenido comparar sensaciones. De pronto, dejé de estar envuelto por la tierra como un kebab y esta me soltó. Caí desde una altura considerable, pero con los pies y una mano. Me quedé agachado, mirando el suelo, y pude palparlo, sentirlo, estaba húmedo, resbalaba un poco. Me acordé de lo que decían del olor, pero no me abofeteó las fosas nasales ninguna peste, olía a... húmedo, a agua. De hecho, podía escuchar el sonido agradable y tranquilo de un río siguiendo su curso. Suspiré, conté hasta tres, porque el tres me parecía un buen número para enfrentarse a nuevos retos y situaciones, y, poco a poco, levanté la mirada y... Ahí estaba: mi casa.

## 4

Estaba en la orilla de un río. Detrás de mí había una pared altísima de piedra, y enfrente, más allá del río, podía ver parte de lo que me esperaba. Vi humo saliendo de otro río, uno de fuego. Vi también, a lo lejos, varias entradas a lo que suponía que eran cuevas, como pequeñas islas de la misma piedra que estaba pisando. Pero lo que más me llamó la atención fue que los únicos colores que había en lo que ya era mi casa, mi reino, eran el gris, el rojo y el naranja... Y ya está. Mi inmadurez, mi estupidez y mi ignorancia me habían privado del verde de las plantas y los árboles, del marrón de estos y de la tierra, y del azul del cielo y el océano. Entré en depresión. Me tumbé allí mismo, en esa orilla, con las rodillas encogidas hasta el pecho, sujetándomelas con las manos, y me eché a llorar. No sé cuánto estuve así, el tiempo ya no me importaba, solo quería morirme. Lloré y grité mucho, muchísimo, tanto que se me nubló la vista y creí que empezaba a tener visiones cuando una silueta de los colores de la superficie se plantó delante de mí y me propinó una tremenda bofetada que me hizo levantar de un salto. Me sequé las lágrimas para poder ver con nitidez. Era mi abuela, Gea.

—¿Abuela? —pregunté, boquiabierto.

Parecía molesta.

—¿Qué haces aquí abajo llorando como si te hubieran arrancado el corazón? —me soltó.

Le expliqué lo que había pasado, que Zeus y Pose me habían engañado. No solo no le dio importancia, sino que se echó a reír. Tampoco esperaba la más mínima inteligencia emocional por su parte, pero su risa me dolió más que la hostia que me había dado, que ya era decir.

—No tienes que ponerte así por eso, Hades, son cosas de hermanos. Ay, si yo te contara...

Abuela siempre hacía eso. Daba igual el drama que estuvieras sufriendo, siempre decía que su generación lo había pasado peor, y por eso los demás debíamos estar bien. Jaque mate.

—Pero, abuela, me siento solo, engañado, traicionado... —dije, intentando que sintiera empatía por mí.

—Lo de engañado y traicionado te lo acepto, pero, insisto, para engaños y traiciones...

—¡Abuela! ¡Que me da igual! ¡Que estamos hablando de mí, de ahora! Abrázame o algo, pero no me cuentes que otros también sufrieron, ¡no me ayuda! —la interrumpí a gritos.

Se quedó estática, confusa, incómoda, sobre todo. Me pareció que hacía el gesto de abrazarme, pero fue tan sutil que no sé si fue real o me lo imaginé. A los segundos, se recompuso y volvió a su estado de abuela sabionda.

—No estás solo, Hades.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Acompáñame —respondió, y se volvió hacia el río.

Se acercó más a la orilla. Yo estaba quieto, observando con atención. Abuela se agachó un poco, como si fuera a rascarse su robusta y agrietada rodilla, y saltó. Pensé que se rompía, el estruendo de sus articulaciones rebotó por todo el inframundo. Voló unos cien metros como un misil de madera y aterrizó en una de las islas del río, justo en la que estaba en el medio, perfectamente centrada. Me miró e hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera. Suspiré, miré al suelo para despedirme del lugar en el que tanto había llorado y salté. Tengo que decir que, al colocar los pies, casi resbalo y me caigo de cabeza al río. No hubiese pasado nada, pero me hubiera sentido un poco ridículo delante de abuela. Por suerte, ni pasó ni ella vio cómo casi pierdo el equilibrio, estaba demasiado ocupada mirando hacia arriba. Levanté los ojos, buscando lo que acaparaba toda su atención. No tardé en encontrarlo.

—¿Qué son esos agujeros?

Había bastantes, muy bien repartidos por ese alto techo.

—Son entradas a tu casa.

—Ah.

—Ya verás para quién —añadió, volviendo la mirada hacia mí.

Estaba haciéndose la misteriosa, pensé. Pero, en realidad, estaba adelantándose a los acontecimientos. Abuela, de vez en cuando, veía el futuro y, cuando le apetecía, profetizaba.

—Ese río de ahí es Flegetonte —dijo señalando el río de fuego de donde salía humo.

Asentí, atento. Luego señaló a nuestra derecha.

—Ese río más pequeño se llama Cocito, pero podréis llamarlo «río de las lamentaciones»...

—¿Podréis?

Me ignoró.

—El río más grande, donde acaba yendo Cocito, es el Aqueronte, el río de la pena —dijo señalando el recorrido con el dedo, hacia la izquierda.

—Si están unidos, ¿no son el mismo río? —pregunté estúpidamente.

Abuela suspiró.

—El Cocito es un afluente del Aqueronte.

Me quedé mirándola a la espera de que me explicara qué narices era un afluente. Volvió a suspirar.

—Da igual, tampoco te encargarás directamente de los ríos...

Iba a preguntarle otra vez si iba a venir alguien más, allí, conmigo, pero ella siguió hablando.

—Al otro lado está Lete, las aguas del olvido... —añadió mientras señalaba más a la izquierda—. Y el río de la orilla en el que estabas llorando, que va hacia ambos lados, y me atrevería a decir que has aumentado su caudal, es el Estigia, el del odio.

—Pues si lo he aumentado ten por seguro que lo he hecho con lágrimas de odio... —dije intentando bromear.

Abuela no se rio.

—¿Va a venir alguien más? —pregunté con cierta precaución, no quería llevarme otra desilusión.

—No.

—Joder...

—Porque ya están aquí —añadió.

Ahí sí que flipé. Casi lloro de felicidad al saber que no iba a estar solo. Era lo que más miedo me daba. Abuela se giró y volvió a brincar, pero esta vez hasta una de esas cuevas en las que me había fijado antes, o sea, al lado opuesto de la orilla del principio. La seguí de inmediato y nos adentramos en una de ellas. Estaba muy oscuro, pero los colores de abuela iluminaban el camino... No tengo claro si este comentario es racista, no se lo he preguntado a abuela porque es muy probable que me agrediera físicamente, así que voy a dejarlo tal cual. De pronto se oyeron varios rugidos, casi iguales y con poco tiempo de diferencia, como una reverberación.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, asustado.

Abuela se detuvo, el camino no parecía tener salida. Me miró y sonrió.

—Estás a punto de conocer a tu tía.

—¿Mi tía? ¿Qué tía? ¿Una titánide? ¿Aquí?

Negó con la cabeza.

—No es hija de Urano, a ver si te piensas que soy la única tonta que no ha tenido otras aventurillas...

Tengo que reconocer que me dio un poco de asquete porque a nadie le gusta imaginarse a su abuela siendo sexualmente activa, por muy normal que sea, pero, por suerte, esa sensación no duró mucho, mi imaginación fue interrumpida.

Abuela se puso de lado, flexionó las rodillas y le pegó tal puñetazo a la pared que prácticamente se volatilizó, abriendo así el camino y dejando ver lo que había al otro lado. Mi tía.

## 5

Mi tía era una bestia con tres cabezas de serpiente, del tamaño del mismísimo monte Olimpo. Era de color verde, pero no del que me gustaba a mí, sino un verde triste, apagado... No me siento cómodo relacionando el color de otros seres con estados de ánimo, no sé por qué lo hago.

—Hades, te presento a Hidra, fruto de mi aventurilla con Tártaro.

A ver, sí, el Tártaro es un sitio, pero también puede ser una criatura, al igual que Gea, mi abuela, que es lo que estamos pisando en todo momento. La cuestión es que de ellos dos solo iban a salir monstruos... según los estándares de belleza del abuelo, claro, no estoy haciéndole *bodyshaming* a mi tía.

Hidra gruñó.

—¿Por... por qué gruñe? —pregunté, bastante horrorizado.

—Está enfadada conmigo porque la encerré aquí.

—Ah... Pues dile que Urano hacía cosas peores, a ver si se le pasa.

Me ignoró. Hidra volvió a gruñir.

—Arráncale una cabeza —soltó abuela.

—¿Cómo? —pregunté para que lo repitiera.

Abuela se acercó y me puso sus manos de secuoya encima de los hombros.

—He dicho... que le arranques una cabeza.

Me levantó del suelo, como quien levanta un plato, y me puso entre Hidra y ella.

—Pero ¿qué dices?

Abuela resopló, le enfadaba mucho que se la cuestionase.

—¿Que le arranques una cabeza, Hades! ¿Estás sordo o qué te pasa?

¿Tanto llorar te ha fastidiado los oídos?

Me asusté. No respondí. Se enfadó aún más.

—No me extraña que tus hermanos se rían de ti...

Eso me dolió, mucho. Y abuela se dio cuenta, así que siguió.

—¡Eres ridículo! ¡No eres capaz ni de arrancarle una cabeza a ese monstruo! ¿Qué hiciste durante la Titanomaquia? Ah, ya sé... Hacerte invisible con el casco que te hicieron los cíclopes y observar de lejos, ¿no?

Empecé a llenarme de ira. Ella siguió hablando, no recuerdo qué más dijo, y yo me giré hacia Hydra. Me observaba atenta con esas tres enormes cabezas y esos inacabables cuellos. Cuanto más me decía más me enrabiaaba, Hydra me gruñó, yo también a ella, me sacó los dientes y sus tres cabezas fueron a por mí, una por la derecha, otra por la izquierda y la otra por el medio. No sé en qué orden llegaron, pero, en cuanto se me acercaron, fui agarrándolas hasta tener las tres entre mis brazos, luchando por escaparse. Abuela dejó de hablar. La miré de reojo.

—¿Quieres que le arranque una? —grité.

No respondió.

—¡Pues le arranco las tres!

Di un tirón seco y oí cómo el cuerpo de Hydra caía al suelo, sus cuellos cedieron con mucha facilidad. Lancé las cabezas a los pies de la abuela. Estaba motivadísimo, me sentía poderoso y, sobre todo, satisfecho de haberle demostrado que sí era capaz de tener sangre fría como mis hermanos.

—¿Quieres que te aplauda o qué? —preguntó abuela entre carcajadas.

Me rallé, me parecía que lo que había hecho era algo increíble, aunque no me hubiese supuesto el más mínimo esfuerzo.

—Pe... pensaba que... querías que hiciera eso...

Se puso la mano en la frente y suspiró.

—Pero no para que me demostraras nada, Hades, sino para que vieras esto —aclaró mientras señalaba el cuerpo de Hydra.

Me giré y vi cómo la criatura comenzaba a agitarse.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se mueve su...?

—Cállate y observa.

Cada vez se movía más, el suelo empezó a temblar. Abuela estaba eufórica; yo, cagado. Pensaba que mi nueva casa iba a derrumbarse. De pronto, se oyó una explosión y del cuerpo de Hydra salió una cabeza idéntica a las anteriores. Retrocedí del susto. Abuela, esta vez sí, aplaudió. Yo estaba flipando. A los pocos segundos le salió otra cabeza, después otra y después otra, como palomitas haciéndose. Un total de

seis cabezas nacieron de su cuerpo, hasta entonces sin vida. El doble de las que tenía al principio.

—Por cada cabeza que se le arranque, le salen dos. Era esto lo que quería enseñarte, Hades —dijo, satisfecha.

Vi cómo me miraba Hydra, una mirada muy distinta a la de antes, sumisa. Le había quitado tres cabezas, normal que me tuviera miedo, pobre criatura. Pero, oh, qué poderoso me sentí en ese momento. Fue mi primer encuentro con el poder siendo yo el amo, el dueño, el que era respetado. La verdad es que me sentí bien, por fin tenía poder sobre alguien, como mis hermanos. Ahora sé que eso estuvo mal y no volvería a hacerlo, ¿eh? Solo estoy siendo honesto, eran otros tiempos. Ahora que lo pienso, nunca le he preguntado a abuela cómo sabía que a Hydra le nacían dos cabezas por cada una que perdía. Porque, claro, cuando la vi por primera vez tenía tres cabezas, un número impar, así que ¿con cuántas nació? Quién sabe.



## 6

Tía Hydra se quedó dentro de momento, no porque quisiera, tampoco sé si quería, o no, o qué quería, simplemente le ordené que se quedara ahí hasta nuevo aviso. Le hice un gesto con el dedo índice mientras seguía a abuela, que estaba ya marchándose, y lo entendió. Abuela y yo salimos de allí y, sin mediar palabra, se fue directa a otra cueva. La seguí.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunté mientras intentaba igualar su velocidad.

El sonido de otro rugido le ahorró la respuesta.

—¿Otro descendiente tuyo y de Tártaro, abuela?

Me miró sonriendo y asintió con la cabeza. Me frustré. Lo de Hydra había estado bien, pero la verdad es que no quería otro monstruo, quería encontrarme con alguien que se pareciera más a mí, a mis hermanos y hermanas, o incluso a los titanes. Quería una familia, no unas bestias obedientes. Nos detuvimos. Habíamos llegado a otra pared como la de la cueva anterior. Antes de romperla, abuela se giró hacia mí.

—Cuidado con este, Hades. Quizás se te tire encima en cuanto rompa la...

No pudo acabar la frase, mi nuevo tío se le adelantó. La pared se rompió en mil pedazos y, de entre el humo, apareció un perro enorme de cuatro cabezas, negro como la noche... He vuelto a hacerlo. Aunque, en este caso, no creo que a los humanos os moleste, habláis de los perros igual que de la ropa, así que «sorry not sorry». Fue directo hacia mí como si yo fuera el alimento más sabroso que había visto en toda su existencia. Seguramente lo era. Tuve muy poco tiempo para pensar cómo reaccionar, así que fui a lo seguro. En cuanto lo tuve a pocos metros, salté hacia un lado, lo agarré por el cuello de una de las cabezas y se la arranqué. Su chillido fue espeluznante.

—¡No! Pero ¿qué has hecho? —gritó abuela.

—¿Cómo que qué he hecho? Venía a por mí —respondí, confuso pero tranquilo.

Mi tío seguía llorando. Abuela corrió desesperada hacia él. No entendía qué estaba pasando, con Hydra no se había puesto así, todo lo contrario. Abuela le sujetó la herida producida por la decapitación y se la cerró con agua y tierra de sus entrañas.

—Pero ¿qué haces? ¡Que le tienen que salir dos cabezas! —grité yo.

—¡A él no, idiota! —respondió, muy cabreada, mientras le acariciaba la herida a su hijo.

Me quedé de piedra, no literalmente. Sí, la cagué. ¡No lo sabía! Di por hecho que también sería como Hydra, pero no. Es que, a ver, ¡poneos en mi situación! Me viene, corriendo, un perro gigantesco de cuatro cabezas justo después de conocer a otra bestia, de varias cabezas también, que se le multiplican, ¡y que encima es su hermana! ¿Cómo podía saber que no le iban a salir más cabezas como a ella?

La frustración me superó.

—¡Joder, abuela! ¿Y por qué no me avisas?

—¿Por qué no avisas tú de que ibas a arrancarle una cabeza? —preguntó, muy nerviosa.

Resoplé. Me sentí fatal. Vale que había venido corriendo a por mí, pero porque estaba asustado. Pobre criatura... A saber cuánto llevaba ahí encerrado. Me acerqué poco a poco, quería que me perdonara, lo necesitaba.

—Le has hecho mucho daño, Hades.

—¿Cómo se llama? —pregunté mientras me agachaba.

Abuela suspiró.

—Cerbero.

Acerqué la mano a su lomo. Se sacudió un poco, me tenía pánico. Qué sensación tan horrible, así es como siempre he visto a mis hermanos, yo siempre había sido Cerbero... No entiendo cómo Zeus y Pose podían disfrutar de provocar esto en mí y en los demás. Aunque también es verdad que con Hydra no me importó tanto. A abuela tampoco le importó si le había hecho daño. Seguramente fuese porque Hydra es fea, según los estándares de belleza de Urano, insisto. Además, no sabe poner cara de pena como Cerbero, siempre te mira con cara de «voy a arrancarte la cabeza», es difícil empatizar con ella. Cerbero tenía la cola escondida entre las patas, pero, a medida que lo acariciaba, iba relajándola. Una de sus cabezas se giró y se acercó a mi mano. Al principio dudé, pero él estaba muy tranquilo, y me lamió.

—Parece que acepta tus disculpas —dijo abuela, aliviada.

No respondí nada, pero si alguien tenía que pedirle perdón era ella. Yo no lo había dejado encerrado en una cueva. Si Cerbero había querido hacerme daño había sido por su culpa.

—Bueno, sigamos —soltó.

Se levantó y puso rumbo hacia la salida como si no hubiera pasado absolutamente nada. Abuela siempre ha tenido la capacidad de ser muy cariñosa y maternal y volverse fría y distante en cuestión de segundos, pero qué os voy a contar de la Tierra que no sepáis ya.

Acabábamos de salir de la cueva de Cerbero y nos quedamos un rato ahí, quietos. Esperaba que abuela fuera a alguna otra, para seguirla, pero no se movía. Tenía la mirada perdida y las plantas de su cabello no paraban de moverse.

—¿Todo bien, abuela?

Me miró de reojo.

—Debes ir a hacer una visita a tus hermanas y hermanos —respondió con un tono serio.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Deja de ser tan preguntón y ve!

Pegó un brinco y salió del inframundo a través de uno de los agujeros que había en el techo.

«¿Por qué dice abuela que debo volver al Olimpo? ¿Por qué debo visitarlos?» Después de haber llorado y gritado lo más grande, hablar solo en voz alta era lo más normal para mí.

«Quizás quieren que vuelva porque me echan de menos, sí... O no sé, pero, sí, ¿por qué no? Claro, esos agujeros dan un poco de asco, por cierto, sí, estoy de acuerdo...» A veces me decía cosas a medias, tal vez sin mucho sentido para los demás, pero como era para mí y yo me entiendo que lo flipas, pues eso. La verdad es que estaba contento de poder salir del inframundo y, al mismo tiempo, me asustaba volver a ver a mis hermanos, quizás tenía algo que ver con ellos. Pero si abuela me había dicho que tenía que ir, pues tenía que ir, no iba a hacerla enfadar más.

—Bueno, pues volvamos.

Como no estaba seguro de a dónde iban a llevarme el resto de los agujeros ni de si todos llevaban al mismo sitio, salté hacia el otro lado de los ríos, a la orilla en la que caí cuando llegué. Por mucho que abuela hubiese ido por otro, preferí salir por el mismo por el que había

entrado. Y eso hice. Me puse recto como un palo, con todas las extremidades pegadas al cuerpo, me impulsé hacia arriba y la tierra me succionó. Volví a sentir esa presión en la cabeza, era muy molesto, supuse que mi cuerpo debía acostumbrarse a esos cambios. En un momento dado, sin querer, moví el brazo derecho, separándolo un poco de mi costado, y me di cuenta de que la tierra que estaba a mi alrededor se adaptó a ese movimiento. Separé el otro brazo y no solo pasó lo mismo, sino que la velocidad a la que iba disminuyó. Me quedé loquísimo, podía controlar el tiempo del trayecto y no salir despedido al llegar al final, como pasó la primera vez. Dejé de experimentar y volví a pegar los brazos al cuerpo para acelerar, tenía prisa por alcanzar el Olimpo. Iba a frenar antes de llegar a la superficie, pero lo de calcular la distancia era más complicado, así que volví a salir disparado. Escuché gritos de susto cuando aún estaba en el aire, pero no me preocupé, era normal que se asustaran, salí de la nada y haciendo mucho ruido. Cuando aterricé en el suelo olímpico, todos los gritos cesaron. Bueno, casi todos. Un grito de guerra iba acercándose a mí a gran velocidad. Estaba de espaldas a todos, así que me volví y, entre las miradas estupefactas de mis hermanos y hermanas, apareció un rostro que no conocía.

—¡Intruso! ¡Hay un intruso! —gritó el desconocido.

Era un chico joven, fuerte, con el cabello negro, muy corto y espeso, los ojos rojizos, y era gris, como yo... Supuse que debía de ser familia. Me recordó a Cerbero por la manera en la que corría hacia mí, pero esta vez no iba a arrancar ninguna cabeza.

—¡Ares, para! —ordenó Hera.

Ares era el nombre de ese chico con cara de mala hostia y que, por cierto, no se detuvo. Me preparé para defenderme.

—No sé quién eres, Ares, ¡pero si no te detienes voy a tener que hacerte daño! —le advertí.

No fue buena idea decirle eso, se envalentonó aún más. Gritó otra vez y saltó hacia mí con el puño en alto, apuntando a mi cabeza. En ese instante me di cuenta de que el crío era puro impulso y el cerebro lo tenía de adorno. No os voy a mentir, pensé en quitarle la cabeza, tampoco iba a echarla de menos. Pero no quería que mi visita empezara con mal pie. Así que le agarré el codo del brazo con el que iba a atacarme, le desvié el puño hacia su propia frente y cayó al suelo. Fue bastante gracioso, la verdad.

—Vaya, vaya, Hades. Lo que no te atreves a hacerme a mí se lo haces mi hijo... —soltó Zeus.

Mierda, pensé. Acababa de pegar a mi propio sobrino. Bueno, técnicamente se había pegado él mismo. Me puse nervioso.

—Perdón... Ha venido hacia mí y...

Sus carcajadas y las de Pose me interrumpieron.

—Tanto tiempo ahí abajo y sigues siendo el mismo. ¡Ja, ja, ja! —dijo Zeus.

—¡A mí me parece que es aún más penoso! —añadió Pose.

Los dos siguieron riéndose un rato. Deméter, Hestia y Hera me miraban, juzgándome, como siempre. De pronto, alguien corrió a ayudar a Ares a levantarse. Tampoco la había visto antes.

—Ares, cariño, ¿estás bien? —preguntó, preocupada.

También tenía la piel gris, el pelo claro como el sol, y los ojos... No recuerdo ni de qué color eran porque me perdía en ellos en cuanto hacía contacto visual con ella. No exagero cuando os digo que era la diosa más bella que había visto jamás, al menos hasta ese momento.

—¡No te emociones, Hades! ¡Está con Ares! —exclamó Deméter.

No le hice caso.

—¿Quién... quién eres? —le pregunté, asombrado.

Ares se levantó de un salto y se puso delante, protegiéndola, como si yo fuera a abalanzarme sobre ella o algo. Ella le colocó la mano en el hombro en señal de calma.

—Mi... mi nombre es Afrodita.

Tardé en reaccionar. No podía dejar de mirarla.

—Ay, de verdad, qué exagerados que sois. Tampoco es tan guapa... —murmuró Hera observando a Zeus.

Él ni se inmutó.

—¿Zeus? —insistió Hera.

—¿Eh? Sí, sí, claro... Estoy de acuerdo —respondió sin apenas mirarla.

No sé qué debía de sentir Afrodita cada vez que alguien nuevo la veía, pero lo que sentíamos nosotros... No hay idioma con las palabras adecuadas ni suficientes para explicarlo. Así que no voy a molestarte ni en intentarlo.

Hera dio una palmada al aire y todos la miramos. Estaba algo molesta.

—¿Qué? ¿Podemos abrir ya los regalos de nuestra boda? —dijo.

—¿Boda? —pregunté.

—¡Un momento, por favor! ¡Ahora seguimos! —exclamó Hestia.

Me agarró por el brazo, sin agresividad pero con firmeza, y me apartó a un lado.

—A ver, te lo resumo: Zeus y Hera acaban de casarse, Ares es su hijo y Afrodita salió de los testículos del abuelo. ¿Recuerdas lo de que padre se los cortó y los lanzó lejos? Pues cayeron al mar y de ahí salió Afrodita. Y han pasado más cosas, pero tampoco vienen a cuento ahora ni son de tu incumbencia. ¿Alguna pregunta?

Me quedé atónito. No solo me había perdido muchas cosas, sino que nadie había pensado en explicármelas. Si lo hacían ahora era para que no molestara. Eso era yo para mis hermanos y hermanas, una molestia. ¿Por qué me había dicho abuela que tenía que ir?

—¿Podemos continuar o Hades va a seguir tocando los cojones? —preguntó Zeus.

Hestia me miró.

—¿Alguna pregunta? —insistió, nerviosa.

Tenía muchas, pero me las tragué y agaché la cabeza.

—No.

Hestia sonrió aliviada y le hizo un gesto a Zeus en señal de que todo estaba bien.

—¡Genial! ¡Va! ¡¿Qué regalo abrimos?! —dijo él.

Hera corrió hacia el regalo más grande de todos, envuelto con lo que parecía que eran algas marinas.

—¡Este! —gritó, emocionada.

Zeus se rio y asintió. Hera empezó a desenvolver el regalo a toda prisa.

—Quien sea que haya traído este regalo debe estar orgulloso. ¡Ja, ja, ja!

—comentó mirando a Pose.

Él negó con la cabeza. Al estar envuelto con algas, lo lógico era pensar que era del dios del mar, pero se ve que no lo era. Todos los presentes se miraron entre sí, buscando a quien lo había traído, pero ninguno se manifestó como el propietario de ese regalo. Zeus se dio cuenta de que estaba sucediendo algo raro.

—¿De quién es este regalo? —preguntó.

Todos negaron. Después me miró a mí. Me cagué.

—Me... me... me habéis visto llegar, no llevaba nada.

Volvió la mirada a los demás y después a Hera, que acababa de quitar las últimas algas.

—¡Qué bonito! ¡Es un trono! —gritó ella, emocionadísima.

Era un trono impresionante, precioso, imponente. Estaba hecho de oro y brillaba como si fuera una estrella, era la Afrodita de todos los tronos. Hasta yo sentí la necesidad de sentarme en él, pero por suerte no lo hice.

—Sí, sí, es muy bonito, pero no sabemos quién nos ha hecho este regalo —dijo Zeus, preocupado.

—Bueno, pues tú ve investigando que yo espero sentada. ¡Ja, ja, ja!

Hera tomó asiento y, en cuanto se acomodó, unas rígidas y silenciosas cadenas surgieron por todas partes del trono, moviéndose como serpientes. Ella seguía tan asombrada por la belleza de ese trono que ni siquiera se dio cuenta de que acababa de quedar atrapada. Rápidamente, Zeus se lanzó encima de ella e intentó arrancar las cadenas, pero no pudo. Todos nos quedamos paralizados. Si ni siquiera Zeus, el dios más fuerte y poderoso, podía liberar a Hera, ¿quién lo haría? Al rato, ella volvió en sí y entró en pánico.

—¡Socorro! ¡Zeus! ¡Ayúdame! ¡Sácame de aquí! ¡Por favor! —suplicó entre lágrimas.

Zeus seguía intentando arrancar las cadenas, pero no había manera. Sus gigantes brazos se hinchaban y sus venas eran como rayos en una tormenta. Estuvo bastante tiempo hasta que, en cierto momento, cayó rendido. Estábamos atónitos por lo que acabábamos de presenciar.

—Zeus... No... Cariño... ¡Que alguien me ayude! —gritó, desesperada, mirándonos al resto.

Todos bajamos la mirada. Si Zeus no había podido, ¿qué posibilidades teníamos los demás?

—¿Es que no vais a ayudarme? ¡Que soy vuestra hermana!

Aquí me sentí un poco aliviado: no era el único hermano que no le importaba a nadie. Hera lo tenía complicado, tenía que aparecer una motivación muy grande para que, al menos, intentáramos sacarla de ahí. De pronto, Zeus, aún jadeando, se levantó.

—El... el que... la libere... se casará con Afrodita.



## 8

¿Zeus acababa de decir lo que acababa de decir? Pose y yo nos miramos, se nos iban a salir los ojos. Pero un Ares furioso pasó corriendo por delante de nosotros y se lio. Ambos saltamos hacia él y lo derribamos, impidiendo que llegara al trono.

—¡Basta! —gritó Deméter.

Nos detuvimos. Todos la miramos. Estaba enfadada.

—¡Zeus! No puedes obligar a Afrodita a casarse con quien a ti te plazca. Es una decisión que debe tomar ella.

—Deméter, cállate... —le susurró Hestia.

—¡No pienso callarme! Parece mentira que te pongas de su lado.

La prioridad de Hestia era la unión de la familia, y eso significaba hacer caso a cualquier cosa que ordenara el salvador de esa familia, el que la había mantenido unida: Zeus. Afrodita, que estaba muy asustada, miró a Deméter en señal de agradecimiento, y ella le devolvió la mirada, satisfecha por recibir una pequeña muestra de complicidad y agradecimiento. Estas cosas no pasaban muy a menudo, desafiar al dios del Olimpo tenía sus consecuencias. Zeus se acercó a Deméter, caminando poco a poco. Ella no se achantó, estaba con la cabeza erguida, convencida y segura de lo que acababa de decir y de cómo se había posicionado. Entonces Zeus le dio una bofetada y cayó al suelo. Afrodita gritó. Ningún otro sonido salió de la boca de nadie. Deméter intentó levantarse, pero Zeus se lo impidió pisándole la cabeza.

—Soy vuestro hermano y os quiero. Os quiero mucho a todos, sois mi familia —dijo Zeus mirándonos a todos, sin levantar el pie de su cabeza.

—Y nosotros a ti, hermano —respondió Hestia mientras miraba a Deméter con enfado.

Nos quedamos petrificados. Estaba claro hasta qué punto iba a llegar mi hermana para priorizar la unidad familiar.

—Haré lo que sea por todos vosotros, cualquier cosa. Lo sois todo para mí —añadió él.

Pose se mordió el labio superior, conteniendo las lágrimas. Estaba realmente emocionado. Yo estaba flipando en colores, y Ares... Bueno, Ares estaba ahí, esperando órdenes. Zeus extendió los brazos y este corrió a abrazarlo, Hestia y Pose fueron los siguientes. Nos miró de reojo a Afrodita y a mí, que no sabíamos muy bien qué hacer, y fuimos hacia allí también, obviamente, a ver quién es el valiente que le niega un abrazo. No recuerdo una situación más surrealista e incómoda que esta. Hera inmovilizada por un trono de oro y los demás abrazando a Zeus mientras le pisaba la cabeza a Deméter.

— Así que no olvidéis que sois lo que sois por mí, me lo debéis todo... y haréis lo que os diga. Siempre —nos susurró envolviéndonos con sus brazos.

— ¡Claro que sí, padre! —gritó Ares.

— ¡Siempre a tu lado, *bro*! —siguió Pose.

— Estaremos unidos. Siempre. Es lo que debemos hacer —dijo Hestia.

— Sí, claro... —murmuró Afrodita, muy asustada.

Todos habían respondido muy rápido y yo no sabía qué decir.

— Por... por... supuesto, hermano Zeus, que... aunque esté yo abajo, en el inframundo, que estoy muy bien, por cierto, se está bien... sí... pues... si puedo ayudar en algo, tú me lo dices... sin problema, claro.

Me doy vergüenza ajena cada vez que recuerdo cómo les hablaba a mis hermanos.

— Bien —respondió Zeus con una sonrisa.

— ¿Tú quién eres? —exclamó Hera.

Zeus nos apartó y quitó el pie de la cabeza de Deméter, que se levantó a toda prisa y se restregó la mano por el rostro para limpiarse la suciedad y las lágrimas.

— ¿Con quién hablas, Hera? —preguntó él.

Hera hizo un gesto con la cabeza, como señalando algo. Miré y, a lo lejos, se veía cómo alguien se acercaba a nosotros. Iba lento y andaba raro, como si tuviera una pierna en mal estado. Ares se puso en posición de ataque, pero Zeus lo agarró del cogote.

— No hagas nada si yo no te lo digo —le susurró.

Ares asintió. El desconocido cojo siguió avanzando hasta que su rostro y su cuerpo fueron visibles, y todos se quedaron boquiabiertos al ver su piel. Era uno de nosotros, era gris. Me pareció rarísimo que apareciera un dios de la nada y que nadie supiera de su existencia. Alguien tenía que estar mintiendo. Observé la reacción de cada uno, pero no vi nada

raro, todos estaban igual de confusos. Volví la mirada al nuevo y... Madre mía, era la cosa más fea que había visto en mi vida. Se oyó alguna arcada y algún sonido de asco e, inconscientemente, todos miramos a Afrodita para contrarrestar la fealdad que acabábamos de presenciar. Suspiramos aliviados, menos ella, pobre, que no tenía ningún espejo en ese momento. Pensaréis que exagero, pero os juro por mi vida que si un humano lo hubiese visto se habría caído muerto al instante. Si no había palabras para describir la belleza de Afrodita, tampoco las había para describir la fealdad de este... y menos mal. Solo puedo deciros que tenía el pelo oscuro y rizado y los ojos de un color lila que me resultaba muy familiar.

—Pero ¿qué es esta cosa, *bro*? —preguntó Pose, mirándolo de reojo.

—No tengo ni idea —respondió Zeus, asombrado.

—Nombre mío ser Hefesto, pero no hace falta que os presentéis, ya os conozco al resto —exclamó el nuevo... melódicamente.

Sí. Eso fue una rima. Hera se rio.

—Perdonad que me ría, pero es que esto es el colmo. ¿Alguien puede liberarme de este trono de mierda?

—De oro —corrigió Hefesto.

A Hera se le pasó la risa de golpe. Los ojos de Zeus echaron chispas.

—¿Qué sabes tú de este trono? —preguntó ella.

—De oro el trono está forjado, la mierda ha sido lo que yo he pasado —respondió Hefesto con otra rima.

Podías sentir la venganza en sus palabras, alguien le había hecho algo a este dios. Miré a Deméter, que estaba un poco apartada, pero seguía en shock. Afrodita, Pose y Zeus estaban igual de confusos que yo. Ares... Bueno. Pero Hestia... Hestia estaba rara, no dejaba de mirar a Hera, se dio cuenta y mantuvieron contacto visual. Hestia le hizo un gesto con la cabeza señalando al cojo, Hera volvió a mirarlo y le cambió la cara. Siguieron mirándose la una a la otra mientras hacían muecas. Estas dos sabían algo y yo era el único que estaba dándose cuenta. Así que, inspirado por Hefesto, vi una oportunidad para poder saciar un poco mi sed de venganza.

—¡Parece que Hestia y Hera conocen al cojo! —grité.

Buah. Qué subidón da esto de meter mierda. Todos se giraron hacia ellas dos, que se pusieron pálidas como una nube.

—¿Qué dices, Hades? Yo a este no lo he visto en mi vida —respondió Hera, intentando disimular.

Zeus dirigió la mirada hacia Hestia.

—¿Y tú?

Hestia no dijo nada, creo que hasta dejó de respirar de lo tesa que se había quedado, pero asintió.

—Hestia, ¿qué haces?

Hera se puso muy nerviosa.

—Sumado al dolor ya causado, es aún más hiriente que sea la tía y no la madre quien reconozca al hijo no deseado.

Se hizo un silencio que dolía en los oídos. El mundo se paró en ese instante. Me atrevería a decir que hasta Cronos dejó de contar. Zeus miró a Hefesto, después a Hera, otra vez a Hefesto y a Hera de nuevo.

—¿Es esto cierto, Hera? —preguntó Zeus, lleno de ira.

Todos estábamos perplejos, quietos como estatuas, aguantando la respiración para que nadie interrumpiera la respuesta de Hera.

—Es hijo nuestro, Zeus.

Él se llevó las manos a la cabeza. De pronto, los demás se tumbaron boca abajo en el suelo, incluso Hefesto. Estaban muy asustados.

—¿Qué hacéis? —le pregunté a Deméter.

No contestó, pero me hizo un gesto con la mano para que los imitase. Así que me tumbé. Justo a tiempo. El suelo empezó a temblar como si estuviera produciéndose el peor de los terremotos. Se ve que eso era lo que pasaba siempre que Zeus y Hera se ponían a discutir. Pero, por suerte, no llegaba hasta el inframundo.

—¿Cómo te atreves a esconder que tuviste un hijo mío? —gritó él.

—¡Tú siempre me escondes tus amantes! —contraatacó ella.

—¡Porque las quieres matar, Hera! ¡Estás loca de la cabeza!

—¡Tú me has vuelto loca, pedazo de mierda! ¡Me prometiste que no me engañarías y siempre me engañas!

Sus discusiones eran espectaculares, auténticos festivales meteorológicos y geológicos, pero para disfrutarlo tenías que estar lo suficientemente lejos para no sufrir las consecuencias y lo suficientemente cerca para verlo bien. Y eso era imposible. Unos nubarrones negros se posaron encima de nosotros y se inició una tormenta.

—¿Dónde has escondido a Hefesto durante todo este tiempo? —preguntó Zeus, fuera de sí.

—Madre también escondió a un hijo suyo, a ti, porque tenía miedo de padre...

—Pero ¿qué dices? ¡Padre quería comernos! ¡Yo no quiero comerme a mis hijos!

—¿Y qué hubieras hecho si llego a enseñarte a Hefesto? ¿Eh?

Zeus miró a Hefesto y no respondió. La lluvia que caía era como si Ponto estuviera vaciando el mar encima de nosotros.

—¡Pues eso! ¡Lo tiré del monte Olimpo nada más nacer! —añadió Hera.

—¿Qué? —gritó él, horrorizado.

—¡Y no lo hubieras sabido nunca de no ser por la traidora de Hestia!

—¿Y tú cómo... cómo sabías esto? —le preguntó Zeus a Hestia.

—La vi hacerlo, desde lejos... No dije nada por miedo, pero me ha dolido mucho tener que guardar este secreto, hermano. Por favor, perdóname. Hestia se echó a llorar y Zeus la abrazó.

—Eso, abrázala, pobrecita ¡y a mí que me den!

—¡Pues sí! ¡Que te jodan! ¡Lanzaste a nuestro hijo Olimpo abajo!

—¡Era eso o que no quisieras tener más hijos conmigo por miedo a que salieran como él!

—Pero ¿qué mierda de excusa es esa? ¿Por eso tomaste la decisión de deshacerte de él? ¿Eh?

—¡Sí! ¡Porque no puedo vivir sin ti! —gritó ella con todas sus fuerzas.

Zeus se separó de Hestia, saltó encima de Hera y empezaron a besarse como si estuvieran a punto de separarlos para siempre. Progresivamente, el suelo dejó de temblar y las nubes se disiparon. Los demás fueron levantándose poco a poco, y yo los imité.

—En este momento, por lo general, se ponen a copular —me dijo Deméter—. Pero como ella está encadenada... pues parece que no pueden. Pero mejor, no es muy agradable de ver.

—Tú y yo sí que podemos, Deméter... —gritó Pose guiñándole el ojo.

Ella agachó la cabeza, asustada, e hizo como si no hubiera oído nada. A mí me pareció extraña la reacción de mi hermana, pero no le di importancia, pensé que habían tenido un romance y ya. Zeus bajó de encima de Hera, sudoroso y muy excitado.

—¡Que alguien le quite las cadenas a mi esposa! —gritó.

Hefesto se acercó poco a poco, muy tranquilo, y miró a su padre, que estaba casi hiperventilando.

—El trono de oro fue creado por un servidor para a su madre dar una lección, pues deseo formar parte de la familia si queréis su liberación. Ares saltó y se puso entre los dos.

—Papá, no puedes cumplir la promesa de que se quede con Afrodita, ¿me entiendes? Afrodita es mía, no suya, ¿vale? Aparte, no te lo ha pedido porque no lo sabe, así que no se lo digas. ¿Vale? Me entiendes, ¿no? —exclamó, muy nervioso.

—Pero, Ares... Acabas de decírselo tú mismo —le respondió Zeus. Siempre ha sido muy pero que muy tonto, pobrecito.

—Como del material del trono, vine buscando cobre y encontré oro —dijo Hefesto con una sonrisa de oreja a oreja mientras observaba a Afrodita.

Ares miró a su hasta entonces pareja, que miraba a Hefesto muy asustada. Pero antes de que pudiera hacerle nada, Zeus lo sujetó otra vez y este se detuvo.

—Hefesto, libera a mi esposa y cumpliré mi promesa.

Hefesto asintió, chasqueó los dedos y las cadenas que ataban a Hera se desvanecieron.

—Bienvenido a la familia... hijo —dijo Zeus.

Sin soltar a Ares, agarró del brazo a Afrodita, que ni siquiera intentó forcejear, y se la entregó a Hefesto como si fuera un simple objeto, ante la mirada de horror de todos los presentes. Bueno, de casi todos.

—¡Qué bien! La familia crece, ¡esto hay que celebrarlo! —exclamó Hestia, eufórica.

Si no llega a ser por abuela, me hubiese perdido este increíble acontecimiento. En cierto momento, me di cuenta de que Zeus estaba mirándome fijamente. Con cuidado, le devolví la mirada y me hizo un sutil gesto con la mano para que me acercase. Obedecí, por supuesto.

—Tengo que hablar contigo, sígueme.

Yo estaba nerviosísimo, estaba cagado. No sabía de qué podía querer hablar conmigo, pero cada vez estaba más seguro de que iba a pedirme que volviese al Olimpo. Nos alejamos del resto y me llevó hasta donde tenía su trono.

—Este no está encantado, ¿no? —le dije en broma.

No le hizo gracia. El trono era grandioso, de oro macizo, con unas cenefas de líneas y espirales cuadradas. En cada reposabrazos había una bola, también de oro, y me fijé en que una de ellas estaba resquebrajada, seguramente le habría dado un golpe en uno de sus arrebatos. Tenía pinta de ser superincómodo. Mi hermano se sentó con las piernas abiertas, espatarrándose por completo, se tiró un pedo que sonó como un trueno y suspiró. Yo me quedé enfrente, de pie, no había más sitios para sentarse.

—¿No te pasa que la vida deja de tener sentido? —me preguntó, sin más.

No esperaba que me dijera eso. Estaba aguantando la respiración para no oler su pedo divino y de la sorpresa me lo comí entero.

—¿Cómo?

—No sé tú, pero yo me paso el día comiendo, durmiendo y fornicando. En ese orden.

No iba a responder, pero parecía que mi hermano estaba abriéndose conmigo.

—Pues, si te soy sincero... Cuando llegué al inframundo, como me sentía desplazado y solo, estuve no sé cuánto tiempo tirado en el suelo y llorando sin parar.

Zeus empezó a reírse a carcajadas. No debí haberme sincerado, eso me pasa por tonto.

—Pero eso es lamentable, Hades. ¡Ja, ja, ja!

Por un momento se me pasó por la cabeza decirle que era broma, pero dudo que se lo hubiera creído, así que no lo hice. Probablemente, de las

mejores decisiones que he tomado en la vida.

—Bueno, ¿y qué más? —le pregunté para desviar el tema.

—A ver, da igual si te pasa o no, la cuestión es que estoy aburrido y, sobre todo, me siento poco querido.

—Pero si tienes a Hera, que te quiere mucho, y al resto de la familia, y...

—¡No os quiero a vosotros! ¡Quiero seres nuevos! —gritó, frustrado.

Le dio un golpe a la bola agrietada del reposabrazos y la partió por la mitad. Los dos trozos cayeron al suelo haciendo un ruido ensordecedor. De nuevo, no dije nada.

—Quiero seres que se parezcan físicamente a nosotros pero que no tengan los poderes, el conocimiento ni la sabiduría que tenemos nosotros. Y que sean débiles, muy débiles, que un simple golpe en la cabeza pueda acabar con sus vidas. Pero que amen vivir. Y que tengan miedo, mucho miedo. ¿Me explico?

Asentí. Aunque no sabía a dónde quería llegar.

—Que tengan auténtico pánico de perder la vida. No porque vaya a ser extraordinaria, aunque sí lo sea para nosotros, sino por lo que les puede pasar al perderla, lo que se encontrarán al morir. Y ahí entras tú, Hades. Me puse aún más nervioso.

—¿Yo? ¿Qué? ¿Cómo?

—Estos seres, cuando mueran, necesitarán un sitio al que ir. El inframundo es el lugar perfecto.

Me quedé en shock. No solo no quería que volviese al Olimpo, sino que quería llenar mi nueva casa con su basura. Tal cual. Se había vuelto completamente loco. En ese momento empecé a hiperventilar del agobio y la ansiedad que me dio imaginarme el inframundo lleno.

—Pero ¿qué te pasa, Hades? Has dicho que te sentías solo, esta es una buena solución. Aparte, que sepas que seremos muy queridos por estos seres. Sobre todo tú y yo.

—Ah, ¿sí?

Zeus asintió. Eso me calmó un poco y pude retomar el control de mi respiración.

—¿A... a qué te refieres? —pregunté.

—A mí me querrán porque seré quien les haya dado la vida. Y a ti porque...

—Porque... ¿se la puedo quitar? —lo interrumpí.

—Eso es.

—Pero entonces no van a quererme, van a temerme.



Se encogió de hombros.

—¿Qué diferencia hay?

Para él no había diferencia alguna, en la vida había conocido nada cercano al amor. Sus bases para gestionar el mundo eran el miedo y el sexo. Y yo, por el momento, no tenía ninguna oferta mejor para sentirme valorado. Así que acepté. La verdad es que estaba contento, mi hermano me había hecho sentir necesario. ¿Qué digo necesario? ¡Vital! O mortal, mejor dicho. El destino de sus nuevos juguetes. Tu destino. Sí, el tuyo. Así que volví al inframundo a preparar la llegada de las primeras muertes de estos nuevos seres, los humanos.

## 10

De camino al inframundo, la presión de la tierra aún me apretujaba las ideas, así que no pude pensar mucho. En cuanto aterricé, hice un barrido visual de todo mi reino y de todos los sitios que abuela no me había mostrado todavía. Tenía mucho trabajo por delante, pero estaba motivadísimo. De hecho, estaba tan concentrado en observar lo lejano que no me di cuenta de que, justo enfrente de mí, en la orilla del Estigia, en una barca roñosa, había un hombre viejo, calvo, con una barba canosa muy sucia y despeinada y vestido con una túnica gris que en algún momento fue blanca. Tenía una nariz aguileña torcida como un tobogán de mocos, orejas grandes y unos ojos rojos que recordaban a una conjuntivitis crónica y con los que me miraba fijamente. Grité del susto.

—¿Qué? —me preguntó mientras se señalaba la oreja.

Estaba más sordo que una piedra. Tuve el impulso de repetir el grito, pero hubiera sido muy raro.

—¿Se puede saber quién eres? —le pregunté.

—Amo Hades, está usted muy lejos y no soy capaz de escucharle bien...

¿Me había llamado «amo Hades»? Me había llamado «amo Hades». Tenía un habla muy peculiar, le costaba pronunciar las erres y las eses, tampoco se esforzaba por hacerlo, pero se le entendía perfectamente. Me acerqué.

—¿Quién eres?

—Oh, amo Hades, es un placer para mí presentarme. Mi nombre es Caronte, y es todo un honor servirle junto a mi hermana —respondió señalando a su espalda.

Miré, pero no vi a nadie.

—¿Tu hermana?

—El río Estigia, amo Hades. Es mi hermana.

—¿En serio?

Se me escapó la risa, me hacía gracia que su hermana fuera un río, no era algo rarísimo, pero me hizo gracia.

—En serio, amo Hades, jamás osaría mentirle —me dijo intentando disimular su incomodidad.

—¿Y puedo saber, Carnote...?

—Caronte, amo.

Me quedé pensando si debía castigarlo por atreverse a corregirme. O sea, desde fuera hubiera parecido demasiado, pero yo era su amo ahora, yo era su dueño, yo era... su Zeus. A veces pensaba en actuar como tal, pero lo dejaba estar porque no me salía, no me nacía, tenía que aprender. Tragué saliva y volví.

—¿Puedo saber, Caronte, quién es vuestro padre y/o vuestra madre, para haber acabado aquí, sirviéndome?

Al barquero se le escapó una sonrisilla, fue muy sutil, pero la vi. Clavó el remo en el suelo y se apoyó en él como si fuera una barandilla.

—Somos hijos de Érebo y Nix, amo Hades.

Me asusté, y creo que se me vio en la cara. Os pensaréis que los dioses éramos los más poderosos en aquella época, y sí, desde un punto de vista jerárquico sí, pero Érebo y Nix eran descendientes directos de Caos, como Gea, mi abuela. Eran los *originals*, nadie se atrevía a meterse con ellos, ni siquiera el mismísimo Zeus, por muy dios del Olimpo que fuera. Érebo era... Bueno, es la oscuridad y las sombras, y Nix es la noche. Son el pasillo de tu casa cuando te despiertas de madrugada para ir al baño, son la silla de tu cuarto llena de la ropa que no guardas, son todos y cada uno de los espacios que no puedes ver. Érebo y Nix son omnipresentes. Y muchos de sus descendientes eran lo más tétrico y escalofriante que os podáis imaginar.

—¿Desde cuándo estás en el inframundo? Antes no te he visto —le pregunté.

—Pues... La verdad es que no lo sé —respondió frunciendo el ceño, como haciendo un esfuerzo para recordar.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No lo sé, amo Hades, no lo recuerdo. Simplemente estoy aquí... y ya.

Me lo creí y me lo sigo creyendo, que no se acordara. Pero volví a pensar en todo lo que me había dicho Zeus y me iluminé, vi un posible y más que evidente motivo para su presencia en mi reino.

—¿Cuántos caben en tu barca, Caronte?

Me miró raro, así que se lo repetí gritando. Asintió conforme me había entendido, y miró su barca durante unos largos segundos.

—Yo y uno más, amo.

—¿Solo uno más?

Volvió a mirar la barca durante unos segundos, me miró y asintió.

—Bueno, si solo cabe uno más será por algo... —murmuré.

—¿Quiere subirse, amo Hades?

Me lo pensé, me daba un poquito de asco; el estado de la embarcación, si se la podía catalogar así, era bastante lamentable. Pero si quería llevar a cabo mi idea, tenía que probarla.

—Sí, hazme un hueco.

Caronte acercó la barca hasta la orilla, se echó hacia atrás y yo me subí a la parte delantera. La barca se tambaleó un poco, nada grave.

—Siéntese, amo Hades —dijo el barquero acercándome un taburete ridículamente pequeño.

Me reí, pero él no. Estaba diciéndomelo en serio. Pero yo, como señor del inframundo, no podía sentarme allí, era humillante.

—No —respondí, orgulloso.

Caronte levantó los hombros, metió el remo en el agua y viró la barca con tanta fuerza que caí de cabeza al río Estigia sin apenas darme cuenta.

—Pero ¿qué haces? —grité mientras intentaba volver a subir a la barca.

—Discúlpeme, amo Hades, es que es mejor que esté usted sentado, ya se lo he dicho.

Subí, me incorporé y lo miré fijamente durante un rato. Quizás fueron minutos, no lo recuerdo, ni siquiera pestañeé, quería ver si se reía. No sé si se contuvo o qué, pero no evocó ni un tercio de sonrisilla. Así que bien. Tuve mucho miedo de que me perdiera el respeto por esa estupidez. Me agaché para sentarme en el taburete y Caronte gritó.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—Na-nada, perdón... He estornudado.

No fue un estornudo. Creo, de verdad, que aproveché que yo había apartado la mirada para soltar una carcajada, no tengo pruebas ni tampoco dudas, pero hice como si no hubiera pasado nada. Admiré su capacidad de disimulo. Me senté en ese taburete ridículo y emprendimos la travesía.

Caronte apenas remaba, era su hermana, el río Estigia, quien nos llevaba. Rodeamos la isla en la que estuve con abuela y nos detuvimos enfrente de las cuevas de Cerbero e Hidra. Pensé en ir a ver cómo estaban, pero no era el momento, tenía trabajo que hacer, quizás luego.

—¿Izquierda o derecha, amo Hades? —preguntó señalando ambos recorridos del río.

—Me da igual.

Caronte miró el río y la corriente empezó a conducirnos hacia la izquierda.

—Parece que Estigia ya ha decidido por nosotros —murmuré.

A nuestra derecha teníamos la orilla con las cuevas, que las dejamos atrás, y un prado con flores blancas que prácticamente apareció de la nada. Era un contraste doloroso. Estaban justo después de las cuevas y la combinación era horrible, no sé quién había diseñado eso, pero espero que fuera porque veía en blanco y negro, porque si no menudo criminal. Unas cuevas grises de piedra con una atmósfera oscura y un prado cuidadísimo con unas flores blancas que lo iluminaban. No se podía mirar a los dos sitios a la vez sin perder la cordura.

—¿Qué flores son esas?

Fue preguntar esto y la barquita viró hacia la orilla.

—Se llaman asfódelos, amo Hades —respondió Caronte extendiendo el brazo hacia una de ellas.

La arrancó, se la acercó a la boca y se comió una de las pequeñas bolitas que emergían como péndulos del interior de la flor, por encima de los pétalos. Lo miré, sorprendido. Emitió un pequeño gemido, disfrutando de su sabor, y me la ofreció para que la probara. Me lo pensé, pero acepté, si este es mi reino tengo que conocerlo bien.

—No sabe... a nada —dije mientras masticaba.

Caronte sonrió.

—El sabor aparece cuando no hay nada más para comer, amo Hades.

Eso me hizo pensar. Era un campo muy grande, quizás lo suficiente para poner a todos los seres que quería crear Zeus.

—Ajá... Este podría ser el sitio...

—¿El sitio para qué, amo Hades?

—Para guardarle unas cosas a mi hermano Zeus.

—¿Qué cosas, amo Hades? —me interrumpió, intrigado.

Le conté todo lo que me había dicho Zeus y estuvo escuchándome boquiabierto, sin pestañear siquiera. Estigia también estaba atenta, tanto que el río se congeló hasta que acabé. Caronte, antes de decir nada, miró hacia abajo, a su hermana. Luego me miró de nuevo.

—Dice Estigia que hay más sitios que debe ver antes de tomar una decisión, amo Hades.

—Uf... ¿Cuántos? —pregunté, bastante agobiado.

Caronte frunció el ceño.

—¿Tiene prisa por tomar la decisión, amo Hades?

—Mira, Caronte, para tomar decisiones siempre tengo prisa, no me gusta, te lo digo porque si vamos a convivir ya puedes ir tomando nota.

Fui un poco borde, lo sé, pero es que el agobio que siento cuando tengo que decidir algo me destruye por completo. Sí, ya sé que es mi trabajo porque es mi reino, por eso mismo no quería estar solo. Cállate.

—Entiendo, amo Hades. ¿Qué le parece si mantiene la decisión de que se queden en el prado de asfódelos y vamos a ver los otros sitios sin ánimo de nada? Solo para verlos, ya está —me dijo Caronte con un tono digno de ASMR.

Aquí me ruboricé. Me di cuenta de que el barquero podía llegar a entenderme muy bien, que era justo lo que necesitaba. Reconozco que si no fuera porque era un viejo bastante hecho polvo y daba un poquito de asco, podría haber surgido algo entre nosotros. Pero, por suerte, no fue así, el *shippeo* hubiera sido catastrófico: «Caronthades», «Hadesonte»... Qué mala combinación.

—Buena idea, sí —dije.

Acto seguido, Estigia retomó el rumbo y dejamos atrás ese prado. Estábamos dirigiéndonos al río de fuego que me había dicho abuela, el Flegetonte. Pasamos junto al río Cocito, el de los lamentos. Impresionaba mucho ver cómo Estigia y Cocito estaban justo al lado y no se mezclaba ni una sola gota de agua. Se podía distinguir un río del otro perfectamente, como si existiera una barrera invisible. Llegamos al final de la hermana de Caronte, donde cruzaba ya el río en llamas.

—Ahora habrá que seguir a remo, amo Hades —dijo Caronte clavando la pala en el agua.

Uno de mis problemas siempre ha sido no pensar las cosas dos veces antes de preguntar, pero miré la barquita y luego el río al que íbamos a meternos y no pude evitarlo.

—¿No se te va a quemar la barca?

Caronte volvió a hacer el gritito ese del estornudo, pero esta vez le vi la cara y, como era de esperar, no era un estornudo, se había reído. El río Estigia hizo burbujas del tamaño de sandías, también estaba riéndose de mí. El barquero se comió el resto de las carcajadas que iba a expulsar, con la esperanza de que no me hubiera dado cuenta, así que le seguí el rollo y me hice el despistado. A mí también me beneficiaba no haberme dado cuenta, no sabía cómo castigarlos porque los necesitaba de mi parte, pero tampoco quería que se pensaran que era un dios inseguro y débil... Bueno, tremendo lío tenía en la cabeza. Qué estrés.

—No, amo Hades, mi barquita puede navegar por todos los ríos del inframundo, está hecha para eso.

Sigo pensando que mi pregunta no fue tan estúpida, por mucho que se rieran de mí. El barquero hizo un par de remadas largas y nos colocamos sobre el Flegetonte. Nos dirigimos hacia la derecha.

Llego a ser ciego y no me hubiese dado cuenta de que estábamos navegando en un río en llamas. No emitía ningún tipo de calor, solo era más luminoso y ya, al menos para nosotros, claro. Una gigantesca montaña asomaba por el lado izquierdo, era muy empinada y no tenía ni un milímetro de vegetación, ni un triste trozo de césped, era una montaña calva. Y no solo eso, estaba partida por la mitad, era un sándwich, pero no parecía que dentro hubiera nada, solo se veían luces llameantes.

—¿Qué es este sitio? —le pregunté al barquero en voz baja, como si alguien pudiera oírnos.

—Es el Tártaro, amo Hades.

¿El Tártaro? El rollo de abuela, del que nacieron Hydra y Cerbero.

—Para ahí, quiero echar un vistazo —ordené.

Caronte me miró como si no fuera buena idea.

—¿Algún problema?

—Procure no asomarse mucho, amo Hades.

¿Asomarme? ¿A dónde? No se lo pregunté. Me hacía sentir como que él era el dueño del inframundo y yo un simple turista inconsciente. Me acercó a la orilla, justo enfrente de la separación de la montaña. Me levanté despacio y bajé de la embarcación. No le dije nada. A medida que me acercaba a la montaña, el corte parecía cada vez más profundo y las luces más visibles. Era un abismo. Estaba a dos metros de él y seguía sin ver el fondo, pero quería verlo. Así que fui acercándome poco a poco. Avancé un metro, la luz era más fuerte, pero no lo veía. Avancé medio metro más, estaba ya casi, se podía ver algo, como unas llamas, pero solo la puntita. A la mierda, dije. Di otro paso y me puse en el borde. Ahí ya se veía todo, eran rocas rebozadas con fuego, parecía la base de una chimenea. Lo recorrí con la mirada y me crucé con varios ojos amarillentos que me observaban con odio. Me pegué tal susto que perdí el equilibrio y me precipité al vacío.



—¡Cuidado! —gritó el barquero.

Me volví esperando agarrarme a algo y, de la nada, emergió un remo. Lo cogí y detuve mi caída. Al otro lado estaba Caronte, mirándome, muy asustado.

—Sujétese bien, amo Hades.

Asentí, con miedo. Tiró hacia él y me reincorporé. Si no llega a ser por él... Sí, ya sé lo que estáis pensando. Soy un dios, no hubiese pasado nada. Pero os equivocáis. No estaba cayendo en cualquier sitio, no estaba precipitándome desde un acantilado. Eso era el mismísimo Tártaro, ahí no hay dioses que valgan.

—Creo que he visto a mis tíos, a los que Zeus no perdonó... —dije, aún un poco en shock.

Los titanes y las titánides a los que mi hermano no perdonó después de la Titanomaquia fueron encerrados aquí, en el Tártaro.

—¿No lo sabía, amo Hades? —preguntó Caronte.

—Sabía que habían sido desterrados, lo que no sabía era que los había enviado al mismo sitio que los envió Urano. ¿Cómo puede ser tan cruel? —respondí mientras volvía a la barca.

Me dio la sensación de que Caronte iba a contestar, pero se lo guardó. Todavía me pregunto qué me hubiera dicho.

—Sigo pensando que el campo de los asfódelos es el mejor sitio —dije volviendo al tema de los seres de Zeus.

—¿Sí? ¿Y qué piensa de este sitio, amo Hades?

Lo miré, molesto. Qué clase de pregunta era esa.

—¿Qué voy a pensar? Pues que es una mierda, un castigo, una tortura. ¿Quién querría ir allí?

—Quizás la pregunta no es «quién querría», sino «quién debería», amo Hades.

Maldito viejo enigmático, pensé. Pero me había salvado de ser engullido por el Tártaro, merecía que le dejara explicarse. Así que le hice un gesto con la mano para que desarrollara su idea.

—Al igual que el dios Zeus con los titanes, quizás debería separar a estos seres según lo que hayan hecho en vida, amo Hades.

Maldito viejo sabelotodo, pensé de nuevo. Pero tenía razón. No podía meter a todos esos seres en el mismo lugar.

—Estoy de acuerdo. A los seres que sean horribles en vida les esperará el Tártaro en la muerte. Y los que no sean horribles, al campo de las flores insípidas.

Y di el dilema por resuelto.

—Bueno... —murmuró Caronte.

—¡Maldito viejo pesado!

Eso lo dije en voz alta. Se me escapó. Siguió mirándome como si no me hubiera oído, pero yo sabía que eso era imposible.

—Perdona, Caronte, me he agobiado... Es que parece que esto no se acaba nunca.

—No se preocupe, amo Hades, la presión a la que está sometido por tener que hacerse cargo de un reino que aún desconoce debe de ser abrumadora. Pero para eso me tiene usted aquí, déjeme ayudarlo.

Tuve que morderme el labio para no estallar en un agudo sollozo, pero no pude hacer nada para evitar que brotaran un par de lágrimas de mis ojos. Nadie me había dicho nunca algo tan bonito. Me volví, dándole la espalda, y aproveché para secarme las lágrimas. Nadie había visto llorar jamás a Zeus, así que tampoco podían verme llorar a mí, pensé.

Entonces me subí a la barca.

—Venga, siguiente parada.

Caronte esperó a que me sentara y luego se subió él. Apoyó el remo en la orilla y nos reincorporamos a la corriente del río de fuego.

—Es un placer estar a sus órdenes, amo Hades.

Maldito viejo que quiere hacerme llorar.

Por fin aparecieron unas aguas que nos permitían salir del Flegetonte. Sus llamas desprendían tanta luz que me dolían los ojos.

—¿Qué río es este?

—Estamos navegando por Lete, amo Hades.

—Ah... Algo de «olvido», creo que me dijo abuela.

—Así es, amo Hades. Quien beba de estas aguas olvida todo su pasado. Me volví de golpe hacia él.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, un poco exaltado.

—Eso, amo Hades. Quien beba de estas aguas... lo olvida todo.

Mientras seguía flipando e intentando asimilar el poder de esas aguas y qué uso podía darles, pasamos por delante de unos campos. El contraste entre las cuevas de Cerbero e Hydra con el prado de asfódelos no era nada comparado con esto que estaban viendo mis ojos. Era precioso. Estaba lleno de flores de todo tipo, árboles bajitos y arbustos que parecían recién recortados, ¡y hacía sol!

—¿Se puede saber de dónde viene esta luz? —pregunté mirando por todos lados, buscando alguna linterna gigante.

—No viene de ningún lado, amo Hades, simplemente está.

Me molestó que no hubiera algo visible que evocara esa luz, así que tuve que resignarme. Caronte paró en la orilla y nos bajamos. Estuvimos paseando por ese sitio un buen rato, en silencio, porque no hacía falta hablar de nada, no quería hablar de nada, solo quería observar cada flor, cada árbol, cada fruto, y es que, por cierto, estaba lleno y había de todo. Naranjas, sandías, cerezas, kiwis, cocos, uvas, piñas, peras, melones, melocotones, albaricoques, manzanas, plátanos, papayas, mangos... También había granadas. Probé una, estaba riquísima. Era el típico sitio en el que cualquier ser querría pasar el resto de la eternidad.

—Caronte, dime, por favor, que no hay ningún otro sitio de estos que me quieras enseñar.

—No hay ningún otro sitio, amo Hades.

—¡Toma! —exclamé, eufórico.

Caronte sonrió.

—Ya sé cómo distribuir a los seres de Zeus. A ver qué te parece. Los que han sido horribles con los demás seres, o han hecho cosas malas, con maldad, o han osado faltarles el respeto a los dioses... se van al Tártaro de cabeza.

Estaba nervioso y gesticulaba mucho. Caronte asintió tranquilamente e hizo un par de respiraciones que, la verdad, me calmaron bastante.

—Los que hayan sido espectaculares, supersimpáticos, pura bondad, generosidad, de esos que dices «Buah, qué maravilla de ser, quiero tomarme un chupito de ambrosía con él»... aquí, al campo este lleno de frutos maravillosos.

Caronte volvió a asentir.

—¡Y! Los que no hayan sido muy muy malos, pero tampoco muy muy buenos, esos que solo han existido y ya está, como quien ve una pelusilla que se la lleva el viento... los ponemos en el prado de los asfódelos, a comer flores insípidas. ¿Qué? ¿Qué te parece, barquero?

Lo miré superemocionado por haber finalizado, de una vez por todas, la misión que me había encargado Zeus. Pero Caronte no lo parecía tanto.

—Me parece una idea fantástica, amo Hades.

—¿Pero?

—No hay ningún «pero», amo Hades, solo tengo una pregunta.

—Lo mismo es.

—¿En qué va a basarse para decidir si alguien es muy malo, muy bueno o ni lo uno ni lo otro, amo Hades?

Maldito viejo preguntón. Pero era una buena pregunta. Si un ser hace daño a otro ser, pero este le ha hecho daño antes, ¿quién es el malo? ¿El primero o los dos? ¿Se supone que el segundo no debe vengarse? ¿La venganza es algo igual de malo que hacer daño deliberadamente? Y si el hecho de vengarse hace que el primero no vuelva a hacer daño a nadie nunca más, ¿eso convierte al segundo en alguien muy bueno? ¿Se puede perdonar? Si alguien hace cosas horribles porque sufrió cosas horribles, ¿es culpa de quien le hizo cosas horribles o de ambos? Y si el que le ha hecho cosas horribles tuvo a alguien que también le hizo cosas horribles, ¿entonces qué? Porque se puede ir tirando del hilo y corremos el riesgo de llegar a la conclusión de que nadie tiene la culpa de nada y todos somos víctimas, pero esa es la falsa empatía que

aparece cuando tú no has sido ingerido por tu propio padre nada más nacer. Iba a responderle a Caronte, pero el sonido de un trueno me interrumpió. Hizo un ruido terrible, rebotó por todo el inframundo y emitió una luz cegadora. Caronte y yo nos tiramos al suelo tapándonos los ojos y los oídos.

—¡Se basará en lo que a mí me dé la gana! ¡Ja, ja, ja! —gritó alguien.  
Me levanté de un salto. Evidentemente era Zeus.

—No es necesario que hagas este numerito para bajar aquí —le dije.

—Vaya, vaya... Desde que tienes el inframundo estás volviéndote un chulito, ¿eh?

Se acercó a mí y me dio dos palmaditas en el hombro, luego miró a Caronte.

—¿Tú eres hijo de Érebo? —preguntó.

Caronte se levantó.

—Y Nix, dios del Olimpo.

Zeus lo miró de arriba abajo con desprecio, pero tampoco mucho, se notaba que la ascendencia del barquero le daba respeto o incluso miedo, me atrevería a decir. Volvió sus ojos hacia mí.

—Me gusta cómo has organizado el inframundo, hermano, pero lo de decidir qué está bien y qué está mal déjame a mí.

Me regaló otra palmadita en el hombro.

—No olvides quién te ha puesto aquí —añadió.

No dije nada, no me atreví. Hizo el gesto de irse, pero Caronte tenía una pregunta, bueno, tenía «la pregunta».

—Disculpe, dios Zeus, ¿cómo va la creación de estos seres?

Mi hermano sonrió satisfecho.

—Pues me alegra que me lo preguntes, viejo, ya que a mi hermano parece no interesarle.

Me dio otro golpecito. No había pensado en preguntarle nada, solo quería que se fuera antes de que me dislocara el hombro.

—Ahora mismo iba a ver el resultado de Prometeo con mi hija Atenea —explicó.

—¿Cómo que Prometeo? ¿El titán adelantado? ¿Qué más has dicho? ¿Ate-qué? —pregunté, muy confuso.

Aquí no pude evitar preguntar, me frustraba mucho no estar al día.

—A veces se me olvida que en el inframundo no os enteráis de nada. ¡Ja, ja, ja! —exclamó Zeus extendiendo el brazo derecho.

Aparté el hombro, pero me dio en el otro.

—A ver, sí, Prometeo, el hijo del idiota de Jápeto, ha estado encargándose de crear a mis seres. Se lo ofrecí y aceptó, estaba muy ilusionado.

—¿Y por qué se lo ofreciste a él? —le pregunté demasiado rápido. Creo que soné un poco celoso. Zeus se rio por debajo de la nariz.

—¿Querías que te lo ofreciera a ti?

Me reí como si fuera la tontería más grande del mundo. Pero no hubiera estado mal, la verdad.

—Se lo ofrecí a Prometeo porque, primero de todo, yo no iba a hacerlo. No tengo tiempo para estas cosas y tampoco es que me apeteciera. Aparte, Prometeo siempre ha sido muy creativo, previsor y, sobre todo, un grandísimo amigo. Sinceramente, no existe nadie en quien confíe más que en ese pedazo de crack. Lo considero mi hermano y respondo por él. ¿Queda claro?

Aquello último sonó un poco agresivo.

—Sí, sí, por supuesto, queda clarísimo, clarísimo, sí... —respondí, asustado.

Caronte, como si la cosa no fuera con él, porque no iba con él, levantó la mano.

—¿Quieres... algo? —preguntó Zeus, confuso.

—Sí, gracias, dios Zeus. Antes también ha hablado de una tal Atamea, ¿quién es?

Suerte del barquero, a mí ya se me había olvidado.

—Atenea.

—Perdón, dios Zeus.

—Es mi hija.

—¡Oh, qué bien, una niña! ¡Enhorabuena! ¡Felicita a Hera de mi parte!

—exclamé.

—Felicidades, dios Zeus —dijo también el barquero.

Zeus estalló de risa. Caronte y yo nos quedamos callados, era muy raro, no habíamos dicho nada gracioso. Mi hermano disminuyó las carcajadas y agachó la cabeza. Se apartó un mechón de pelo y dejó ver una cicatriz gigantesca.

Me quedé boquiabierto.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Te acuerdas de Metis, la titánide?

—Sí, claro...

—Pues, verás... A mí ella siempre me ha gustado.

Ay, madre, pensé.

—Desde que fue mi tutora en Creta, cuando aún no os había liberado del estómago de padre, ahí yo ya tenía ganas de zumbármela.

Quiero avisaros de que el lenguaje sexual de mi hermano Zeus siempre ha sido mucho más asqueroso e irrespetuoso de lo que os estoy transcribiendo.

—Total, que tuvimos nuestra noche de pasión y Metis se quedó preñada

—añadió con una sonrisa.

Fue una violación. Zeus no solía tener relaciones consentidas.

—¿Y de ahí nació Atenea? —pregunté.

—Sí.

—Ah... Vale. Pero no entiendo qué tiene que ver eso con la cicatriz de tu cabeza.

Zeus volvió a reírse. Me quedé en silencio porque me sentía tonto intentando arrancarle las palabras de la boca.

—Me enteré de que una de las titánides, Febe, profetizó que la hija de Metis tendría hijos que serían más fuertes que yo...

Soltó un par de carcajadas más. Me miró creando expectativa, esperando a ver si ataba cabos. Pero yo solo deseaba que acabara de contarlo ya, porque estaba empezando a aburrirme con tanto *hype*.

—... así que me comí a Metis —concluyó.

—¿¿Qué?! —grité.

Miré a Caronte intentando buscar complicidad, pero estaba con su habitual cara de póquer, conteniendo lo que sentía de verdad. Zeus se rio otra vez.

—Lo gracioso fue que Metis, en vez de ir a mi estómago, se metió en mi cabeza y parió ahí dentro. ¡Y Hefesto tuvo que abrírmela para sacar a nuestra hija de ahí! ¡Ja, ja, ja!

No me lo podía creer. Maldito loco desgraciado. Tuve que decirle lo que pensaba.

—O sea, que hiciste lo mismo que padre con nosotros.

A Zeus le cambió la cara. Eso ya no le hizo tanta gracia.

—¡Cállate, Metis! —gritó mi hermano girando la cabeza.

Volvió los ojos hacia mí. Yo estaba muy asustado, acababa de hablarle a Metis, pero ahí no había nadie. ¿Mi hermano deliraba?

—A Metis no la sacaron, se quedó en mi oreja. Todavía estoy aprendiendo a no escucharla.



—Ah... Vale, vale —respondí, aliviado.

Sin decir nada más, tal y como había venido se marchó, tirándonos al suelo. Podía presentarse donde quisiera sin hacer el más mínimo ruido, y si lo hacía así era para hacerse notar, para que recordásemos quién manda. Menudo idiota... No nos dijo qué le había dicho la titánide, pero me juego un ojo a que lo mismo que yo. Lo jodido es que Zeus no era como nuestro padre, ¡era peor! Al igual que nuestro padre fue peor que el suyo. ¿Cómo iba Zeus a crear unas reglas para decidir si los nuevos seres habían sido buenos o malos cuando ni siquiera él sabía distinguir una cosa de la otra? Esto iba a ser un auténtico caos, pensé. Aunque, bueno, él mismo había dicho que iba a hacer lo que le diera la gana. Había que prepararse, se acercaban tiempos complicados.

El día siguiente a la visita de Zeus no fue menos surrealista. Estaba yo solo, tumbado en ese campo maravilloso de las frutas... O sea, en el césped de los campos elíseos, pero entonces aún no se le llamaba así. Y me quedé dormido observando una preciosa manzana que colgaba de uno de los árboles. Era muy fácil dormirse en el inframundo prehumanos, la tranquilidad que se respiraba podía grabarse y subirse a YouTube como vídeo de ASMR. Y sí, es la segunda referencia que hago al ASMR, lo sé, es que me gusta mucho, lo necesito. Total, que estaba durmiendo plácidamente, sin nada ni nadie que me molestara. Así que imaginaos el susto que me pegué al despertar y encontrarme a tres señoras con colmillos, serpientes enroscadas en el pelo y alas gigantescas mirándome fijamente con unos ojos más rojos que la sangre. Bueno, de hecho, era sangre, me cayó una gota en la frente. Voy a seros muy sincero: grité un poco. Fue un chillido de no más de cinco segundos. Aunque Cronos diga que fue de quince, miente. Pero ni salté ni hui despavorido. Me contuve y, poco a poco, me levanté. Las tres señoras se apartaron a medida que yo iba incorporándome, pero no me dejaban mucho margen de maniobra, las tenía a menos de un metro de distancia con los ojos clavados en mí. No pestañeaban, seguramente por eso tenían los ojos así de mal.

—¿Qui...?

Hice un gallo. Tragué saliva y volví a intentarlo. Estaba supernervioso.

—¿Quién sois?

De pronto, las tres señoras se echaron a reír. No me lo esperaba, dejaron de darme tanto miedo durante esos instantes. Sin dejar de reír, se pusieron en fila, una detrás de otra.

—¡Alecto! —gritó la primera.

Se puso a un lado y le dejó paso a la de detrás.

—¡Megera! —gritó la segunda.

Se colocó al otro lado de un brinco.

—¡Tisífone! —gritó la tercera.

—¡Y juntas somos... las Erinias! —gritaron las tres casi al unísono.

Volvieron a reírse. Yo no, por si acaso.

—Yo soy Hades...

—Lo sabemos —me interrumpió Alecto.

—El dios del inframundo —añadió Megera rodeándome y observándome de arriba abajo.

—Nosotras también somos diosas —exclamó Tisífone.

Me sorprendí, no me lo esperaba. ¿Qué se suponía que hacían aquí?

¿Quién las había mandado? ¿Zeus?

—Os envía mi hermano, ¿verdad?

Estallaron de risa otra vez. Empezaba a ser molesto que se rieran por todo.

—Nosotras existimos desde antes que tú y todos tus hermanos —dijo Alecto.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te han contado alguna vez lo que le pasó a tu abuelito Urano? —preguntó Megera acercándose a mí.

Megera me incomodaba muchísimo. Iba a responder, pero se me adelantaron.

—Claro que lo sabe, tía. ¿Por qué no iba a saberlo? —exclamó Tisífone en un sutil tono de burla.

Megera la miró de reojo con cara de asco, dejando caer unas gotitas de sangre sobre un precioso arbusto. Estaban jodiéndome el sitio. Volvió los ojos hacia mí y me puso sus dos garras a muy pocos centímetros de la entrepierna.

—Nosotras nacimos de la sangre de los testículos de tu abuelo Urano —me susurró.

Cuando me dijo eso, los míos se encogieron más. Mi padre, Cronos, al cortarles los huevos a mi abuelo, había provocado el nacimiento de estas tres... Erinias. Y no eran los únicos seres que habían salido de ahí.

—No obedecemos a Zeus, querido —añadió Tisífone.

—Pero a ti tampoco —dijo Alecto enseguida.

Megera retrocedió por fin y pude volver a respirar tranquilo. No sabía si suponían una amenaza, si ahora, de pronto, la era de los dioses iba a darse por terminada, tampoco sabía qué iba a pasar o qué había pasado. Recordad que yo vivía totalmente ajeno a lo que sucedía en la superficie, y lo último de lo que tenía conocimiento era lo que me había

contado Zeus sobre Prometeo y sus seres. Así que decidí volver a preguntar.

—De acuerdo. Pero, entonces... ¿Qué hacéis aquí?

Tardaron en contestar. Revisé lo que había dicho y cómo lo había dicho unas cien veces durante ese eterno silencio, por si había podido sonar impertinente o maleducado. Las tres Erinias se miraron de reojo y tanto Megera como Tisífone le hicieron un gesto con la cabeza a Alecto, que asintió y dio un paso hacia mí.

—Voy a ser clara y concisa.

Por fin, pensé.

—No confiamos lo más mínimo en la moralidad de Zeus.

Ya somos dos. Bueno, cuatro. Bueno, cinco si cuento a Caronte.

—Sabemos que has hecho una distribución del inframundo que catalogamos como correcta, pero no creemos que todos los seres de Zeus vayan a ir donde deberían. Así que vamos a encargarnos de que, al menos, sean castigados en vida aquellos que cometan algunos de los siguientes crímenes.

Las tres Erinias, a modo de coreografía, y de detrás de sus alas, desenfundaron cada una un puñal y un brillante látigo de hierro. Fue tan coordinado que un poco más y las aplaudo. Si antes ya me daban miedo, ahora me daban pánico. Alecto se volvió hacia Megera y esta dio un paso al frente.

—Si alguno de estos seres se casa con otro de ellos, más les vale que se aseguren de que sea el ser indicado porque si no... —dijo apretando los puños.

—Pobre del que se atreva a cometer algún tipo de infidelidad, no existe sitio del que esconderse de mí —concluyó Megera con auténtica ira en sus ojos sangrientos.

Dio un golpe de látigo al cielo que hizo que me agachara. Lo enrolló con una destreza envidiable y miró a su hermana Tisífone, que también se adelantó.

—La familia es sagrada. No hay excusa ni justificación alguna para arrebatarse la vida a quien comparte tu misma sangre. Y el desgraciado que se atreva a hacerlo sufrirá eternamente.

Me agaché un poco, pero Tisífone no usó el látigo. Ambas miraron de nuevo a Alecto. Era su turno, pero ella no se movió del sitio. Se quedó donde estaba, como si la hubieran clavado al suelo. Estaba expectante, a ver qué iba a decir.

—¿Qué es lo que más odias de Zeus?

Esa pregunta no me la esperaba.

—¿Perdón?

Alecto no repitió la pregunta. Sabía que la había escuchado perfectamente y no estaba dispuesta a volver a hacérmela. Carraspeé. No iba a poder librarme de esta, debía responder. Y tengo que reconocer que me sentía en un espacio seguro para hacerlo.

—Su soberbia.

Alecto sonrió.

—Pues de eso voy a encargarme yo, Hades. No habrá creación de Zeus a la que se le permita actuar con la soberbia, la arrogancia y la ira con la que se comporta tu hermano. Iré a por todos los que se atrevan a hacerlo al igual que mis hermanas con los que traicionen en sus matrimonios y los que asesinen a sus familiares. Ya tenemos suficiente con los dioses. No vamos a permitir a más como ellos —concluyó Alecto.

Lo más gracioso es que Zeus estaría completamente de acuerdo con el discurso de las Erinias, porque él tampoco quería que los humanos se comportaran como él. Era un privilegio que no estaba dispuesto a compartir con nadie. Acepté de buen grado la voluntad de las Erinias, tampoco es que tuviera otra opción, pero teniendo en cuenta lo poco que confiaba en los valores que mi hermano decía tener, era una buena idea estar de su lado. Extendieron sus enormes y tenebrosas alas y se fueron volando. Parecía que, al final, no todo iba a ser tan complicado... O eso pensé.

La verdad es que estaba emocionado con la llegada del primer muerto. Me preguntaba cómo moriría, si habría sido muy bueno o muy malo en vida... Pero no paraba de recordar lo que me dijo mi hermano cuando me explicó su plan de crear a estos seres. Dijo que iban a amarlo a él por darles la vida y a temerme a mí por quitársela. ¿Por qué? ¿Qué clase de vida iban a tener para que fueran a odiar el inframundo? El único sitio horrible de mi reino era el Tártaro, y si te tocaba ir ahí era porque te lo habías ganado. En teoría, claro. O sea, en mi reino tenía un prado cubierto de un césped precioso, arbustos y árboles maravillosos, con unas frutas riquísimas y el río Lete ahí mismo para que le dieras un trago y olvidaras todos los recuerdos que llenaron tu vida. No seáis dramáticos, lo único malo de olvidar es si lo haces rodeado de la gente de tus recuerdos, si no... es volver a nacer. Y después estaba el campo de las flores insípidas, los asfódelos, que estaba bastante bien también. Pero, bueno, los que debían valorar eso aún no habían llegado, estaban al caer... Y nunca mejor dicho.

Estaba en el lago Lerna, situado en una de las entradas del inframundo, acariciando una de las cabezas de Hydra. Debía darle mucho cariño después de haberle arrancado una cabeza por culpa de abuela.

—¡Amo Hades! —gritó alguien.

Me giré, era Caronte. Hydra gruñó, no le caía bien. Muchas veces venía a buscarme mientras la acariciaba.

—¿Qué pasa?

—Ya es la hora.

Me levanté de un salto. Hydra gruñó más fuerte porque dejé de tocarla, pero le abracé una cabeza y le di muchos besitos.

—Hydra, cosita mía, perdóname, pero tengo que irme. Nuestro reino está a punto de ponerse en marcha.

Me dio tal lametón que me hizo un vestido de babas. Me sacudí y fui corriendo hacia Caronte. Nunca lo había visto remar tan rápido, estaba

igual o más nervioso que yo. Derrapando por el Estigia a lo *2 fast 2 furious*, finalmente llegamos a nuestro destino, a mi orilla. La llamo «mi orilla» para que me entendáis, es donde yo caí la primera vez que llegué al inframundo. Sí, donde lloré durante días. Allí nos esperaba Tánatos. Lo sé, aún no os he hablado de él, pero tampoco hacía falta, ya lo conocéis. Tánatos es la muerte. Es hermano de Caronte, por lo tanto, es hijo de Érebo y Nix. Seguramente os lo imaginéis sin rostro, envuelto en una especie de batamanta negra con capucha y sujetando una guadaña de dos metros. Pero no, eso sois vosotros y vuestra percepción de lo que debe ser dejar el mundo de los vivos. Permitidme que os aclare una cosa: Tánatos es la muerte, pero no todas las muertes. Él es la muerte que todos los humanos desean: tranquila, indolora, la que te llega sin que te des cuenta. Exacto, como dormirse. De hecho, el sueño era su hermano gemelo, Hipnos. La muerte tranquila era hermosa, y Tánatos era muy bello, llevaba un peinado con unas trenzas perfectas y espesas pegadas a la cabeza, era alto y fuerte, con unos ojos negros preciosos y unas alas grises grandes y fuertes... Ya no sé ni de qué os estaba hablando. ¡Ah, sí! Tánatos estaba en mi orilla.

—Amo Hades —dijo con una voz muy grave.

—Tánatos —respondí intentando simular un poco su tono.

Caronte me miró de reojo, se dio cuenta de lo nervioso que estaba.

—Tánatos, hermano, ¿ya tienes localizado al primero? —preguntó el barquero.

La muerte asintió y me miró. Tardé unos segundos en darme cuenta de que estaba esperando mi señal. Le hice un gesto con la cabeza. Tánatos desplegó sus alas y, de una batida, salió disparado por uno de los agujeros del techo del inframundo. Ahora solo había que esperar.

—¿Cómo crees que debe de ser? —le pregunté a Caronte sin dejar de mirar al techo.

—¿El qué, amo Hades?

—Morir.

Hubo un pequeño silencio.

—¿Para quién, amo Hades?

Lo miré, confuso.

—¿Para el que muere o para los que deben seguir viviendo sin este, amo Hades?

Maldito viejo. Eso no me lo había planteado.

—¿A qué te refieres con los que deben seguir viviendo?

—Supongo que estos seres habrán llegado a formar lazos entre ellos, habrán creado familias, amistades, amores... Que uno desaparezca va a crear un vacío en el grupo al que pertenecía. Lo echarán de menos, amo Hades.

En ese momento entendí por qué iban a amar a Zeus y a temerme a mí. El miedo no iba a ser tanto quitarles la vida sino quitarles a alguien. Y yo iba a ser el responsable de eso, por culpa de mi maldito hermano. Estos seres iban a odiarme con todas sus fuerzas, iban a hacer todo lo posible para impedir que sus seres queridos y ellos mismos pisaran mi reino, pero iban a desear enviar aquí a los que más odiaban, e incluso algunos iban a atreverse a hacerlo. Nadie me quería. El inframundo iba a llenarse de seres obligados a estar aquí y yo iba a seguir sintiéndome igual de solo que cuando me tumbé en esta orilla a llorar hasta por las orejas. El único que quería morir se era yo... pero ni eso podía.

—¡Mire, amo Hades! —gritó Caronte señalando hacia arriba.

Levanté la cabeza. Ahí estaba. El primer muerto. Tánatos lo sujetaba con los brazos.

—Parece que tenga miedo, amo Hades —me dijo el barquero.

Lo parecía. Estaba temblando y se cubría el rostro con las manos. Tánatos aterrizó con mucho cuidado e intentó bajarlo, pero el ser se agarró fuerte a la muerte.

—¡No, no, no, no, no, no! —gritó.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

—Tiene miedo, está confuso, no entiende lo que ha pasado —respondió Tánatos con su voz grave.

No os podéis ni imaginar lo mal que me sentía.

—¿Cómo ha sido?

—Rápido. Estaba comiendo, con más como él. A su lado había sitio, me senté...

Hizo una pausa para sujetar bien al ser, que seguía temblando.

—... y me vio. Me preguntó quién era, pero no le respondí. Se volvió hacia los suyos y les preguntó si me conocían, pero tampoco le respondieron. Yo ya lo había tocado, en la mano.

Tánatos te quita la vida con un simple toque.

—¿Y qué más? —pregunté, impaciente.

—Los suyos empezaron a gritar y a señalarlo. Él se levantó de un bote, alejándose de donde apuntaban sus dedos, y se vio a sí mismo tumbado en el suelo... y desde entonces está así.



Resoplé y me volví pasándome las manos por la cara y por el resto de la cabeza.

—¿Por qué?! ¿Por qué tengo que ser yo el que se encargue de hacerles esto? —grité con rabia.

No respondieron. Caronte y Tánatos agacharon la cabeza. Yo seguí gritando, furioso.

—¡Poseidón se encarga del mar! ¡Del maldito mar! ¡De subir y bajar la marea, de hacer más o menos olas, de crear burbujitas! ¡¿Y yo tengo que encargarme de joderles la vida a unos seres inocentes creados por Zeus para que se sienta más querido?! ¿Vosotros creéis que eso es justo? ¿Soy yo el tonto aquí o qué?

Seguían sin decirme nada. Tampoco esperaba que lo hicieran, solo quería desahogarme.

—¿Sabéis qué? Paso. Lo dejo.

Caronte alzó la vista hacia mí.

—¿Que deja el qué, amo Hades? —preguntó.

—Voy a subir a hablar con Zeus y a decirle que no voy a ser el responsable del inframundo. Aceptaré el castigo que haga falta.

Caronte iba a decirme algo, pero le hice un gesto con la mano para que se callara. Me agaché y me impulsé para volver a la superficie. Pero justo cuando estaba a punto de atravesar uno de los agujeros, alguien me agarró del pie y me lanzó de vuelta al suelo de mi reino. Caí de bruces, intenté incorporarme, y no pude, alguien no me dejaba, el mismo que me había impedido salir de aquí... Caronte. Me clavó el remo en el pecho. No podía creérmelo. Le di un golpe para librarme de él, ni se inmutó. Busqué a Tánatos con la mirada, pero estaba de espaldas, consolando al muerto.

—Ni se le ocurra, amo Hades —dijo Caronte.

En el fondo sabía que era más fuerte que yo, pero nunca pensé que iba a surgir una situación en la que esto pudiera evidenciarse. Me hablaba y me miraba con el mismo respeto de siempre, pero estaba encima de mí, sometiéndome.

—Entiendo que se arrepienta, que no quiera responsabilizarse de esto, que le cueste asimilarlo, que se sienta mal, engañado, maltratado, rechazado por su familia, lo entiendo. Y está en todo su derecho de sentirse así y de enfadarse, amo Hades —añadió con un tono muy empático.

—¿Pero...?

Tenía que haber un «pero».

—Supérelo, amo Hades.

No me esperaba esa respuesta.

—Esto ya no va sobre usted, amo Hades. Esto va sobre ellos —concluyó el barquero señalando al muerto.

Tánatos seguía de espaldas, pero la mirada del muerto asomaba por su hombro. Tenía los ojos marrones, y llenos de lágrimas, podías ver toda su vida pasada a través de ellos. Caronte tenía razón: por muy doloroso que fuera, mi momento para escapar de esta responsabilidad ya había pasado. Lo mejor que podía hacer era intentar echarles una mano a estos frágiles seres y hacer su estancia más llevadera. El barquero retiró el remo y lo extendió para ayudarme a levantarme, lo acepté. Me incorporé y fui hacia Tánatos.

—Dámelo —le dije.

Se volvió, ahora sí.

—¿Estás seguro?

Asentí. Tánatos agachó la cabeza hacia el muerto y le besó la frente. Vi cómo se calmaba un poco. Lo bajó, muy despacio, y el ser se puso de pie. Seguía nervioso y confuso, pero nada que ver con cómo estaba antes.

—Mi nombre es Hades —me presenté.

El muerto me observaba con los ojos abiertos como dos ventanales.

—Bienvenido al inframundo, este es tu nuevo hogar.

Recorrió con la mirada todo mi reino. Le hablaba con mucho cuidado, seguía muy confuso y asustado y en cualquier momento podía volver a romperse.

—Ya conoces a Tánatos, ahora voy a presentarte a nuestro barquero, Caronte.

Le ofrecí mi mano para acompañarlo hasta él. La observó durante unos segundos, pero accedió. Agarrados de la mano, lo llevé hasta Caronte, que esperaba en la orilla.

—Te dejo con él, es quien va a llevarte a tu sitio.

—¿A cuál de ellos, amo Hades?

No sabía nada de su vida ni qué había hecho bien y mal, pero era el primero de todos y había soportado mucho. Además, las Erinias no habían ido a por él, así que, pobrecito...

—¿Te gusta la fruta? —le pregunté al muerto.

Pude ver cómo esbozaba una pequeña sonrisa. Caronte lo ayudó a subirse a la barca.

—Buen viaje —les dije.

Caronte asintió en señal de agradecimiento, pero no solo por desearles una buena travesía hasta los campos elíseos, sino por no huir despavorido. Aunque, siendo honesto, si no me hubiera agarrado del pie... A saber qué castigo me habría puesto mi hermano. Yo sí que estaba agradecido con el barquero, al principio me daba mucho miedo que me viera débil, inseguro e inexperto y dejara de respetarme. Pero me vio de todas esas maneras y no dejó de hacerlo. ¿Acaso tenía otra opción? ¿Podía considerarlo un amigo, teniendo en cuenta que su obligación era servirme y ayudarme a gestionar el inframundo? ¿O, más que un amigo, lo que estaba siendo era un siervo perfecto? Me pregunté todo esto mientras veía cómo se alejaban por el Estigia. No sé a quién pretendía engañar... Seguía estando solo. Rodeado de seres a los que no les quedaba otra que estar aquí, como a mí, sí, pero entre ellos podían tener complicidad, yo no. Yo no tenía a nadie que estuviera a mi mismo nivel jerárquico, estaba solo en mi trono.

Había pasado bastante tiempo desde el primer muerto y, de momento, todo estaba yendo bien. Caronte estaba todo el día arriba y abajo con la barca, pero eso era lo único estresante que tenía que hacer. Los muertos llegaban con regularidad, aunque tampoco muchos a la vez. Además, ya había corrido la voz por la superficie, entre estos mortales, de lo que les esperaba cuando murieran, así que ya no era tan chocante como lo fue con el primero. Pero, un día, mientras acariciaba una de las preciosas cabecitas de mi perro Cerbero, me di cuenta de que todos los muertos que llegaban eran del mismo sexo.

—¡Hostia! —grité.

Cerbero se asustó. Estábamos en silencio y, de pronto, lo había roto.

—Perdona, Cerbe, es que acabo de darme cuenta de algo muy fuerte.

Suspiró.

—Sí, lo siento, tengo que irme.

Ladró.

—¿Qué dices? ¡No acaricio más a Hidra que a ti! No te pongas celoso.

Gruñó.

—Bueno, quizás sí que la acaricio más, pero solo porque tiene más cabezas que tú. Os quiero a ambos por igual.

A ver, no, no entendía lo que decía Cerbero ni él me entendía a mí. ¿Acaso los que tenéis perros no habláis con ellos? Pues eso. Dejé a Cerbero en su cueva y corrí a buscar a Caronte. Lo encontré donde pasaba la mayor parte del tiempo, sobre todo últimamente: navegando por el Estigia. Estaba solo.

—¡Caronte! —le grité mientras aterrizaba en su barca con suavidad.

—Amo Hades, cuánto tiempo.

—Tengo que hablar contigo.

—Claro, amo Hades. ¿Le importa que hablemos en movimiento? Acabo de dejar a un muerto en el prado de los asfódelos y hay otros esperando. No quiero que se me acumulen.

—Por supuesto, faltaría más.

El barquero retomó su trayectoria. Hacía bastante tiempo que no hablábamos, pero fui al grano.

—¿No has notado algo raro en los muertos? ¿Algo que se repite en todos y cada uno de ellos? ¿Algo que tienen todos en común?

—¿Pene, amo Hades?

Tardé en reaccionar.

—Sí, eso mismo.

Caronte seguía remando. Me lo dijo como si ya lo supiera desde hacía tiempo o como si no le pareciera raro.

—¿Y tú crees que eso es normal? ¿No te parece raro? —insistí.

Caronte se detuvo.

—¿Usted no tiene, amo Hades?

A veces no sabía si estaba vacilándome o tratándome de idiota. Tampoco quería saberlo.

—Vamos a ver, Caronte, querido... ¿No te parece raro que absolutamente todos los muertos que están llegando, todos y cada uno de ellos, tengan pene?

—Ah, ya le entiendo, amo Hades —respondió, volviendo a remar—. Es que pensaba que ya lo sabía.

—¿Saber el qué?

—El dios Zeus le ordenó a Prometeo que no creara ningún ser con vulva para que la diosa Hera no se pensara que estaba fabricando amantes para su goce y disfrute, amo Hades.

Me quedé boquiabierto.

—Eso no tiene ningún sentido, a Zeus le da igual lo que tengas entre las piernas. Si le gusta algo o alguien va a ir a poseerlo, pero... Un momento. ¿Tú cómo sabes eso?

—Llevo días queriendo hablar con usted de varias cosas, pero es que no paro de llevar a muertos para arriba y para abajo, amo Hades.

—Maldita sea, Caronte, primero dime cómo sabes eso y luego me cuentas tus quejas.

El barquero suspiró.

—Un nuevo hijo de Zeus bajó el otro día a presentarse. Le dije que te buscara, que yo estaba ocupado, pero decidió acompañarme y me contó cosas de la superficie...

Aquello me molestó y lo interrumpí.

—¿Y qué hace aquí un hijo de Zeus? Espera. ¿Te acompañó mientras llevabas a los muertos?

—Así es, amo Hades.

—Pero ¿tú no decías que en tu barca solo caben dos? Te quejas de que tienes muchos muertos que llevar, ¿y los transportas de uno en uno pudiendo llevar dos cada vez? ¿Eh?

Caronte se quedó en silencio, tranquilo, esperando a que dejara de hablar.

—Contesta —le ordené.

—No se subió a la barca, estaba volando, amo Hades.

Bueno, esa posibilidad no la vi venir.

—Ah, vale.

Durante unos segundos solo se oyó el agua empujada por el remo.

—Me pregunto con quién lo habrá tenido para que haya salido con alas. ¿Cómo se llama?

—Hermes, amo Hades. Es hijo de una pléyade, Maya, y las alas las tiene en las zapatillas, no en el cuerpo.

Las Pléyades eran hijas del titán Atlas y la oceánide Pléyone. Zeus se había acostado con una hija del titán al que había castigado con sujetar el cielo.

—Qué fuerte... O sea que este tal Hermes es otro dios.

—Sí, amo Hades. Un nuevo olímpico, me dijo.

Se me escapó una carcajada de rabia.

—¿Y el diosito este vino aquí para decirte eso? ¿Para qué quería verme? ¿Para cachondearse de mí?

—Va a poder preguntárselo usted mismo, amo Hades —respondió Caronte señalando mi orilla.

Había una cola de muertos bastante larga. Vi cómo Tánatos volvía a la superficie a por el siguiente, pero también vi a alguien que bajaba. Era joven, con el pelo corto y muy rizado, de color granate, y la piel gris. Era él. Le miré los pies: llevaba unas sandalias que se ataban por encima del tobillo y tenían dos alas cada una, sorprendentemente pequeñas para lo que flotaba. Y sujetaba un muerto. ¿Por qué sujetaba un muerto? Hermes me vio y lo dejó caer. No llega a estar muerto y se muere de la hostia que se pegó.

—¡Tío Hades! ¡Dios del inframundo! —gritó Hermes, emocionadísimo, volando hasta la orilla.

No me esperaba ese recibimiento, parecía que me admiraba.

—Hola... Hermes. Caronte me ha hablado de ti —lo saludé con cordialidad mientras bajaba de la barca.

Hermes gritó.

—¿Sabes mi nombre?! ¡¿El mismísimo dios del inframundo sabe mi nombre?! ¡No me lo puedo creer! —exclamó dando volteretas en el aire. Estaba superilusionado de conocerme, era una cosa exagerada. Y su emoción me hizo sentir muy bien, así que decidí ser amable.

—Sí, claro que sé tu nombre. Eres un dios olímpico, cómo no saberlo.

Hermes aterrizó delante de mí.

—¿Puedo abrazarte, tío Hades?

Se me derritió el corazón. Era la primera vez que alguien quería abrazarme. No le contesté. Lo abracé yo. Los dos lloramos, fue algo precioso. ¿Cómo podía quererme tanto este joven dios si ni siquiera me conocía? Recordé que lo había visto dejando un muerto, así que tenía que preguntarle por eso antes de que se me olvidara.

—¿Qué haces aquí? Te he visto haciendo el trabajo de Tánatos.

—Sí, sí. Es que... me gustaría poder ayudarte con el transporte de muertos. Si te parece bien, claro. Para mí sería todo un honor poder servirte, amo Hades.

Pero, vamos a ver, ¿de dónde había salido este dios tan encantador? ¡No parecía hijo de Zeus! Su madre debía de ser maravillosa, porque si no, no me lo explico.

—Por supuesto que me parece bien, Hermes, será un verdadero placer tenerte por aquí, traes alegría a este lugar —le respondí con mucho entusiasmo.

—¿De verdad? ¿Me lo prometes? —me preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Que si te lo prometo? ¡Ja, ja, ja! ¡Claro, te lo prometo!

En cuanto solté esas tres últimas palabras supe que algo iba mal. La expresión del rostro de Hermes cambió por completo. Pasó de ser un niño ilusionado a un ladronzuelo orgulloso de haberse salido con la suya. Empezó a reírse con malicia. Me asusté, miré atrás buscando a Caronte, pero no estaba. Había cargado al siguiente muerto y se había ido. Tánatos tampoco estaba. De pronto, un estruendo luminoso invadió mi reino y me tumbó en el suelo. Zeus.

—¡No me lo puedo creer! ¡Ja, ja, ja! ¡Hermes, hijo mío, menudo pedazo de crack estás hecho! —gritó mi hermano, riendo a carcajadas.

—Te dije que sería fácil que me lo prometiera, padre.

Se chocaron la mano entre risas. El niño este de las zapatillas con alas me había engañado, lo que me faltaba ahora. Menuda humillación.

—¡Hades, hermano! ¡Ja, ja, ja! Siempre has sido un ingenuo, pero ¿tanto? Igual deberías mirártelo...

Seguía cachondeándose de mí, el muy desgraciado. Decidí interrumpirlos.

—¿Y para qué me engañáis? Si lo que querías era que tu nuevo hijo se encargara de transportar a los muertos solo tenías que decirlo, no hacía falta todo este paripé. Habría dicho que sí sin problema. Menos trabajo para Tánatos.

Mentí, no quería a ningún hijo de Zeus en mi reino. Pero el genio de la mentira era Hermes y esta solo había sido una pequeña demostración. Seguramente lo conocéis más como «el dios mensajero», pero eso es porque quizás no sabéis su historia. Se ve que la madre de Hermes lo parió en una cueva: Zeus le había ordenado que se escondiera porque, si Hera se enteraba de que iba a tener otro hijo con otra amante, intentaría matarlos. Y el mismo día que nació Hermes, o sea, nada más nacer, él salió de la cueva por su propio pie y se fue a dar un paseo. Un bebé dios recién nacido paseándose solo por las montañas cual turista inconsciente. Encontró unas vacas —o bueyes, no sé qué eran—, le parecieron graciosas y se las apañó para llevárselas a la cueva. Obviamente, la madre se quedó flipando al verlo llegar con todos esos animales, pero más flipando se quedó el dios Apolo, porque las vacas eran suyas. Apolo era otro hijo de Zeus, y si lo conocéis por ser el dios de la música es gracias a Hermes. Resulta que Apolo, al día siguiente, siguió el rastro de las vacas, que lo llevó hasta la cueva, y ahí se encontró a Hermes con su madre. Este le mintió, le dijo que no había visto ninguna vaca, y Apolo se lo creyó hasta que escuchó el mugido de una de ellas. Amenazó con matarlo, pero Hermes le ofreció un instrumento que había hecho la noche anterior con piel de vaca y el caparazón de una tortuga: una lira. Apolo quedó fascinado y no solo lo perdonó, sino que lo llevó al Olimpo para que Zeus lo aceptara como a un olímpico más. Todo eso en un día y medio de vida y con medio cordón umbilical colgando. Y ahora iba a tener que soportarlo en mi reino. Qué asco de vida.



Había dejado de lado a Caronte. Me había dicho que tenía cosas que contarme, pero con lo ocurrido con mi sobrino Hermes se me había olvidado. Recorrí los ríos Flegetonte y Lete, pero no lo encontré. Seguramente estará en el Estigia, pensé. Me dirigí hacia allí. Cuando estaba a punto de llegar empezaron a escucharse gritos, y aumentaban a medida que me acercaba. No eran gritos solitarios, sino varios, muchos. No era raro que los muertos gritaran, pero nunca habían gritado tanto. Cuando llegué al río lo entendí. No podía creer lo que estaban viendo mis ojos. Las aguas del Estigia estaban llenas de muertos intentando luchar contra el oleaje. Entré en pánico.

—¡Caronte! —grité.

No lo encontraba, no veía su barca por ningún lado. Volví a gritar su nombre, pero nada. El río estaba a rebosar de muertos, era un auténtico caos. Fui hasta mi orilla, a ver si estaba allí. Si el Estigia estaba lleno, mi orilla ni os cuento. Directamente, no se veía el suelo. Y no dejaban de llegar muertos, caían de los agujeros del techo como gotas de lluvia, era un no parar. Pero bajaban solos, no veía a Tánatos ni a Hermes.

—¡Amo Hades! —gritó alguien.

Seguí el sonido de mi nombre y, entre la muchedumbre, localicé de dónde venía. Pero no era Caronte, sino Tánatos. Fui hacia él.

—¿Se puede saber qué está pasando?! ¿De dónde salen todos estos muertos? —le pregunté, muy nervioso.

—¡Amo Hades, Zeus ha provocado un diluvio que está ahogando a todos sus seres!

—¿Qué?! ¿Cómo que un diluvio? ¿Por qué ha hecho eso?

—¡Porque tienen fuego olímpico!

Me quedé en silencio, boquiabierto. El fuego olímpico lo protegía el cíclope Brontes, el que me regaló el casco de invisibilidad durante la Titanomaquia.

—¡El titán Prometeo lo robó y se lo entregó a los seres!

Se me cayó la mandíbula al suelo. Prometeo y mi hermano eran muy pero que muy amigos. ¿Qué había pasado?

—¿Prometeo? ¿Por qué?

—Al parecer, Prometeo quería enseñarles a los seres cómo se hacía fuego para que evolucionaran, pero Zeus se lo prohibió. ¡Tu hermano tenía miedo de que evolucionaran tanto que se creyeran con el mismo poder que vosotros, los dioses!

¡Qué fuerte! Prometeo había traicionado a mi hermano, pero por todo lo alto. No solo les había ayudado a descubrirlo, sino que les había entregado el fuego del mismísimo Olimpo. Estábamos desbordados de muertos, pero no pude evitar sonreír porque... ¡eran los últimos! ¡Claro! ¡Se había acabado lo de encargarme de la muerte de los seres de mi hermano! ¡Estaba a punto de ser libre! O eso pensé. Sentí admiración y puro agradecimiento hacia el titán, ya me hubiese gustado a mí atreverme a desafiar a mi hermano de esa manera. ¡Es que encima eran superamigos! No podía creérmelo. Bravo. Prometeo, te quiero, eres mi ídolo.

—¿Y por eso Zeus está cargándoselos a todos?

—¡Así es, amo Hades! ¿Puede avisar a Caronte para que venga a ayudarnos?

—¿Yo? Pero si no tengo ni idea de dónde está, lo he buscado por todos los ríos.

Tánatos suspiró, incrédulo.

—Pensaba que lo sabía, amo Hades.

—¿Saber el qué?

—Hace días que Caronte dejó de transportar a los muertos.

Lo que me faltaba.

—Se ha declarado en huelga —añadió Tánatos.

La madre que me parió, eso sí que no me lo esperaba. Me llevé las manos a la cabeza, estaba con la ansiedad divina por los cielos. Aunque estos fueran a ser los últimos, no podía verlo todo tan desordenado y colapsado. Los muertos no paraban de llegar.

—¿Qué me estás contando? ¿Cómo que en huelga?

—Hace mucho tiempo que el barquero quiere hablar con usted, amo Hades.

—¡Joder! ¡Ya lo sé! Por eso estaba buscándolo hoy.

Tánatos alzó los hombros.

—Un poco tarde...

Resoplé. Estaba muy agobiado. No podía hacer nada sin Caronte, lo necesitaba. Esto era culpa mía y tenía que solucionarlo cuando antes.

—¿Dónde está?

—No me lo dijo.

—Por favor, no me mientas.

—No le miento, amo Hades, no me dijo dónde se iba.

—Vale... Te lo preguntaré de otra manera. ¿Dónde crees que está?

Tánatos se quedó en silencio. Si Caronte estaba en el inframundo, Tánatos tenía que saberlo. Creo que estaba haciéndose de rogar por solidaridad con él. No me malinterpretéis, lo respeto por ello. Pero en ese momento no, era una emergencia, por mi culpa, sí, pero era una emergencia y necesitaba a mi barquero.

—Por favor —supliqué.

Tánatos suspiró.

—En el prado de las frutas, pero yo no se lo he dicho.

Lo abracé, le di un beso en su hermosa cabezota y me fui a toda prisa hacia los campos elíseos. Ni luchando en la Titanomaquia me había movido con tanta velocidad. Aterrícé en la orilla y ahí estaba su barca, tapada con cuatro plantas mal puestas. No entiendo cómo no la vi cuando pasé por delante. Caminé por el campo, entre los árboles, estaba lleno de seres de Zeus, relajadísimos, comiendo fruta sin parar, algunos durmiendo, otros pocos hablando en voz baja... Ni el mejor de los spas. Algunos me miraban, pero no me reconocían, todos habían bebido de las aguas del olvido. Estuve un buen rato buscándolo, pero porque iba despacito, la tranquilidad del lugar era contagiosa. Al rato lo encontré, sentado, apoyado en un árbol, rodeado de pieles de naranja y de plátano, comiendo uvas. Me vio, pero apenas se inmutó.

—¿Quiere una, amo Hades?

—Caronte, siento haberte dejado de lado...

Se llevó un par a la boca.

—Están buenísimas y no tienen semillas. ¿Seguro que no quiere una, amo Hades?

Percibí un tono un poco amenazante, como que no le gustaba que volviera a rechazar una de sus peticiones. Necesitaba su ayuda así que debía ir a su son, ya que no lo había hecho antes.

—Claro, ¿por qué no?

Me senté a su lado. Cogí una uva de su racimo y me la comí.

—Ojalá estuviera muerto para quedarme aquí siempre, amo Hades.

Uf, eso me dolió.

—Te pido perdón, Caronte, aún no me he acostumbrado a todo esto, estoy muy agobiado y sé que no he estado todo lo presente que debía...

—Amo Hades —me interrumpió.

Lo miré.

—Si va a disculparse, hágalo sin justificarse. Si no, no lo haga.

—Pero si solo estoy explicándote por qué ha pasado...

—Ya sé por qué ha pasado —me cortó de nuevo—. Desde que ha llegado aquí no ha dejado de intentar escapar, de una manera u otra. Se pasa el día acariciando a Hidra y a Cerbero y muy de vez en cuando se pasea para ver que todo esté en orden, y lo está, gracias a mí, amo Hades.

No estaba enfadado, estaba dolido. Caronte estaba siendo la madre que nunca tuve. Asentí.

—Entiendo que usted es un dios y yo soy su siervo, y no quiere tener que preocuparse más de la cuenta, pero lo único que quiero yo es que me escuche. Me lo merezco, amo Hades —concluyó.

Tragué saliva y mi escaso orgullo.

—Te escucho, Caronte.

—No puedo llevar a todos los muertos, no doy abasto, son muchos.

Esperé unos segundos, pero pareció que eso era todo.

—Si solo es eso lo que te preocupa, tranquilo, mi hermano está matándolos a todos, los que están ahí colapsando el Estigia son los últimos, no habrá más. Si me ayudas con estos, podrás quedarte aquí el tiempo que quieras, comiendo uvas, papayas... Lo que quieras, serás libre.

Caronte me miró, incrédulo. Le conté todo lo que me había dicho Tánatos. Sonrió y, del bolsillo de su túnica, sacó un objeto plateado. Era pequeño, parecía una piedra, pero era redondo y plano, como si lo hubieran aplastado. Me lo dio.

—¿Qué es esto? —pregunté manoseándolo.

Tenía un dibujo, parecía el rostro de alguien, pero no se veía muy bien.

—Me lo dio un muerto, amo Hades. Quería saltarse la cola y me lo ofreció a cambio de llevarlo el primero.

—Oh, ¿y qué hiciste?

—Le dejé pasar, amo Hades.

Me pareció raro.

—¿Por qué? ¿Porque te dio esta piedra?

Me la quitó.

—No es una piedra, amo Hades, el muerto me dijo que se llama óbolo. Se ve que estos seres hacen intercambios con ellos...

—Hacían —le corregí.

Me incorporé y le extendí una mano para ayudarlo a levantarse.

—Por favor, ¿me echas un cable con lo de colocar a esos muertos?

El barquero me miró y sonrió.

—Le ayudaré, amo Hades.

Agarró mi mano y se levantó. Menos mal que logré convencerlo, si no llega a ser por él esos muertos aún seguirían nadando por el Estigia.

Caronte acababa de trasladar al último muerto y el silencio volvió a apoderarse del inframundo. ¿Y ahora qué será de mi reino?, me pregunté. Solo había un dios que podía responder a esto, así que, después de mucho tiempo, decidí salir a la superficie. La presión del viaje me destrozó la cabeza, no lo recordaba. Seré tonto. No sabía por qué parte había emergido, pero tuve que tumbarme en la primera montaña que vi, necesitaba recuperarme. Me eché sobre el césped, no estaba mal, pero el de mi reino era más bonito y cómodo, con la diferencia de que, allí abajo, si miraba hacia arriba no veía el cielo. Lo observé durante un buen rato, estaba amaneciendo, la titánide Eos estaba a punto de abrir las puertas del palacio del titán Helios, el sol. Qué bien puesto está el cielo, pensé, muy bien, Atlas. Cuando se me pasó el mareo me incorporé poco a poco, y ahí fue cuando vi lo que había hecho Zeus. Solo había agua, claro, lo había inundado todo. Los únicos trozos de tierra que sobresalían eran las montañas, como en la que yo estaba, y quizás algo más. Mientras observaba embobado todo lo que abarcaban mis ojos, que no era poco, Helios salió con su carruaje para surcar el cielo iluminándolo todo, junto con unos gritos horripilantes que venían de mi espalda. Menudo susto me pegué. Ya es mala suerte, justo cuando se silencia mi reino, salgo y me encuentro con más gritos. Deben de perseguirme, pensé. Pero estos eran diferentes, parecían ser de dolor y de un único ser, mientras que los del inframundo eran de miedo y muchos a la vez. No me hagáis escoger, que no me gusta tomar decisiones. Seguí la voz, venía de lo alto de la montaña, pegué un brinco y aterricé detrás de una gran roca. Los gritos venían de allí, pero no veía a nadie, parecía estar al otro lado.

—¿Todo bien? —pregunté.

Claramente no iba bien, pero tampoco sabía qué decir. Los gritos no cesaban y también podía distinguirse un ruido un tanto asqueroso: como si alguien estuviera comiendo, pero muy guarro. Mi imaginación

empezó a proponer varias situaciones, y ninguna me hacía sentir cómodo, así que rodeé la piedra para averiguar qué estaba pasando. Ojalá no lo hubiera hecho.

—Pero ¡¿qué mierdas?! —grité.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ayúdame!

—¡¿Prometeo?!

A ver cómo os cuento esto. ¿Os acordáis del titán Prometeo? Os he hablado de él en el capítulo anterior, pero voy a refrescaros la memoria. El titán adelantado, hermano del titán retrasado, pero no en un sentido capacitista, ya os lo dije. El superamigo de mi hermano Zeus, que lo traicionó robando el fuego del Olimpo para entregárselo a vosotros, los humanos. Pues estaba encadenado de pies y manos en una roca, con dos buitres comiéndole las tripas. Obviamente, me abalancé encima de ellos y los eché a patadas. Se fueron volando, enfadados, claro, les había fastidiado la comida.

—¿Qué haces aquí, Prometeo? ¿Qué te ha pasado? —le pregunté mientras le recogía los intestinos.

Le costaba hablar.

—Tu... tu hermano...

—¿Zeus? ¿Él te ha hecho esto?

Asintió.

—Ca... cas... tigo.

Ostras, claro, no había caído en que mi hermano lo habría castigado a él también, no solo a sus seres.

—¿Y te ha encadenado aquí para que te coman los buitres? ¿No sabe que eres inmortal o qué? —le pregunté en tono de burla.

—Sí que lo sabe, sí... Por eso lo ha hecho.

—¿A qué te refieres?

Hizo un gesto de queja, seguramente pretendía que supusiera lo que me iba a decir, le dolía mucho al hablar, pero aquí uno es dios, no adivino. El previsor, en teoría, era él, aunque tanto no lo sería si no vio venir este castigo.

—Cuando... comienza el... día... vienen buitres... y me comen. Por la noche se van y se me regenera la barriga...

Estaba en shock.

—¿Y así cada día?

Asintió.

—¿Hasta cuándo...?

—Siempre....

Maldito Zeus torturador y sociópata. Acordaos ahora de la película de Disney.

—Lo siento mucho, Prometeo. Siendo sincero, te admiro mucho por tu valentía al enfrentarte a mi hermano.

El titán sonrió.

—Alguien... tenía que... ha... hacerlo...

De pronto, un estruendo luminoso nos interrumpió. Mierda, pensé.

—¿Se puede saber qué haces, Hades?!

Me levanté del suelo. Obviamente, era Zeus. Estaba furioso, le salían chispas de los ojos.

—¿Acaso intentas boicotear mi castigo?! —añadió, gritando.

—¡No, no, hermano! ¿Qué dices? Me lo he encontrado por el camino...

—¿Dónde están los buitres?

Miré a los lados, pero no estaban.

—Es probable que se hayan asustado al verme.

—Me cago en tu cabeza, Hades.

Zeus se llevó los dedos a la boca y silbó. Otra cosa no, pero lo de silbar lo hacía de maravilla. Los dos buitres aparecieron volando y aterrizaron, de nuevo, al lado de Prometeo.

—Es hora de comer —dijo Zeus.

Mientras los buitres se ponían las botas con los alaridos del titán previsor de fondo, Zeus se sentó encima de una piedra y me invitó a hacer lo mismo en otra que tenía justo enfrente. Tomé asiento. Tenía bastante miedo.

—¿Qué haces aquí, Hades?

Hubiera preferido mantener esta conversación en otro sitio y no con Prometeo allí, siendo devorado vivo.

—Bueno... Verás, como ahora ya no hay seres que vayan a morirse...

Zeus levantó el dedo índice de la mano derecha para que me callara. Lo hice. Bajó el dedo y empezó a reírse.

—¿Qué he dicho que sea tan gracioso? —le pregunté.

—Estos solo eran los primeros.

Hostia.

—¿Qué? ¿Cómo que los primeros? ¿Vas a crear más?

Negó con la cabeza.

—Yo no. Pero ya hay quien está ocupándose de ello, hermanito.

Se volvió a reír. Yo estaba hartándome de no entender nada.



—¿Puedes explicarme qué estás tramando? Me paso los días y las noches encerrado en el inframundo, no me hace ni puñetera gracia que te pongas en plan misterioso como si esto fuera un juego. Si quieres que te sea leal, sé sincero conmigo.

No sé si se sorprendió más él o yo por lo que le dije. Creo que era la primera vez que le hablaba así.

—Oh, qué mono... ¡Tu primera amenaza! Muy bien, Hades, ahora solo falta que hagas pipí solo... ¡Ja, ja, ja!

Ni amenazándolo me tomaba en serio. Estaba cansado de sus tonterías así que me levanté para irme.

—¡Está bien! Ya paro, ya paro... Va, siéntate otra vez.

Me tomé un par de segundos, no quería sentir que estaba obedeciendo como si fuera su mascota. Aunque era difícil no sentirlo. Tomé asiento.

—Como ya sabrás, aquí el amigo no era tan amigo como yo creía...

Miró a Prometeo de reojo. Continuó:

—Le ordené a Hefesto que creara una mujer. Si la vieras... Te encantaría, es una mezcla entre Hera, Afrodita, Deméter, Atenea y alguna hija mía más que aún no conoces. Esta mujer se llama Pandora.

Prometeo gritó más fuerte. Zeus se rio. Yo seguía atento.

—Está enfadado porque su hermano, Epimeteo, se casó con ella. Tuvieron una hija a la que llamaron Pirra. Pero Pandora llevaba consigo un ánfora, muy bonita, por cierto. Se la regalé yo, pero le dije que no la abriera.

—¿Por qué?

—Si yo te diera un ánfora y te dijera que no la abrieras nunca sin decirte por qué, ¿la abrirías?

En estos momentos era cuando el odio que sentía hacia él se convertía, durante unos instantes, en una profunda admiración.

—¿Qué había en esa ánfora, Zeus?

Esbozó una sonrisa pícaro y se inclinó un poco hacia delante.

—Envidia, mentiras, crimen...

—¿Crimen? —le interrumpí.

—Sí.

Se me iluminó la cara. Entonces entendí muchas cosas.

—¿Por eso tengo el Tártaro vacío de muertos? ¿Por eso las Erinias no hacían nada?

Asintió.

—Pero, Zeus... ¿Por qué no pusiste todo eso al principio?

—¿Para qué? ¿Con qué fin? Yo solo los quería para que me adoraran. ¡Pero el traidor de Prometeo lo jodió todo! —gritó dirigiéndose al titán. Prometeo hizo el esfuerzo de su vida para mostrarle a mi hermano lo satisfecho que estaba de haberlo traicionado.

—Y... lo... ¡Ah! Lo volvería... a hacer ¡Ah! —exclamó el titán. Zeus no le respondió. Me miró a mí de nuevo.

—¿Qué hay de estos nuevos seres?

—Llámalos «anthropos».

Esa fue la primera vez que escuché esa palabra, la traducción a vuestra lengua sería «hombre» o «ser humano», pero yo me referiré a ellos como «humanos».

—¿Qué significa?

—Aquel que examina lo que ve. Me he dado cuenta de que son los únicos mortales que lo hacen, y más habiendo descubierto el fuego. Volví a pensar en los nuevos seres que había mencionado.

—¿Dónde están esos nuevos humanos?

—En la isla de Delfos.

Por aquel entonces, en Delfos estaba el oráculo de Temis y si querías pedir consejos o profecías debías acudir allí para obtener respuestas más o menos concretas. Aunque la mayoría de las veces tenías que leer demasiado entre líneas porque a los oráculos les gusta complicarlo todo.

—Deucalión y Pirra —añadió.

Prometeo gritó más fuerte al oír esos dos nombres.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Deucalión es hijo de Prometeo y Pirra es hija de su hermano Epimeteo... y de Pandora. Ambos han sobrevivido a mi diluvio y han hecho un sacrificio como agradecimiento.

Tuve que preguntarle.

—Pero ¿los has salvado tú o se han espabilado solos?

Me sonrió, pero no contestó. Podría haber sido cualquiera de las dos cosas, podía haberlos salvado porque ya lo tenía planeado o se encontró con esa situación y se le ocurrió una idea para aprovecharlo. Pero supongo que nunca lo sabremos.

—Han consultado al oráculo para saber cómo crear una nueva oleada de humanos... Nunca mejor dicho.

Se rio de su propio chiste.

—Y ahora están en ello —concluyó.

Voy a decirles una cosa: lo que más me fastidiaba de no vivir en la superficie era perderme todos estos chismes. Pero lo que más me gustaba era que cada vez que salía había cosas nuevas de las que enterarme.

Zeus chasqueó los dedos y señaló detrás de mí. Me volví. A lo lejos, muy a lo lejos, a una distancia a la que el ojo humano es incapaz de ver, había una mujer saltando de monte en monte y vaciando un ánfora.

—¿Esa es...?

—Pandora.

—¿Y qué hace?

—Se ve que consiguió cerrar el ánfora antes de que saliera todo.

—¿Y qué fue lo que no salió?

—La esperanza.

Se me pusieron los ojos como dos sandías.

—Pero ¿por qué está vaciándola? ¿Quiere que los humanos sufran más?

—pregunté, incrédulo.

Zeus se echó a reír.

La esperanza implica prolongar el sufrimiento, pensé. Es lo más macabro que mi hermano podía haber puesto en esa ánfora.

—A mí también me costó pillarlo. Pero, Hades, aparte de la envidia, el crimen y la mentira también he puesto la hambruna, las enfermedades... Entes que los destruirán poco a poco, y la esperanza hará que crean que eso dejará de ser así en algún momento. Por muchísimo que se esfuercen serán incapaces de renunciar a ese pensamiento, y los instantes en los que lo hagan se sentirán como una absoluta mierda.

Pude ver en sus ojos cómo disfrutaba contándomelo. Se sentía orgulloso de su triunfo al haber maldecido de una manera tan retorcida a los humanos, a vosotros. Estaba saliéndose con la suya. Y aún tenía más que decir.

—Hermano, voy a tener estos humanos a mi merced, apenas voy a tener que preocuparme de si matarlos o no porque ya lo harán entre ellos, o lo hará alguno de los otros entes del ánfora de Pandora. Y esta vez van a poder reproducirse entre sí. Ya no habrá un solo sexo... pero ¡para sexo el que tendré yo! ¡Ja, ja, ja! ¡No se lo digas a Hera! ¡Ja, ja, ja! — exclamó dándome codazos cómplices.

Estaba aturdido, asimilando todo lo que me había contado. Lo que había planeado y conseguido con este tremendo éxito estaba fuera del

alcance de cualquiera. La verdad es que me sentía muy inferior, no tenía nada que hacer contra él, a mí jamás se me ocurriría nada semejante. Mi odio hacia él creció tanto que ya ni me cabía dentro. Prometeo había conseguido engañarlo de una manera brillante, pero eso no hizo sino darle más poder y mejores ideas para seguir gobernando y sometiendo sin piedad. Y yo... ¿Qué? No había sido capaz ni de organizar el inframundo solo. ¿Qué iba a poder hacer yo?, me preguntaba constantemente. Pero, bueno, como diríais vosotros, los humanos, la esperanza es lo último que se pierde.

Antes de volver al inframundo quería hacerles una visita a mis otros hermanos y hermanas, quería pasarme por el Olimpo. Me despedí de Zeus, pero no de Prometeo. Me daba miedo que mi hermano viera cierta complicidad o admiración por mi parte hacia el titán. A los que pensáis que soy un cobarde me gustaría veros desafiando a Zeus, no os atreveríais ni a respirar. Me fui de un brinco, y con otro más llegué hasta el monte Olimpo. Estaba igual que la última vez, pero con más oro, mucho más oro, mármol y oro por todas partes, daba un poco de mareo. Por suerte, mis hermanas se ponían vestidos de diferentes colores y justo, a lo lejos, cuando vi cómo pasaban Hestia y Deméter, de rosa y de verde, pude darle un descanso a mi vista. Pero, por los andares de Deméter, daba la sensación de que estaba muy enfadada. Me escondí detrás de una columna para que no me vieran.

—¡Déjame en paz! —gritó.

Correcto, estaba furiosa. Hestia, como siempre, parecía intentar consolarla.

—Seguro que darás a luz a una niña preciosa y te llenará de felicidad, hermana.

¿Qué? ¿Deméter estaba embarazada?

—¿Por qué siempre te fijas en las cosas buenas y no en las malas? —preguntó ella.

—Es lo que hay que hacer para ser feliz, hermana. ¿O es que quieres estar enfadada y triste para siempre?

—¡Lo que quiero es que mis hermanos no me violen!

Se hizo un silencio. Tuve que agarrarme a la columna porque pensaba que me caía. ¿Hermanos? Solo éramos Poseidón, Zeus y yo, y yo no le había hecho nada. Poseidón y Zeus eran perfectamente capaces de cometer un crimen de estas características, pero ¿a su propia hermana? ¿Los dos? Me quedé petrificado. ¿De cuál estaba embarazada?, me

pregunté. Unos pasos rompieron el silencio. Cuando localicé de dónde venían ya era demasiado tarde.

—¿Hades? ¿Qué haces aquí? —dijo mi hermana Hera, confundida, como si yo ya no fuera de la familia.

Estaba agarrado a una columna y con cara de idiota después de haberme enterado de algo horrible. Y en cuanto la vi me pregunté si lo sabría.

—¡Hera, me alegro de verte! ¿Es nuevo ese peinado? Te queda muy bien.

Sonrió, agradecida. Era muy vanidosa, un cumplido sobre su imagen y se le olvidó cómo me había visto.

—¿Con quién hablas, Hera? —preguntó Hestia.

Me volví. Mis otras dos hermanas habían venido hasta nosotros. Nos habrían escuchado. Intenté disimular.

—¡Deméter, Hestia! He venido a visitaros. ¿Cómo estáis?

—¡Genial! ¡Mira! ¡La familia está creciendo! —exclamó Hestia, feliz, señalando la barriga de Deméter.

Se generó una tensión que hasta podía verse. Deméter fingió una sonrisa.

—Oh, felicidades... —le dije, incómodo.

Estuve a punto de preguntar quién era el padre, pero no lo hice. Aunque tampoco hizo falta.

—Supongo que es de Poseidón, como los otros dos que tuvo —dijo Hera con un tono juicioso.

—¿Los otros dos? —pregunté.

—Despena y Arión se llaman, niña y niño. Pero esta no es de Poseidón —respondió Deméter evitando el contacto visual.

Entonces había escuchado bien, «hermanos», no «hermano». Y parecía que Hera no tenía ni idea de que Zeus también había violado a su hermana... O sí.

—No le hagas caso, Hades, eso que lleva en la barriga también es de Poseidón —dijo Hera, muy convencida.

—«Eso» es una niña y sabes perfectamente quién es el padre —la interrumpió Deméter con un tono amenazante.

—¿Sabes que Arión es un caballo? ¡Ja, ja, ja! —me dijo Hera riéndose.

No supe qué decir, pero ¿un caballo? Deméter no respondió, dio media vuelta y se fue. Hestia, preocupada, la siguió. Hera sonrió con malicia.

—Ha estado provocando a Poseidón desde que nos instalamos en el Olimpo. Ella te dirá que la forzó, pero se lo ganó a pulso. Todo el día paseándose, provocando... Incluso a Zeus.

—¿Estás segura de que su intención era provocarlos? —pregunté.

Se rio como si hubiera dicho una estupidez.

—¿Por qué crees que Zeus me ha engañado tantas veces?

No respondí, era una pregunta trampa, o retórica, que viene a ser lo mismo.

—¡Si ellas no lo buscaran mi marido no me engañaría! —añadió alzando la voz.

—Pero, Hera...

—¡Son todas unas petardas envidiosas! ¡Desean tener lo que yo tengo, harían lo que fuera por ser yo! ¡Pero no pueden porque no son nadie! ¡Así que deben conformarse con que mi Zeus se las folle! —gritó conteniendo las lágrimas.

Seguramente la odiéis, pero esta era su manera de sobrevivir. Ella era otra víctima de mi hermano, pero su incontrolable ira siempre iba dirigida hacia las otras que, como ella, habían sido engañadas por Zeus. ¿Por qué nunca se enfadaba con él? ¿Por qué seguía a su lado? ¿Por qué seguía queriéndolo después de todo? Estaréis haciéndoos muchas preguntas. Permitidme que os recuerde que Hera es la diosa del matrimonio. Eso es lo que ella era y representaba. El matrimonio es estar unida a tu pareja y serle fiel siempre, pase lo que pase. «¡Ya, pero Zeus no le era fiel!» Ya, pero es que Zeus no era el dios del matrimonio. Pensad eso siempre que vayáis a criticarla.

A ver, esperad... Estoy contándoos toda mi vida y quiero hacerlo con honestidad. Esta reflexión sobre mi hermana no es mía, es de Deméter. Hablamos de ello no hace mucho, después de siglos sin dirigirnos la palabra por lo de... Bueno, ya lo veréis. Y quizás ahora le encuentre el sentido, pero antes no.

Después de escuchar a Hera hablar así de las demás, me enfadé.

—Pero ¿estás loca? ¿Quién va a querer ser tú? ¡Amargada! —le grité, incrédulo.

Se asustó, no se lo esperaba. Yo aproveché la situación para decir todo lo que pensaba.

—¡Estoy harto! ¡Sois unos tóxicos! Y encima tenemos que pagarlo los demás, que no tenemos culpa de nada. ¿Tú ves normal tratar así a Deméter después de lo que le han hecho? ¿De verdad?

No respondió, seguía en shock, hecha un mar de lágrimas.

—Das pena, Hera... Eres tonta, y cuando te des cuenta ya será demasiado tarde. Pero no digas que no te avisamos.

Me sentí grandioso, orgulloso de mí mismo, por fin pude decir lo que pensaba. Bien por mí, alguien tenía que decírselo, pensé. Hice el gesto de irme, pero Hera me agarró del brazo.

—Eres un cobarde, Hades.

Mi hermana rebosaba rabia. Sacudí el brazo, pero no solo no se soltó sino que se acercó más a mí. Se puso a un palmo de mi cara.

—Todo esto me lo has dicho a mí porque te faltan cojones para decírselo a tu hermano —me susurró, rabiosa.

Sí. Tenía razón. Sacudí el brazo con más fuerza y la tiré al suelo.

—¡Cobarde! —me gritó.

Le di la espalda y corrí hasta el borde del monte Olimpo, salté y la tierra se abrió para devolverme a mi reino. Fue la primera vez que no sentí esa maldita presión en la cabeza durante el trayecto, pero porque en su lugar tenía los gritos de mi hermana llamándome cobarde. Aterricé en mi orilla y volví a experimentar lo mismo que la primera vez que llegué al inframundo. Esa soledad, ese sentimiento horrible de necesitar a alguien que se preocupe por ti, que te haga sentir bien, cuya mera existencia haga que la tuya valga la pena. ¿Quién sabe estar bien solo? ¿Cómo se hace? ¿Cómo se consigue? Me sentía mal por haberle dicho todo eso a mi hermana y necesitaba que alguien me dijera que no me preocupara, que no había hecho nada malo, que todo estaba bien, aunque fuera mentira. Nunca nadie me había tratado con cariño y ahora lo quería, lo necesitaba. Qué cojones... ¡Lo merecía! Y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirlo.



Lo que voy a contaros a partir de ahora es lo peor que he hecho en toda mi vida y me encantaría decir que me arrepiento de ello, pero he prometido que iba a ser honesto.

Cuando volví de la superficie me quedé mucho tiempo tumbado al lado de Cerbero, acariciándolo. Creo que fueron años, puede que incluso décadas. Un día, Caronte vino a buscarme y a pedirme explicaciones de por qué volvía a haber muertos. Se me había olvidado decírselo. Estaba enfadado, pero no me importó, la verdad. Le expliqué lo que me contó Zeus y, entonces, me dijo que solo iba a meter en su barca a los muertos que le dieran un óbolo.

—¿Un óbolo? ¿La piedra con dibujos que me enseñaste?

—No es una piedra, amo Hades —respondió, molesto.

—Da igual lo que sea, pero ¿para qué quieres óbolos?

Caronte resopló.

—Usted no se da cuenta porque no tiene que tratar con ellos, pero yo sí, amo Hades.

—¿De qué no me doy cuenta?

—Los muertos de la primera generación de humanos aún, pero estos... Estos son... Mire, cuando llegan al inframundo ni me miran a la cara ni me saludan ni muestran el más mínimo respeto, se suben a mi barca y esperan que los lleve como si yo fuera su esclavo. ¡Y estoy harto, amo Hades! ¡Merezco respeto! ¡Y además me gustan los óbolos! —gritó.

Estaba muy cabreado y lo entendía, así que, después de todo lo que había hecho por mí y lo que esperaba que hiciera, no iba a ponerle ninguna pega.

—Tienes razón, Caronte. Mereces respeto, no me parece bien cómo te tratan.

Se tranquilizó y agachó la cabeza sutilmente en forma de agradecimiento.

—Pero ¿qué pasaría si un muerto no te trae un óbolo o te falta al respeto? ¿Qué propones? —pregunté.

—Lo lanzaría al Estigia de un golpe de remo y dejaría que vagara por los ríos del inframundo durante doscientos años, amo Hades.

Se notaba que les tenía ganas a los humanos.

—Hostia, Caronte... ¿No crees que eso es un poco excesivo?

—Con todo el respeto, amo Hades, usted no está allí, no sabe lo que es tener que aguantarlos.

Eso era cierto. Pero me disteis algo de pena y tuve que negociar un poco.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Qué te parece si mantenemos lo del óbolo y lo de lanzarlos al río, pero en vez de doscientos años lo dejamos en cincuenta?

Estuvo unos segundos en silencio, mirando al suelo. Estaba pensándose. Al rato volvió a alzar sus irritados ojos hacia mí.

—De cien no bajo, amo Hades.

Acepté. Le extendí la mano y formalizamos el procedimiento. Así que ya sabéis, si solo os pasáis un siglo nadando por mis ríos es gracias a mí. De nada.

—Muchas gracias por aceptar mi propuesta, amo Hades.

—Para eso estamos.

—Ahora solo falta que los humanos lo sepan. Quizás debería avisar a su hermano, amo Hades.

—Hostia... ¿En serio?

No me apetecía nada volver a ver a alguien de mi familia y menos a Zeus.

—Dudo que algún muerto haga correr la voz para que les llegue a los vivos, amo Hades.

Tenía razón, debía informar a mi hermano, si no iba a enfadarse.

—Vale, sí. Ahora voy.

Caronte se despidió y se fue con su barca a retomar sus obligaciones. Y yo me quedé allí un rato más, apoyado en el lomo de Cerbero. Me daba mucha ansiedad tener que volver a salir a la superficie, pero debía hacerlo.

—Va, una vez más —me dije a mí mismo para animarme.

No me creo que no habléis solos nunca.

—Una última vez y ya está, me encierro en mi reino de por vida y no vuelvo a salir jamás. ¡Venga ese Hades!

Me levanté de un saltó. Cerbero ladró.

—Ahora no, Cerbe, tengo que irme.

Miré hacia arriba y vi que también se podía salir desde la guarida de mi perro. Nunca lo había hecho, y me daba pereza ir hasta mi orilla pudiendo salir por allí. Así que me propulsé y la tierra me tragó. No sé si fue porque el camino era distinto al de siempre o qué, pero no me dolió tanto la cabeza, al menos durante el trayecto. Emergí en la superficie a toda velocidad y choqué contra un árbol.

—¡Ah! ¡Joder! —grité.

Menuda hostia me había dado. Parecía que, por una cosa o por otra, mi cabeza tenía que sufrir. Me quedé atrapado entre las ramas de ese espeso vegetal e intenté salir por las buenas, pero no hubo manera. Y cuando estaba a punto de reventarlo escuché unas voces que se acercaban.

—¿Jugamos a escondernos? —preguntó una.

Las demás se rieron. Me quedé quieto, sentía curiosidad. Se pararon justo bajo el árbol en el que estaba, pude verlas. Eran cinco. Cuatro de ellas eran ninfas, sin duda, y eran las que se reían. La otra... era gris, pero en ese momento no le di importancia. Primero la vi de espaldas, tenía el pelo largo y ondulado, de un color verde con tonos rojizos. Se giró hacia las ninfas y ahí ya pude verle el rostro. No sé qué más dijeron. Me quedé embobado. Tenía unos ojos grandes y hermosos de un azul claro que me resultaba muy familiar, pero tampoco le di importancia. Era preciosa, era el ser más hermoso que había visto en toda mi existencia, quería mirarla todo el rato. ¿Qué estaba pasándome? ¿Qué era esto que sentía en el estómago?, me pregunté. Era como si tuviera a alguien dentro de mí haciéndome cosquillas. ¿Y si me había tragado algo al chocar con el árbol? Estaba muy confuso, pero no podía dejar de mirar a la del pelo verdirrojo. Empezaron a moverse y dejaron de estar en mi campo visual. Quería volver a verla, pero solo podía desengancharme destruyendo el árbol, y eso podía asustarlas si lo escuchaban. Oí cómo sus voces se desvanecían y, cuando dejé de escucharlas, me sacudí y destruí el árbol. Aterricé en el suelo de puntillas y me quedé en silencio. Miré hacia donde se habían ido y, muy a lo lejos, pude verlas caminar como si nada. Ni se habían enterado. Ellas iban por un caminito de tierra, yo las seguí entre los arbustos.

—Solo quiero disfrutar de un rato sin nadie alrededor, no pido mucho —dijo la verdirroja.

—No podemos dejarte sola, ya lo sabes, Kore —le respondió una de las ninfas.

Qué nombre tan bonito, Kore, pensé. Llevaba un vestido largo a juego con su pelo. Yo estaba escondido detrás de unos árboles, a una distancia prudencial, pero tenía ganas de salir de ahí y... abrazarla, verla más de cerca. Pero si lo hacía iba a asustarla y no quería eso. ¿Sabría quién soy?, me pregunté. En ese momento no me atreví a averiguarlo. Las seguí durante un rato hasta que llegaron a una cabaña, era bastante grande, y las cinco se metieron allí. Cuando dejé de verla, las cosquillas de mi estómago se convirtieron en pellizcos. No verla me dolía. ¿La echaba de menos? No puede ser, me dije. Eso no podía ser normal, no había cruzado ni una sola palabra con ella, ni siquiera me había visto. Solo la había observado durante ese poco rato, ¿qué estaba pasándome? Me sentí mal, me invadió una tristeza tremenda. Creía que alguien me había embrujado, que estaban jugando conmigo, porque sentía cosas nuevas cuyo significado desconocía. Cuanto más miraba esa cabaña más lo sentía, así que hui y volví a mi reino. Aterricé donde estaba Cerbero y encontré allí a Caronte, esperándome.

—Amo Hades, estaba buscándolo, no sé si ha hablado ya con el dios Zeus, pero Hermes ha puesto al corriente a todos los humanos, mire. Se me había olvidado por completo que había salido para hablar con mi hermano. El barquero me enseñó un saco lleno de óbolos. Estaba muy contento.

—Me alegro —respondí, seco.

—¿Se encuentra bien, amo Hades? ¿Le pasa algo?

Señaló mi barriga. Tenía la mano allí, como si eso aliviara mi dolor, pero solo era un acto reflejo. Dudé sobre si contarle lo que me había pasado o guardármelo para mí. Caronte siempre me daba buenos consejos y me ayudaba a solucionar mis problemas. Así que decidí contárselo. Le expliqué todo desde que salí a la superficie hasta que la vi meterse en esa cabaña, y lo que sentí durante ese recorrido.

—¿Y por qué no le dijo nada, amo Hades?

—Tenía miedo de que se asustara...

—Entiendo, pero no tiene por qué asustarla, puede dirigirse a ella como lo haría con cualquiera, amo Hades.

—Ya... Pero me da pánico.

El barquero se rio un poco.

—Los dioses son propensos a tener esos sentimientos tan fuertes y extremos hacia otros seres. Al resto de deidades, sobre todo las más antiguas, no nos pasa tanto, así que me resulta complicado empatizar con usted, amo Hades.

Agaché la cabeza, frustrado. Era la primera vez que Caronte no me daba un consejo claro y directo.

—Pero ¿por qué no la trae aquí? Quizás así le resulte más cómodo hablar con ella, amo Hades.

Claro, al estar lejos de mi reino... Tal vez por eso no me había atrevido. Tenía que traerla aquí, pensé.

—¿Qué buena idea, Caronte! Incluso podría invitarla a que se quedara unos días o... ¡quién sabe cuánto! —exclamé, emocionado.

—Bueno... —murmuró el barquero.

—¿Qué pasa?

—¿Quedarse dónde, amo Hades? Usted no tiene aposentos, un día duerme con Cerbero, otro con Hidra, otro en el campo de los muertos buenos... Necesita un lugar, necesita...

—Necesito mi cabaña.

Caronte tenía razón, me había convertido en una especie de dios nómada. Kore vivía en una cabaña y seguramente tendría su cama, su baño y todas esas cosas. No podía traerla aquí y esperar que durmiera en el suelo, rodeada de muertos o con un perro de tres cabezas, no estaría a gusto.

—Más que una cabaña necesitaría un palacio, ¿no cree, amo Hades?

—¡Claro! Qué tonto soy... ¡Tengo que impresionarla!

—Bueno, no solo para eso. Usted es el dios del inframundo, amo Hades. Al igual que sus hermanos no viven y duermen en el césped del monte Olimpo y se han creado su propio templo, usted debería hacer lo mismo.

El barquero volvía a tener razón, no podía estar rodeado de muertos por muy buena vida que hubieran tenido. El mejor sitio de mi reino no debían ser los campos elíseos, sino mi puñetera casa.

—No se hable más, nos ponemos con ello ahora mismo, sígueme.

—Pero hay muertos esperando, amo Hades.

—¡A la mierda los muertos! Esto es mucho más importante.

Caronte asintió sin insistir más. Me subí a su barca y pusimos rumbo a los campos elíseos. Si debía tener un palacio quería que fuera junto a esos campos de frutas.

—¿Qué te parece aquí?

—Me parece que no podría escoger un sitio mejor, amo Hades.

Estábamos en el espacio que había entre los campos de asfódelos y los elíseos, con ese contraste que os he comentado antes, pero en la parte de atrás de las cuevas donde vi por primera vez a Hidra y a Cerbero, este último seguía allí. O sea que podía construir aquí mi palacio sin que afectara a nadie. El suelo era pura piedra negra y brillante. Me agaché y pegué la oreja, no se oía nada, la profundidad era kilométrica.

—Si lo hago, lo hago bien, ¿no? —pregunté.

Caronte sonrió.

—Usted sabe qué hacer, amo Hades, confíe.

Maldito viejo entrañable, cuánto lo quiero. Me concentré, tenía en mi mente lo que quería, así que tensé los brazos y abrí las manos con la palma hacia el suelo. Todo el inframundo empezó a temblar, pero yo no, yo estaba anclado en la piedra. Poco a poco fui levantando los brazos y con ellos el suelo. Unas estructuras puntiagudas se alzaron como si llevaran tiempo esperándome, hasta que se detuvieron a unos pocos metros del techo. Bajé la mirada y retrocedí varios pasos. Era apoteósico. Más que un palacio parecía un castillo, era ancho como un estadio y alto como un rascacielos. De la base principal emergían torres afiladas, algunas se retorcían y creaban espirales imposibles.

—Si así no la impresiono, yo ya no sé.

Caronte no dijo nada, estaba boquiabierto admirando mi obra. Levanté la mano derecha, apunté hacia el centro de la base y dibujé dos puertas gigantescas que aparecieron en cuanto sacudí los dedos. Uno de los pomos lo dibujé como una cabeza de Hidra y el otro como una de Cerbero. Lo sé, soy adorable.

—¿Entramos?

—Sí, por supuesto, amo Hades.

El interior era del mismo color que la piedra, había antorchas cada dos metros que se encendían cuando detectaban movimiento y las llamas cambiaban de color. La entrada era amplia y tenía un recorrido de unos cien metros que conducía a un recibidor circular con unas escaleras majestuosas que, a medio camino, se dividían en dos, una hacia la derecha y la otra hacia la izquierda. Ambas llevaban a pasillos con infinitas habitaciones, algunos dormitorios y otras salas de estar.

—Es increíble, amo Hades.

—¿Verdad? —exclamé, orgulloso.

—Sí, sí... Pero ¿dónde está su habitación, amo Hades? Si me permite, no debería estar con el resto.

Lo interrumpí con un chasquido que provocó un temblor en las escaleras. Las dos que divergían empezaron a moverse y, poco a poco, se unieron. Las subimos hasta el final y nos llevaron a una pared. Dibujé otra puerta, más pequeña que la principal, y el pomo lo hice con una chispa del río Flegetonte, por si algún muerto perdido y atrevido se atrevía a colarse en mis aposentos. Al menos oiría su grito antes de entrar. Lo que para vosotros sería una alarma, vamos. Cruzamos la puerta, era otra sala ovalada, pero en vez de unas escaleras había...

—¿Dos tronos, amo Hades?

—¿Qué pasa? ¿Demasiado pronto? ¿Crees que no querrá quedarse?

Caronte suspiró, estaba desesperándose un poco.

—Con todo el respeto, amo Hades, sigo pensando que no debería construir su palacio pensando en...

—Kore, se llama Kore. Es un nombre muy bonito, como ella. Bueno, ella es más bonita que un nombre de cuatro letras, obviamente.

El barquero volvió a suspirar.

—A ver, Caronte, no te preocupes, que si no quiere quedarse pues quito su trono y ya está, ya ves tú qué problema.

Lo dije muy tranquilo, pero ni me planteaba el hecho de que no quisiera quedarse. Los tronos eran del mismo tamaño que el de Zeus, pero en vez de oro eran de la misma piedra que el resto del castillo, ya que todo emergía del mismo suelo de mi reino. Tenían cenefas serpenteantes de esmeralda que recorrían los reposabrazos y los bordes del respaldo. Detrás de los tronos había otro pasillo abierto que conducía al dormitorio principal, que no voy a explicaros cómo es, así que usad vuestra imaginación o intentad colaros cuando llegue vuestro momento, si os atrevéis.

—Pero ¿te gusta o no? —insistí.

—Sí, me gusta, es majestuoso, amo Hades, pero...

—Pues ya está, de lo otro no te preocupes —lo interrumpí dándole dos golpecitos en el hombro.

Caronte me miró, confundido. Creo que nunca lo había tocado y menos así. Mierda, ¿estaba convirtiéndome en mi hermano?

—Debería irme ya, amo Hades, los muertos me esperan.

—Sí, sí, vámonos.

Salimos de mi castillo en silencio, fue muy incómodo. Él fue hacia la barca, pero yo me quedé en tierra.

—¿No viene, amo Hades?

—Creo que voy a volver a salir a la superficie.

—¿Está seguro, amo Hades?

Me reí.

—Claro que estoy seguro.

—Si necesita cualquier cosa, si tiene dudas sobre algo, pregúnteme, amo Hades. Estoy aquí para ayudarle y para servirle. ¿De acuerdo?

Sentí que me hablaba como si fuera un adolescente experimentando su primer *crush*. Bueno, puede que lo fuera.

—Muchas gracias, lo tendré en cuenta —le respondí con una sonrisa.

Me daba la sensación de que Caronte se sentía con la obligación de cuidar y proteger el inframundo, entre otras cosas, de mí y de mis terribles decisiones. Pero mi reino me importaba un pepino elíseo, estaba obligado a quedarme aquí el resto de la eternidad y lo único que quería era no estar solo.



Salté y la tierra volvió a llevarme a la superficie. Fue la primera vez que mi cabeza no sufría ningún daño. Estuve un buen rato buscándola, tenía que ir con cuidado para que no me vieran, pero no las encontré, así que fui hasta su cabaña escondido entre los arbustos. Cuando llegué, justo estaban entrando. Había dado tantas vueltas que Helios estaba ya devolviendo el carro del sol a su palacio. Apenas pude ver a Kore, de perfil, entrando junto a las ninfas, aunque fue suficiente para sentir otra vez esas malditas cosquillas en el estómago. Pensé en volver a mi reino, a mi castillo, y pasar mi primera noche allí. Pero no quería correr el riesgo de perderme de nuevo intentando encontrarla. Así que hice aparecer mi maravilloso casco de invisibilidad, el que me fabricó el cíclope Brontes para la Titanomaquia. Decidí pasar la noche allí, rodeado de esa vegetación de la que podían disfrutar los de la superficie, pero sin arriesgarme a que alguien me viera mientras dormía. Me puse mi casco, me tumbé y, al rato, me dormí. A la mañana siguiente, el ruido de gente riendo y corriendo me despertó. Abrí los ojos y ahí estaba ella, delante de mí, a menos de un metro, saltando y riendo, intentando coger una mariposa. Si existía la posibilidad de que todos mis despertares fueran así, iba a intentar conseguirlo. Me levanté, dispuesto a hablarle, a decirle... cualquier cosa. «Hola, ¿quieres casarte conmigo?» Bueno, eso quizás no. Al menos no de primeras. «Soy Hades, quiero despertarme a tu lado para siempre.» Joder, eso tampoco. Como llevaba el casco y no me veía, iba ensayando gestos, posturas, posibles apariciones para presentarme, pero nada me convencía, estaba muy nervioso. Aparte, las ninfas no se separaban ni un solo segundo de ella y yo quería un poco de intimidad.

—¡He cogido una, mirad! —gritó una ninfa.

Las demás, incluida Kore, fueron hacia ella. Yo también me acerqué.

—Oh, qué bonita es —dijo Kore.

Tú sí que eres bonita, pensé. Era una mariposa con las alas azules y unos círculos amarillos con el interior negro. Sí, era muy bonita. De pronto, apareció otra detrás de Kore, más espectacular que la que estaban mirando, con las alas verdes y los círculos rojos y negros. Daba la impresión de que había aparecido exclusivamente para Kore, pero nadie la vio, excepto yo. Y tuve una idea. Fui hacia ella, la cogí con suavidad y la cubrí con las manos. Al llevar el casco, todo yo era invisible, pero la mariposa no. Desde fuera parecía que la mariposa seguía volando. Me acerqué a Kore por detrás y le soplé en la nuca para que se girara. Lo hizo y vio a ese insecto, aún más hermoso que el anterior, alejarse poco a poco. La siguió, o sea, nos siguió. Las ninfas estaban tan concentradas en la otra que ni se enteraron. Yo iba moviéndome lo suficientemente rápido para que no me pillara, y lo suficientemente lento para que no me perdiera. Llegamos a un pequeño lago. Nos habíamos alejado lo justo para dejar que Kore cogiera a esa preciosa criatura, pero cuando fui a dejarla suelta ella intentó agarrarla y se topó con mis manos. Me quedé inmóvil. Hasta el viento dejó de soplar, lo único que se oía era el aleteo de la mariposa. Pensé que echaría a correr, que gritaría o que les pediría ayuda a las ninfas, pero no, no se asustó, recorrió mis brazos con sus preciosas manos hasta que llegó a mi cabeza y tocó el casco.

—¿Es por esto que no te veo?

No sé si me sorprendió más que me dirigiera la palabra o que hubiese llegado a esa conclusión tan rápido.

—Sí.

Por suerte, aquello exigía una respuesta corta. Estaba tan nervioso y la voz me temblaba tanto que no sé si hubiera sido capaz de juntar dos sílabas.

—¿Puedo? —preguntó.

Si te vienes a vivir a mi reino puedes hacer lo que quieras conmigo, deseo ir detrás de ti besando el suelo que pisas. No se lo dije, obviamente, pero lo pensé muy fuerte.

—Sí.

Pude recurrir otra vez a un monosílabo. Puso las manos en el casco, una a cada lado, y, con cuidado, lo subió... hasta que fui visible. No sé qué sintió ella en ese momento, solo vi el brillo en sus ojos y su boca entreabierta. No dio tiempo a más, las ninfas se acercaban a toda prisa en busca de Kore. Pude haberme quedado allí, esperar a que vinieran,

hablar un rato con todas o, simplemente, irme y ya está. Pero tomé otra decisión. Liberé a la mariposa, recuperé mi casco y la cogí de la mano.

—Te vienes conmigo, Kore.

Sin que le diera tiempo a decir nada, ni siquiera a pensar qué podía decir, la tierra nos tragó como una hiena hambrienta y en menos de un pestañeo aterrizamos en mi reino.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó.

Estaba muy asustada, con la mirada en el suelo y agarrándome muy fuerte de los brazos. Mis nervios se quedaron en la superficie.

—Tranquila, no tengas miedo.

Le puse una mano en la barbilla y levanté su rostro poco a poco, hasta que sus ojos lo siguieron.

—Bienvenida a mi reino.

Estábamos delante de mi castillo. Se quedó tan impresionada al verlo que se tambaleó.

—¿Estás bien?

—Sí, bueno... Me duele la cabeza...

Claro, el trayecto.

—Espera, siéntate.

Chasquéé los dedos y una silla emergió del suelo. Sus preciosos ojos azules estuvieron a punto de salir disparados.

—¿Co... cómo has hecho... eso? —preguntó tartamudeando.

—¿Cómo he hecho el qué exactamente?

Se rio. No es por nada, pero estaba saliéndome todo superbién, me sorprendí de lo tranquilo que estaba.

—Dentro tengo otra silla para ti, es mucho más cómoda. ¿Qué te parece?

Se lo pensó. Miró a los lados y hacia arriba.

—No creo que vaya a hacerle mucha gracia a mi madre.

—¿Tu madre...?

—¡Así que sí! ¡Me parece genial! —me interrumpió.

En ese momento no insistí en qué había querido decir con eso, me moría de ganas de enseñarle mi casa. Estuvimos mucho tiempo dando vueltas por todos los pasillos, le enseñé todos y cada uno de los salones, habitaciones... Incluso saltamos por una ventana y paseamos por los tejados.

—¿Qué es ese sitio? —preguntó señalando los campos de asfódelos.

—Ese prado es donde van los mortales que han sido buenos... o no muy malos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Ves esas flores blancas que están comiendo?

Asintió.

—Se llaman asfódelos y no tienen sabor.

Se rio. Yo también.

—¿No me crees?

—Claro que no te creo. ¡Ja, ja, ja! Tienen que saber a algo, Hades.

Me quedé en silencio. Fue raro que dijera mi nombre, no nos habíamos presentado.

—¿Qué? ¿Te piensas que no sé quién eres?

—Sí, bueno...

—Lo raro es que tú supieras el mío.

—¡Voy a por un asfódelo! —la interrumpí.

Salí disparado del tejado y aterricé entre las flores, espantando a los muertos que vagaban por el campo. Por supuesto, no iba a decirle que la había espiado y que por eso sabía cómo se llamaba. Me puso contento que ella supiera quién era, me sentí... importante, famoso, relevante. No sé. Además, parecía que estaba a gusto aquí conmigo. Era una sensación muy agradable. Arranqué un par de estas flores insípidas y volví al tejado de un brinco. Pero Kore estaba llorando desconsoladamente. Me asusté y dejé caer los asfódelos, que se precipitaron castillo abajo. Me quedé ahí de pie, quieto, como un idiota, sin saber qué hacer o decir. Miré a mi alrededor buscando a ver si había venido alguien, algún alma perdida que la hubiera asustado, alguna de las Erinias con ganas de increparla, pero no vi nada. No entendía qué podía haber sucedido.

—¿Qué te pasa?

No contestó, creo que lo intentó, pero estaba llorando tanto que le provocó hipo y le resultaba imposible articular ninguna palabra.

—¡Uy! Yo sé cómo se soluciona esto. Mira, aguanta la respiración.

Kore me miró, confundida.

—¿Tampoco me crees en esto? Va, suelta todo el aire, y cuando lo hayas hecho tápate la nariz con una mano y la boca con la otra, ¿vale?

Empezó a expulsar el aire, pero el hipo la interrumpió.

—Haz una cosa, espera a que te venga otro y, justo después, sueltas todo el aire.

Resopló y asintió. Esperó unos segundos y le vino de nuevo.

—Ahora.

Sacó todo el aire como si su vida dependiera de ello y se tapó la nariz y la boca.

—¡Muy bien! Cuenta hasta diez.

—¡Y diez! —exclamó quitándose las manos de la cara.

Esperamos unos segundos más y el hipo no volvió. Kore suspiró aliviada.

—¿Mejor?

—Es la primera vez que no tengo que esperar a que se me pase, ¿quién te lo ha enseñado? —me preguntó mientras se secaba las lágrimas.

—Mi hermano Poseidón. Bueno, no me lo enseñó, lo vi. A él siempre le ha gustado el mar, desde antes de ser su dios, y me fijé en que siempre que le daba hipo se lanzaba al agua. Le pregunté por qué y me dijo que si dejaba de respirar debajo del agua se le pasaba. Así que llegué a la conclusión de que si no querías sumergirte pues debías taparte la boca y la nariz.

—Ah... Qué listo eres, ¿no?

Me reí.

—¿No echas de menos a tu familia aquí abajo? —me preguntó.

—Sí, pero cuando los veo se me pasa.

Entonces se rio ella.

—¿Por eso estabas llorando antes? —pregunté.

Poco a poco, su risa se desvaneció.

—¿Puedes llevarme de vuelta con mis ninfas, por favor?

Eso no me lo esperaba. Acabábamos de llegar, estábamos pasándolo bien, le había enseñado mi palacio y le había gustado, no habíamos parado de reír en todo el rato y yo no quería que se acabara.

—¿A qué te refieres?

Me miró, confusa. Estaba claro lo que me había pedido.

—Que si puedes llevarme con las ninfas.

—¿Por qué? ¿No estás a gusto?

Kore empezó a sentirse muy incómoda.

—No, o sea, sí, estoy a gusto, pero...

—¿Entonces? ¿Qué problema hay? —la interrumpí.

Estaba insistiendo mucho, lo sé. No quería separarme de ella.

—Hades, por favor...

—¿Por favor qué? ¿Qué necesitas? Yo te lo consigo.

—Acabo de decírtelo, necesito que me lleves de vuelta a la superficie.

—Eso no es lo que quieres de verdad, Kore.

Se puso pálida. Su mirada desprendía pánico. Me sentí mal y le cogí la mano para tranquilizarla, estaba temblando como una flor en medio de un huracán. No se apartó, ni me la quitó, simplemente se quedó inmóvil, aterrorizada.

—No tengas miedo, no voy a hacerte daño, ¿vale?

Me miró de reojo y le sonreí. Ella asintió sin cambiar ni un ápice de su rostro. Me quedé tranquilo, pensé que había conseguido recuperar su confianza, aunque, claramente, estaba tan asustada que iba a hacer cualquier cosa que le dijera. La ayudé a levantarse, la cogí en brazos y la conduje de vuelta al interior del castillo. Pensé en llevarla a la sala de los tronos, pero ella no estaba bien y yo quería que lo estuviera cuando le mostrara su futura habitación, así que la dejé en una de las muchas estancias que había en los múltiples pasillos.

—Aquí podrás descansar.

En cuanto la solté, se separó de mí como si quemara. Su reacción me molestó, pero no le dije nada. Retrocedí.

—Si necesitas algo, di mi nombre y apareceré.

Kore asintió. Di media vuelta y salí de la habitación. Cerré la puerta y me quedé unos segundos mirando el pomo. Pensé en crear un pestillo o un candado y así evitar que se escapara, pero no lo vi necesario. ¿A dónde va a ir?, me dije. No tenía escapatoria. Así que yo también me fui a mis aposentos a descansar. Estuve horas deambulando, me senté en mi trono de todas las maneras posibles e imposibles, la cabeza me iba a mil, los pensamientos me salían por las orejas. Me preocupó que quisiera irse, pero no iba a permitirlo. Era la candidata perfecta para ocupar el segundo trono y hacerme compañía en mi solitario reino. Tengo que hacer que quiera quedarse, pero ¿cómo?, me decía. Había pasado mucho rato desde que la había dejado en esa habitación así que, al no tener ninguna idea, fui a ver cómo estaba. Volé hasta el pasillo de su dormitorio temporal y vi que la puerta estaba cerrada, di dos golpecitos y esperé. No contestó nadie, quizás había llamado con demasiada suavidad, pensé. Di dos golpes más, esta vez más fuertes y sonoros, pero nada.

—¿Kore? ¿Puedo pasar?

No contestó. Debe de estar enfadada conmigo por no haberla llevado con sus ninfas, me dije. Volví a llamar a la puerta, mucho más fuerte.

—¡Si no me respondes, entraré!

Nada.

—¡Tú misma! ¡Entro!

Abrí la puerta de par en par y entré en el dormitorio, pero ella no estaba.

—Me cago en toda mi vida... ¿Kore? ¡Kore!

La cama estaba intacta. La levanté para ver si estaba debajo, escondida, pero nada. Abrí todos los armarios y muebles esperando encontrarla encogida en alguno de los cajones, pero ni rastro de ella. No puede haber ido muy lejos, debe de seguir en el palacio, pensé. Salí de esa habitación y fui a ver las otras, las registré todas y cada una de ellas, una por una, no me dejé ni un metro cuadrado. Tampoco. Seguí revolviendo todo el palacio, baldosas, altillos, ventanas, espejos... Nada de nada. Kore no estaba, se había escapado. Entré en pánico, mi reino era un sitio tranquilo y seguro si eras yo, pero si no, debías conocerlo bien para saber por dónde ir y por dónde no y ella no era ninguno de

los dos casos. ¡Tenía que haberla llevado con las ninfas, si le pasa algo será por mi culpa!, me decía mientras corría hacia la puerta de salida. No me detuve ni a abrirla, la reventé de un cabezazo, pero se rehízo de inmediato. Cogí aire para gritar su nombre, pero hubo un contratiempo.

—¿Todo bien, amo Hades?

Caronte estaba esperándome a pocos metros de mi palacio.

—¡Joder! Qué susto...

—¿A dónde va tan exaltado, amo Hades?

Podría haber sido sincero, ya le había hablado de Kore, pero no creo que le hiciera gracia que una desconocida estuviera perdida por el inframundo.

—A ningún sitio. Estaba... practicando mis habilidades, por si hay una Titanomaquia 2.0.

—Ya.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? ¿No hay muertos a los que transportar?

—De eso quería hablarle, amo Hades. Hay demasiados.

Resoplé.

—Me tienes un poco harto con este tema.

—Amo Hades...

—¿Algún día estarás contento con la cantidad de muertos? —le interrumpí.

Se quedó en silencio.

—Porque cuando no son pocos son muchos, y cuando no son muchos son pocos —añadí.

El barquero seguía sin decir nada.

—Contesta —ordené.

—Los humanos están muriéndose de hambre, amo Hades.

—No te he preguntado eso.

—Llevan días sin cosechar nada.

Me reí.

—Pues que cosechen mejor, ¿a mí qué me cuentas? Es que ya es lo que me faltaba, vamos. Hasta donde yo sé, soy el dios del inframundo, y quien se encarga de lo que sale o no sale del maldito suelo es mi hermana Deméter.

—Así es, amo Hades, pero la diosa Deméter ha dejado a un lado sus labores agrícolas para llorar la desaparición de su hija. Kore, se llama, como la del pelo verde y rojo de la que me habló.

Ay, la titánide que me parió.



Me quedé en shock. Kore era la hija de Deméter, había secuestrado a mi sobrina. A ver, sí, sabía que era una diosa, me había fijado en el color de su piel, pero jamás imaginé que sería descendiente de Deméter. Recordé mi última visita en el Olimpo, ¡ahí estaba embarazada! Pero... ¿de ella?

—¿Quién es el padre?

—Su hermano Zeus, amo Hades.

Pues sí, de ella. Di una patada al suelo que hizo retumbar todo el inframundo.

—¿Dónde está Kore, amo Hades?

No tenía sentido que siguiera mintiéndole. Encogí los hombros y sacudí la cabeza. El barquero suspiró.

—¿Qué significa eso, amo Hades?

—Pues que no lo sé —respondí, avergonzado.

Se escuchó un ruido de madera, Caronte se enfadó tanto que apretó demasiado el remo y le hizo una grieta. Decidí contarle todo lo que había pasado, desde que me la llevé de la superficie hasta ese momento.

—¿Seguro que no está ahí, amo Hades? —preguntó señalando mi palacio.

—Segurísimo, no he dejado ni un rincón sin registrar, se ha ido.

Agrietó el remo de nuevo.

—Vas a cargártelo...

Algo muy curioso de Caronte es que siempre ha tenido la capacidad de mostrarse inexpresivo mientras vivía una hecatombe en sus adentros.

—Le ayudaré a buscarla, amo Hades.

—¿Y los muertos?

—Como diría usted, amo Hades, «¡A la mierda los muertos! Esto es mucho más importante».

Creo que aprovechó que me imitaba para exteriorizar un poco sus sentimientos. A mí, que se acumularan las almas o se lanzaran al Estigia

me daba completamente igual. Así que acepté con sumo gusto la ayuda del barquero. Habíamos perdido mucho tiempo hablando y yo temía por Kore.

—Opino que deberíamos empezar a buscar por el Tártaro, amo Hades.

—Sí, comencemos por lo peor.

Nos dirigimos hacia allí andando rápido, pero andando, no me atreví a volar, quería observar bien cada centímetro de mi reino, mirando al suelo y a todos lados por si encontrábamos alguna pista o rastro que nos llevara hasta ella. Aunque, por muy concentrados que estuviéramos, eso no nos impedía hablar.

—¿Cómo sabías todo eso de Deméter?

—Por Hermes, amo Hades.

Me paré en seco.

—¿No le habrás dicho que...?

—No se preocupe, amo Hades, nadie sabe nada de momento.

Qué susto me pegué. Por un instante me imaginé a todo el Olimpo buscando a Kore en mi reino. Reanudé el paso.

—¿Y cuándo te lo dijo? Tengo la sensación de que ha pasado todo muy rápido, ¿cuánto tiempo lleva Kore aquí?

—Hermes me lo ha dicho hoy, pero los humanos llevan sin comida una semana, amo Hades.

¡Una semana! ¡Siete puñeteros días desde que la bajé, le enseñé todo el palacio y hasta ahora, que estábamos buscándola!

—Será verdad que cuando estás con la persona indicada Cronos cuenta más rápido —dije sonriendo como un mortal adolescente enamorado.

—Sería bueno saber si también pasó igual de rápido para ella, amo Hades.

—¿Qué insinúas?

—Por lo que me ha contado, ella quiso irse y se lo impidió, amo Hades.

—Bueno, a ver, ella dijo que quería irse, sí, pero eso no significa que quisiera, ¿me explico?

—Ya... y entonces, ¿qué significa, amo Hades?

—Pues no lo sé, por eso mismo quería que se quedara, para averiguarlo.

—Pensé que usted era diferente, amo Hades.

—Yo también tengo derecho a tener una esposa y Kore es la candidata perfecta, lo que pasa es que ella aún no lo sabe.

Caronte intentaba hacerme ver que estaba izando todas mis *red flags*, pero yo tenía muy claro mi objetivo y no me apetecía ser consciente de mis actos y palabras. Seguimos caminando, ahora en silencio, hasta que llegamos al río Flegetonte. No habíamos visto nada que pudiera indicar que Kore hubiese pasado por ahí, pero lo cruzamos de todas formas y llegamos al Tártaro.

—Habría que mirar si ha caído ahí, amo Hades —dijo el barquero señalando el abismo.

Yo aún estaba traumatizado por la última vez, que casi me caigo, así que le pedí que lo hiciera él. Aceptó sin problemas. Estuvo un rato mirando, la espera me mataba, pero cuando se volvió hacia mí negó con la cabeza. Respiré de alivio.

—¿Dónde miramos ahora? ¿En el prado de los asfódelos?

—Sí, amo Hades.

Estábamos a punto de irnos cuando alguien empezó a gritar.

—¿Eso ha venido del abismo? —pregunté.

Caronte corrió de nuevo hacia allí, los gritos seguían.

—Aquí abajo no grita nadie, amo Hades, creo que viene de detrás del monte.

Empecé a correr, rodeándolo, hasta que llegué a una especie de lago en el que asomaba la cabeza de un señor. Me vio.

—¡Ayuda! ¡Por favor! ¡Sácame de aquí!

Tenía toda la pinta de ser un mortal. Parecía que no podía moverse, detrás había un árbol con unos frutos, dignos de los campos elíseos, que quedaban suspendidos por encima de su cabeza y, por si fuera poco, en lo alto había una roca dispuesta a aplastarlo en cualquier momento, de ahí su quietud. A los pocos segundos llegó Caronte. El mortal acercó su mandíbula a uno de los frutos, y la rama se alejó a medida que él se acercaba. Acto seguido agachó la cabeza para beber del agua del lago, pero esta disminuyó su nivel alejándose de su boca hasta que el mortal desistió y el agua volvió a su estado anterior.

—¡No puedo comer ni beber! ¡Ayudadme, por favor!

Me quedé boquiabierto.

—¿Qué está pasando aquí?

—Estoy bastante seguro que este mortal está cumpliendo un castigo, amo Hades.

—¿Un castigo? ¿De quién? Porque mío no.

—¡Zeus me ha castigado! —gritó el mortal.

—¿Mi hermano? ¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—Pensé que tenía prisa en encontrar a Kore, amo Hades.

—Y la tengo, pero quiero saber qué está pasando aquí. ¡Contesta, mortal!

—Mi nombre es Tántalo, soy rey de Frigia...

—¡Tampoco hace falta que me cuentes toda tu vida! —le interrumpí.

A según qué mortales les gustaba más hablar que otra cosa.

—¡Disculpe!

—¡Cuéntame por qué estás aquí o no podré ayudarte!

—No crea que debe ayudarlo, amo Hades —me susurró Caronte.

Lo ignoré.

—Fui invitado varias veces a comer al Olimpo junto con otros reyes mortales, y siempre que los dioses comentaban algo privado y yo lo escuchaba, después se lo contaba a mi pueblo para que se entretuvieran, era puro chisme inofensivo, sin maldad ninguna, pero el dios Zeus se enfadó mucho conmigo. Así que, para que me perdonara, invité a todo el Olimpo a un gran banquete en mi palacio, y para sorprenderlos y no servirles la comida de los mortales, maté a mi hijo y lo serví como entrante. Pero ¡eso tampoco le gustó a Zeus y se enfadó aún más! ¿Desde cuándo no les gusta a los dioses que les hagamos sacrificios? ¿Eh? ¿Qué cojones me he perdido?

Me quedé sin palabras, estos mortales estaban fatal de la cabeza.

—Madre mía... Pues poco me parece el castigo —le murmuré a Caronte.

—Seguro que, si devuelve a Kore con su madre, Zeus le dejará cambiar el castigo, amo Hades.

—¿Tampoco vais a ayudarme vosotros? —gritó el mortal.

—¡No, lo siento! Venga Caronte, vamos al prado de las flores insípidas.

Me volví para irnos, pero el barquero me agarró del brazo.

—Amo Hades, ha dicho «tampoco».

Tardé en darme cuenta. Por sus palabras, parecía que le había pedido ayuda a alguien más.

—¿Has visto a alguien pasar por aquí aparte de nosotros? —pregunté. Me miró de arriba abajo de una manera sospechosa.

—Tú eres el dios Hades, ¿no?

Me ofendió que no se hubiera dado cuenta desde el principio, pero no tenía tiempo para enfadarme.

—¿Cómo osas hablarle así al dios del inframundo? —exclamó Caronte regañándolo.

—Tranquilo, barquero. Sí, soy Hades. Ahora responde a mi pregunta.

—Solo si me ayudáis a comer y beber.

No podía creérmelo, lo que me faltaba ya, un maldito mortal chantajeándome.

—Amo Hades, vámonos, no lo necesitamos.

—Era una mujer, parecía perdida y estaba llorando —añadió Tántalo.

Maldita sea, sí que lo necesitábamos. Intenté controlar mi expresión de sorpresa y me volví hacia Caronte.

—Tiene que ser ella —le susurré.

No podía inmiscuirme en los castigos que mi hermano Zeus les ponía a los mortales, pero debía sonsacarle información a Tántalo.

—¿Cómo era esa mujer?

—No voy a decir nada más hasta que no me deis de comer o de beber.

Sacudí la mano derecha e hice aparecer una brillante manzana roja. El mortal abrió los ojos como si fueran a salirse del rostro y empezó a babear.

—Voy a darte la manzana, pero no puedes comértela hasta que no me digas qué aspecto tenía y hacia dónde fue.

—¿Está seguro de lo que está haciendo, amo Hades?

Lo ignoré. Tántalo asintió como si le fuera la vida en ello, provocando pequeñas olas en el lago. Solté la manzana y la hice volar hasta él, pero

la detuve a pocos centímetros de su boca. El mortal parecía hipnotizado por el fruto.

—La mujer... Sí... Tenía los ojos... azules... y el pelo verde... y rojo... Se fue por donde habéis venido...

Era Kore. Tántalo fue a morder la manzana, pero chasqué los dedos y la hice desaparecer.

—¡Eh! ¿Dónde está la manzana? ¡Me has engañado! ¡Desgraciado!

—Vamos, Caronte.

El barquero y yo nos fuimos corriendo mientras el mortal seguía insultándome.

—¿Pensabas que iba a fastidiar el castigo de Zeus o qué?

—Disculpe, amo Hades, lo he subestimado, muy buen trabajo.

Sonreí, satisfecho. Sabíamos que Kore había ido hasta el Tártaro y había dado media vuelta, estábamos haciendo el mismo recorrido que había hecho ella. Esta vez fuimos dando brincos hasta que llegamos al prado de los asfódelos. No vimos nada por el camino así que nos adentramos en el destino de las almas irrelevantes. El ambiente era taciturno, las almas comían flores como si fueran vacas pastando. El Tártaro es peor, pero al menos pasan cosas; eso era aburridísimo.

—Si Kore ha pasado por aquí se habrá deprimido más.

—¿Cuánto hace que no venía por este lugar, amo Hades?

—No mucho, fui a recoger unos asfódelos para que Kore los probara.

Caronte se puso muy nervioso y, prácticamente, se abalanzó sobre mí.

—¿Se los comió, amo Hades? ¿Se los comió?

—¡Eh, eh! ¿Qué haces? ¿Qué te pasa?

Estaba muy cerca de mí, mirándome fijamente a los ojos. Buscaba una respuesta.

—¡Responda, amo Hades! —gritó.

—¡No! ¡Joder! No se los comió.

Caronte se separó de mí y suspiró de alivio.

—Disculpe mi reacción, amo Hades, me había asustado.

—Ni disculpas ni mierdas, ¿a qué ha venido eso?

No respondió.

—¿Caronte?

—Nada importante, amo Hades, sigamos buscando a Kore.

¿Qué problema había con los asfódelos? Yo los había comido, él también, y no había pasado nada. No entendía el motivo de su reacción, pero estaba claro que era algo importante y tenía que averiguarlo. El

barquero reanudó el paso y yo lo seguí. No le insistí, tenía toda la pinta de que no iba a decírmelo o de que se inventaría algo para que no le preguntara. Seguimos andando por ese prado en silencio, lo único que se escuchaba era el masticar de los muertos. Era un poco asqueroso, algunos comían que daban ganas de mandarlos al Tártaro. No había rastro de Kore. Miramos por toda esa zona y dimos media vuelta para probar suerte en los campos elíseos, pero, en cuanto pusimos un pie fuera de los asfódelos, un chillido esperpéntico puso en alerta a todos los habitantes de mi reino. En mitad del Estigia estaba Hydra, muy furiosa, espantando a todas las almas que vagaban por ahí. Chilló otra vez haciendo que cundiera el pánico aún más, los oídos de los mortales no eran capaces de soportar tantos decibelios.

—No puede ser...

—¿Qué está pasando, amo Hades? ¿Por qué no está en su guarida?

—¡Alguien la ha liberado!

Desesperado, busqué por todos sus cuellos el collar con el que siempre la dejaba encadenada, pero no lo encontré. Estaba muy nerviosa y se movía mucho, así que fui hacia ella. Salté y me puse encima.

—Ssssh, tranquila, ya está, tranquila...

Le acaricé el lomo y los cuellos, como a ella le gustaba, y el ritmo de su respiración disminuyó. Pude inspeccionar bien todas sus cabezas, pero no había rastro del collar. Era muy extraño, parecía que nunca lo hubiera llevado, no había marca alguna, nada. Solo había una explicación para eso. Le conté las cabezas.

—No puedo creérmelo...

¡Había siete! La última vez que la había visto tenía seis, ¡y el único que la había decapitado era yo! Alguien le había cortado una cabeza para desatarla, pero ¿para qué? ¿Quién? ¿Kore?

—¡Caronte, le han cortado una cabeza a Hydra!

Me giré hacia el prado, pero no lo vi.

—¿Caronte?

No estaba. El barquero se había ido.

Primero desaparece Kore y ahora Caronte. Demasiada casualidad, pensé. Pero no era momento de preocuparme por el barquero, ni siquiera por Kore. Antes debía llevar a Hidra a su lago e intentar averiguar qué había pasado.

—Llévame a Lerna —le susurré.

Cabalgué a lomos de mi preciosa monstrua. Por el camino aproveché para echar un vistazo a ver si localizaba a Kore o al barquero, pero tampoco, nada. Solo pude contemplar los destrozos que la pobre Hidra había dejado a su paso.

—No sé quién te ha hecho daño, pero va a arrepentirse.

Una de sus cabezas me sonrió. Nos adentramos en el túnel rocoso que llevaba hasta el lago, no lo recordaba tan estrecho. Espero que no le corten más cabezas a Hidra, pensé, si no, no podrá pasar.

—¡Déjame en paz! —gritó alguien.

¡Parecía la voz de Kore!

—Más rápido.

Aceleramos el paso y a los pocos segundos vi la luz del exterior.

—Para, para.

Hidra gruñó. Normal, estaba mareándola, pero, en el último momento, pensé que era mejor no aparecer a lo grande y observar antes quién estaba ahí. Nos detuvimos a pocos metros de la salida, bajé y le hice un gesto para que se quedara quieta y en silencio.

—¿Por qué debería confiar en ti? —exclamó la misma voz.

Estaba muy convencido de que era ella, me faltaban pocos pasos para descubrirlo. Al final llegué y sí, efectivamente, ahí estaba Kore. Pero no estaba sola, había alguien más.

—Te he dicho que debías escapar por aquí, pensaba que ya te habrías ido. ¡Hasta te he sacado a Hidra!

Esa voz, esas erres...

—¡CARONTE!



Ambos se volvieron asustados hacia mí.

—¡Amo... amo Hades! Mire, ¡la he encontrado!

—¿Cómo que la has encontrado? ¡Mentiroso! ¡Te he escuchado!

No respondió.

—Maldito traidor, asqueroso... ¡Has hecho daño a Hydra!

—¿Desde cuándo le importa Hydra, amo Hades? —preguntó con sarcasmo.

Corrí hacia él y le enchufé un tremendo puñetazo en la cabeza que lo mandé al fondo del lago. Kore gritó del susto. Al verla, mi estado de ánimo cambió por completo, fue como ver el arcoíris por la mañana después de una noche horrible de tormenta. En su caso fue todo lo contrario.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estabas?

—Yo... eh... él... me fue a buscar... porque mi madre... está triste...

Mientras intentaba articular esa frase, el barquero salió del agua. Estaba visiblemente enfadado, cosa rara en él. Podía derrotarme si nos enfrentábamos, es más, me atrevería a decir que había visto venir mi hostia divina, pero decidió recibirla por respeto a la jerarquía de mi reino. Me giré hacia él.

—Cuéntame qué ha pasado de verdad... o lo reviento todo —le ordené.

Yo estaba literalmente a punto de explotar. Dependiendo de su respuesta podía llevarme por delante a todo el reino de los muertos y parte del de los vivos, y él lo sabía. Suspiró.

—De acuerdo, de acuerdo... En cuanto me enteré de que Deméter había perdido a su hija, llamada Kore, fui directo a buscarle a su palacio, pero antes de llegar me la encontré deambulando cerca de allí. Me explicó que se había escapado porque quería irse pero que usted, amo Hades, no la había dejado...

—No sabe lo que quiere —lo interrumpí.

—Ya... Bueno, pues la traje hasta aquí, pero Hydra no nos dejó pasar, así que tuve que... Ya sabe. Y a Kore la dejé aquí, justo donde está, pero no se ha ido.

—Claro que no, aún nos faltan muchas cosas por hacer, apenas le he enseñado mi palacio, ¿verdad, Kore?

No respondió, me miraba con mucho miedo.

—¿Verdad? —insistí.

Asintió muy sutilmente, aguantando las lágrimas.

—¿Ves?

—Amo Hades, no se ha ido porque pensaba que yo estaba tendiéndole una trampa.

—¡No se ha ido porque quiere estar CONMIGO! ¡Y PUNTO!

Agarré a Kore de la mano e hice el gesto de irnos hacia la entrada del inframundo.

—Amo Hades...

Lo interrumpí con un silbido. Hydra salió de su escondite y se metió en el lago.

—Pídele perdón —le dije al barquero.

—¿A... qué se refiere, amo Hades?

—Arrodíllate y pídele perdón a Hydra por haberle hecho daño.

Caronte tragó saliva y, poco a poco, por si cambiaba de opinión, fue flexionando las rodillas hasta que tocaron el suelo.

—Pe... perdón...

—¡Más alto!

Hydra estaba a su puñetera bola, bañándose.

—No está prestándome atención, amo Hades.

—¡Pero yo sí! ¡MÁS ALTO, VIEJO ESTÚPIDO!

En ese momento no me avergoncé lo más mínimo de hablarle así, sentía tanta rabia que lo hubiera humillado de mil maneras.

—¡Perdón, Hydra!

—Bien. Ahora voy a ir de vuelta a mi palacio con mi amada Kore. Como te atrevas a decirle a alguien que ella está aquí, lo reviento absolutamente todo. ¿Lo has entendido?

Abrió la boca para responder, pero se resignó y asintió. Me di la vuelta y Kore y yo nos marchamos ante la mirada de decepción de Caronte. Es irónico que la única manera de controlar al barquero de mi reino fuera amenazándolo con hacer añicos mi propio reino.

Cruzamos todo el túnel de Hydra y llegamos a la orilla del Lete, al otro lado estaban los campos elíseos.

—Te enseñaría el prado de los muertos maravillosos, pero supongo que ya lo habrás visto.

—Quiero volver con mi madre.

—Hablando de tu madre, ¿por qué no me dijiste que era Deméter?

—Por favor, Hades.

Resoplé.

—¿Por qué?

No contestó.

—Estábamos pasándolo genial, ¿por qué quisiste irte? —insistí.

—Porque sí, porque no me gustó marcharme de esa manera. Pensé en las ninfas, en lo preocupadas que se habrían quedado y en cómo se enfadaría mi madre si se enteraba de que había desaparecido.

—Pues quizás esto tendrías que habérmelo dicho antes.

—¿Y me habrías llevado con ellas?

—Claro —mentí.

Kore empezó a llorar. Me dio mucha pena que se sintiera así, aunque fuera por mi culpa. Me acerqué para abrazarla y sí, me abrazó, se sentía tan sola que hasta aceptó mi consuelo. Aproveché para despejar algunas dudas que tenía desde el primer día que la vi.

—¿Por qué estabas con ellas en mitad del bosque? —le pregunté.

Se separó poco a poco y se secó las lágrimas con las manos.

—¿Qué?

—Las ninfas, ¿por qué estabas con ellas y no en el Olimpo?

—Por mi madre. Quería que estuviera con ellas para que me protegieran.

—¿De qué?

Me miró de arriba abajo.

—De ser secuestrada por algún dios.

Me quedé en silencio, muy incómodo.

—El dios Hermes se había fijado en mí e intentó acercarse más de lo debido varias veces...

—Maldito Hermes, si es que tiene toda la pinta de ser así —la interrumpí.

—Ya.

—Será mejor que volvamos a mi palacio.

—¿Cuánto tiempo estaremos así?

—¿Así cómo?

—Como si no estuviera secuestrada.

—¡Uou! ¡Aquí nadie está secuestrado! ¿Qué dices?

Me reí a carcajadas como si Kore hubiera dicho algo de lo más estúpido. Ella se enfadó.

—¿Cómo tengo que decírtelo? ¡No quiero estar aquí! ¡Quiero volver con las ninfas!

—¿Para qué? ¿Para estar con ellas el resto de tu vida? ¿Para que tu madre esté tranquila? ¿No ves que está sobreprotegiéndote?

Se lo dije como si intentara abrirle los ojos.

—¡Sí! Pero ese es mi problema, no el tuyo.

—Solo intentaba ayudarte.

—¡Pues no quiero que me ayudes!

Me quedé en silencio un rato, quizás fueran unos minutos, y ella también. Quería que la situación se enfriara un poco para probar con otra manera de convencerla. Por muy chocante que os parezca, no tenía ninguna intención de dejarla marchar, pero era capaz de imaginármelo y el simple hecho de hacerlo me ponía muy triste. Así que aproveché ese sentimiento para forzar un sollozo. Kore me miró al instante.

—¿Estás bien?

Me tapé la cara mientras no me salían las lágrimas, su voz sonó como si de verdad estuviera preocupada. Me puso una mano en la espalda y de mis ojos empezaron a brotar cascadas, fue como si hubiese pulsado un botón. Aparté las manos y la miré.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—Nadie me quiere —respondí atragantándome con mis propios sollozos.

Kore sacudió la cabeza, parecía dispuesta a subirme la autoestima.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es. ¿Por qué... —me interrumpí a mí mismo con un llanto— por qué crees que estoy aquí solo?

—Mi madre me dijo que lo echaste a suertes con Poseidón y perdiste.

—¡Hicieron trampas!

Me salían unos lagrimones del tamaño de campanas.

—Vaya, eso no lo sabía.

—¿Te importa si vamos al palacio? No me gusta que las almas de los mortales me vean llorar.

—No, no, claro. Vamos.

—Gracias.

Su actitud hacia mí cambió por completo, había ganado un poco más de tiempo. Sobrevolamos el reino hasta llegar al techo de mi palacio, donde su visita empezó a torcerse. Me senté en un borde con las piernas colgando, ella se me acercó por detrás y tomó asiento a mi lado.

—Entiendo cómo te sientes, Hades. Yo también me he sentido sola la mayor parte de mi vida.

La miré de reojo, incrédulo.

—¿Tú? Pero si tienes a las ninfas, que se preocupan por ti...

—Para mí, las ninfas son como el barquero para ti.

Me reí.

—Yo no priorizaría estar con Caronte a estar contigo.

—Bueno, pues otro.

Negué con la cabeza.

—¿No qué? —preguntó Kore.

—No hay nadie con quien prefiera estar antes que contigo.

Se sonrojó. No podía creérmelo, parecía que mi nueva estrategia estaba funcionando, así que aproveché el momento.

—¿Puedo pedirte algo?

—Bueno, depende.

—¿De qué depende?

—De lo que me pidas.

Claro, tiene sentido.

—Quiero pedirte otra oportunidad.

Kore suspiró.

—Espera, espera, no te agobies aún, que no te la he pedido.

Me miró, confusa.

—Pero si acabas de hacerlo.

—No, de momento solo he dicho que quiero pedírtela.

Se rio un poco. Me quedé unos segundos mirándola, embobado, mordiéndome el labio inferior.

—¿Qué es lo que miras?

—Tienes una risa muy bonita.

Volvió a sonrojarse.

—¡Va, no seas tonto!

Me dio un golpecito en el hombro.

—¿Cómo que tonto? ¿Soy tonto?

Se rio otra vez. Yo también.

—Vale, venga, prepárate, que te lo pido —dije levantándome.

—¿Que me prepare? ¿Cómo?

Se levantó también.

—No lo sé, ¿tienes las orejas bien?

—¿Mis orejas? —preguntó tocándose las.

—Sí, ¿están preparadas para escuchar?

—¿Qué?

—Que si están prepara...

Kore se rio.

—Eso ha estado bien —confesé con una sonrisa.

—¡Va! ¡Pídemelo! —exclamó ella.

Esto no podía ir mejor. No solo había conseguido darle la vuelta por completo a nuestra relación, sino que, además, había creado un vínculo con ella. Me había sincerado, le había explicado mi mayor miedo. Sí, supongo que le había dado pena, pero eso no me importaba mientras pasara más tiempo con ella. Estaba a punto de pedírselo, las palabras estaban preparadas para salir de mi boca, pero un destello, seguido del sonido de un trueno ensordecedor, me interrumpió. Mi hermano Zeus acababa de aparecer.

Le saltaban chispas de los ojos, como si unas ninfas diminutas estuvieran soldándoseles. Tenía el ceño fruncido y los puños cerrados. Vamos, que estaba enfadado, muchísimo. Pero me atrevería a decir que no tanto como yo. Apareció en la otra punta del tejado; en cuanto dio un paso hacia nosotros me coloqué delante de Kore.

—¿Puedes quedarte aquí hasta que vuelva? —le susurré.

—¿Esto era lo que querías pedirme?

Sonreí y giré un poco la cabeza hacia ella para ver su precioso rostro.

—De momento, sí.

Kore asintió y yo suspiré de alivio.

—¡Me has traicionado, hermano! —gritó Zeus avanzando poco a poco.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

—No me vaciles, Hades, o...

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer?

—No quieras saberlo.

—No te confundas, Zeus, yo no soy un mortal al que puedas fulminar con un chasquido.

Lo sé, estaba poniéndome muy chulo, quizás porque Kore estaba ahí y eso hacía que me viniera muy arriba, pero mi hermano nunca me había visto así y sabía que tenía razón. Relajó los puños y las ninfas dejaron de soldar.

—Te veo diferente —dijo.

Le sonreí con sorna.

—Hola, hija —añadió.

Kore levantó las cejas. Seguramente era la primera vez que la llamaba «hija» o que la saludaba.

—¿Por qué no vamos a hablar a otro sitio? —pregunté.

—De acuerdo, tú dirás, estoy en tu reino.

«Mi reino», dijo, el muy desgraciado.

—Sígueme.

Salté del tejado y él lo hizo tras de mí. Lo llevé hasta los campos elíseos, era el mejor sitio para mantener esa conversación. Un sitio hermoso y unos muertos que han bebido de las aguas del olvido y no tienen ni idea de quiénes somos.

—Bonito prado, aunque mis vacas pastan en sitios mejores.

La diosa Hera y él eran muy fans de las vacas, cada uno tenía las suyas.

—Siempre puedes volver con ellas si no estás cómodo aquí abajo.

—Pues mira, sí, voy a por Kore y nos vamos.

Lo agarré del brazo. Me miró la mano, atónito.

—¿De verdad, Hades? ¿Tanto te gusta mi hija?

—Lo que yo siento por Kore es algo que jamás lograrás experimentar en la vida.

Estalló en carcajadas.

—¿De qué te ríes?

—¿Cómo puedes ser tan ingenuo? ¿Cuándo vas a madurar?

—¿En serio pretendes darme lecciones de madurez? ¿Tú?

—No voy ni a discutir. Vas a soltarme y voy a llevarme a Kore de vuelta con su madre antes de que mueran más mortales.

—No vas a llevártela, Zeus.

—Deja de hacer el ridículo. Vas a conocer a más diosas, ninfas y mortales para hacer lo que quieras con ellas, como hago yo.

—Yo no soy como tú.

Me agarró del cuello con la mano que tenía libre y me levantó un palmo del suelo.

—Eso es lo que a ti te gustaría, hermano.

Intenté interrumpirle, pero me cortaba la respiración.

—Por mucho que intentes engañarte no podrás escapar de lo que eres de verdad, o ¿acaso Kore está aquí por voluntad propia? —añadió.

Me soltó de golpe y caí al suelo.

—Ella... ella me... quiere...

—¡Y una mierda te quiere, Hades! ¡Somos dioses! A nosotros no se nos quiere, se nos teme. ¿Cuándo lo entenderás?

Esas palabras retumbaron en mi cabeza. Me negué rotundamente a aceptar que quizás tenía razón, no podía vivir sabiendo que nadie podría quererme y, al igual que los mortales, me aferraba a la esperanza que Pandora dejaba caer por mi reino. Estaba convencido de que podía hacer que Kore me quisiera, pero para ello necesitaba tiempo. Si había conseguido que volviera a sonreír a mi lado después de retenerla en el



inframundo, podría enamorarla. Pero no parecía que mi hermano fuera a cambiar de opinión de ninguna de las maneras, así que decidí pedirle un poco de lo que necesitaba.

—Un día más.

—¿Cómo que un día más?

—Deja que se quede conmigo un día más, solo uno.

Zeus me miraba con un gesto de confusión total.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué no?

No supo responder a eso.

—Hermano, déjame pasar un día más sin sentirme el dios más marginado de todos, por favor —añadí.

¿Estaba suplicándole? Un poco. ¿Le gustaba eso a Zeus? Vaya que sí. La expresión de su rostro cambió por completo y, en un épico momentito de benevolencia, extendió su mano y me ayudó a levantarme del suelo. Me puse de pie y colocó sus robustas manos sobre mis hombros.

—Dentro de un día exacto enviaré a uno de los dioses a buscar a Kore, ¿de acuerdo?

Contuve mi euforia y solo mostré una sonrisa de agradecimiento. Asentí. Respetando este momento fraternal e íntimo, se marchó en el más absoluto de los silencios y formando un tímido destello. Había ganado un poco de tiempo, pero muy poco. Mi felicidad duró menos que Zeus siéndole fiel a Hera. ¿Qué pretendía conseguir en un solo día? Incluso habiéndole pedido más tiempo, ¿qué podía conseguir? Iban a llevársela igualmente, me decía. Me invadió un horrible sentimiento de frustración y le pegué una patada a un árbol que tenía al lado. Lo incrusté en el techo rocoso de mi reino, solo cayeron sus frutos, y me aparté para que no me dieran en la cabeza. Eran unas granadas hermosísimas, brillantes, hasta podía ver mi reflejo en ellas. Cogí una y la manoseé un poco. Se la llevaré a Kore, pensé, pero, inmediatamente, me vino a la cabeza la reacción de Caronte cuando le dije que había arrancado unos asfódelos para que Kore los probara. ¿Se pondría igual si le llevo una granada? Dio la casualidad de que, mientras mantenía este monólogo interior, apareció Caronte en la orilla de los campos elíseos. Estaba dejando un muerto. Salté y aterricé justo enfrente de él. Me vio venir.

—Amo Hades, Hermes acaba de contarme que Zeus ha estado aquí.

—Así es. Y ahora que lo pienso... ¿cómo sabía que Kore estaba aquí?

A buenas horas caigo en eso.

—Le aseguro que no ha sido por mí, amo Hades.

—Ya me has mentido una vez, no sé por qué debería creerte ahora.

Caronte salió de la barca y se puso delante de mí, a muy pocos centímetros de mi cara.

—Yo no soy ningún chivato, amo Hades.

Sinceramente, me lo creí. Parecía muy humillante, para él, ser considerado un chivato. Y más tarde me enteré de que quien le había explicado a Zeus que Kore estaba aquí abajo fue ni más ni menos que Helios, el titán encargado de conducir el carro del sol. Resulta que nos vio a Kore y a mí descender hacia mi reino, pero no dijo nada hasta que Zeus le preguntó si había visto algo.

—Está bien, está bien, perdóname por acusarte de ello. Te ofrezco una granada como disculpa.

Le tendí la fruta y la cogió con un poco de sorpresa.

—Gracias, amo Hades.

—¿La compartes conmigo?

Me miró, confuso.

—¿Ahora, amo Hades?

—Sí, ¿algún problema?

Negó con la cabeza, abrió la granada por la mitad y me dio una de las dos partes. Esperé a que él comiera primero; no tardó en sacar una semilla y zampársela. Me quedé un poco desubicado, me esperaba algo más de reticencia, seguía sin saber qué problema había con lo de comer cosas del inframundo. Así que fui un poco más al grano.

—Qué pena que no todos puedan disfrutar de estos maravillosos frutos, ¿no crees, Caronte?

El barquero tragó.

—Sí lo creo, amo Hades, vale la pena quedarse atrapado en el inframundo por probar su comida.

¿Qué?

No recuerdo si llegué a despedirme de Caronte o si me fui sin más. Era mi única oportunidad para conseguir que Kore se quedara y no había tiempo que perder. Cogí otra granada por el camino y volé de vuelta al tejado de mi palacio. Y sí, ahí estaba ella, esperándome. Había cumplido su palabra.

—¡Kore! —exclamé con una sonrisa boba.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha ido?

Estaba preocupada. Yo me había emocionado tanto con lo que acababa de descubrir que ni pensé en qué decirle, así que le expliqué la verdad. Le conté que Zeus iba a enviar a alguien para llevársela al día siguiente, pero porque le había pedido estar un día más con ella.

—¿Y por qué estás tan contento? Probablemente no volvamos a vernos. Seré idiota, pensé. Se me quitó la sonrisa de golpe.

—Porque podías haberte ido otra vez, pero me has esperado. Y eso me ha puesto contento.

Me creyó. Podía haberle dicho que había descubierto una manera de que se quedara conmigo para siempre, aunque seguramente no le habría gustado la idea. No podía olvidar que me odiaba con toda su alma hasta hacía poco.

—Pero me pone muy triste que esta sea nuestra última vez juntos —añadí.

—A mí también.

—¿En serio? ¿No estás encantada de largarte de aquí?

Encogió los hombros.

—A ver, sí y no.

—Me ha quedado clarísimo.

Se rio.

—O sea, sí, quiero volver con mis ninfas y ver a mi madre... y no, porque me gustaría volver a verte algún día, pero por mi propia voluntad.

Asentí.

—Si se lo pides a tu madre, quizás te deje venir.

—Conociéndola, mi madre debe de querer matarte ahora mismo.

—Es muy probable.

Nos reímos los dos.

—Siempre he tenido curiosidad por saber cómo erais de pequeños.

—Creo que nunca fuimos pequeños, nada más salir de la barriga de nuestro padre ya tuvimos que enfrentarnos a los titanes.

—Es verdad... Me sabe muy mal que te hayas criado entre toda esa violencia.

—Bueno, es lo que hay, peor lo pasó tu bisabuela Gea.

Habría estado orgullosa de que dijera eso.

—Ya, pero que otros lo hayan pasado peor no invalida tus sentimientos.

—¿Verdad? Siempre lo he pensado.

—Claro, mi madre también me ha dicho a veces que ella no tenía a nadie que la protegiera como yo la tengo a ella y siempre le contesto que eso no quita que me agobie.

—Eres increíble, Kore.

Volvió a reírse.

A medida que íbamos compartiendo nuestras vivencias solo podía pensar en darle ya la maldita granada y tenerla aquí conmigo para siempre. Pero resurgió el dilema. Si se la daba sin contarle por qué, estaría mintiéndole; eso estropearía todo lo que había arreglado, aunque se quedaría conmigo. Si se lo contaba, podía ser que me dijera que sí y se quedaría conmigo para siempre de manera voluntaria, pero la probabilidad de que me dijera que no era mucho mayor. Solo contemplaba estas dos opciones.

—¡Ay! —gritó.

Me asusté.

—¿Qué pasa?

—No puedo irme de aquí sin haber visto a Cerbero.

Respiré, aliviado.

—Joder, Kore, qué susto me has pegado.

—Perdón, es que acabo de acordarme.

—Pues va, venga, vamos, dame la mano.

—Sé volar sola, ¿eh?

—Ya, yo también, pero me gusta agarrarte de la mano, y más si va a ser la última vez.

Sonrió y nos cogimos de la mano. Sobrevolamos el prado de los asfódelos y aterrizamos en la entrada de su guarida.

—Colócate detrás de mí, a veces es un poco borde con los desconocidos. Nos adentramos en sus aposentos y a los pocos pasos ya me olió y empezó a ladrar de alegría.

—Se nota que tiene tres cabezas con solo escucharlo —dijo Kore.

Claro, Cerbero ladraba en sonido envolvente. Primero me vio a mí, fui corriendo a abrazarlo y me hizo un traje de babas. Por suerte, llevaba la granada bien escondida. Pero lo fuerte vino cuando vio a Kore. No, no se enfadó, ni se puso celoso ni nada por el estilo. Todo lo contrario, se relajó. Fue como si le hubieran inyectado un tranquilizante divino. Apartó las tres cabezas de mí y se dirigió hacia ella casi a cámara lenta.

—Hola, cosita bonita, qué cabezas más hermosas tienes tú... —dijo mientras lo acariciaba.

Cerbero abrió la boca y dejó caer sus viscosas lenguas mientras jadeaba y movía la cola. No es que necesitara la aprobación de mi perro, pero fue la señal definitiva de que no podía dejarla escapar de ninguna de las maneras. Estaba pasándomelo muy bien con ella, pero, como ya os he dicho, Cronos cuenta más rápido cuando estás a gusto. Así que no tenía mucho tiempo.

—Bueno, va, Kore, vamos.

Cerbero me gruñó.

—No quiere que me vaya. ¡Qué adorable!

—Cerbero, haz el favor.

Maldito perro, volvió a gruñirme. Kore se reía y yo estaba empezando a ponerme muy nervioso.

—¿Por qué quieres irte? Estamos bien aquí, ¿verdad que sí, Cerberito mío?

—Bueno, es que quería darte una cosa antes de que te vayas.

—Uy, qué misterio...

—No, a ver, es una tontería... pero me hace ilusión.

—Ay, pues va, ¡dime qué es!

Le mostré la granada. Brillaba como si de un tesoro se tratara. Kore se quedó boquiabierta.

—¿Qué es?

—¿Nunca has comido una granada?

—¿Una qué?

Me reí.

—Pues vas a probar la mejor de todas.

Sonrió, se la veía ilusionada, pero no tanto como yo.

—¿Esta es la mejor? —preguntó.

—Claro, yo tengo las mejores frutas que existen.

—Oh, pues a mí me encanta la fruta.

Mira qué bien.

—Genial, vamos.

Hice el gesto de irme.

—¿A dónde?

—¿No quieres probar la granada? —pregunté, algo asustado.

—Sí quiero, pero mejor aquí, que me da pena Cerbero.

Podía habérselo discutido, haber insistido en irnos a otro lado, pero notaba cómo Cronos aceleraba su contador. Lo más difícil ya lo había conseguido, intentar que fuera perfecto era demasiado arriesgado. Así que accedí. Hice aparecer un pequeño cuchillo y con un leve movimiento dividí el fruto en dos porciones perfectas. Me coloqué una en cada mano y se las acerqué. Kore dejó de acariciar a Cerbero para cogerlas, pero, de pronto, una de sus cabezas se abalanzó sobre mi mano derecha para intentar comerse una de las mitades.

—¡Cerbero, no! —grité.

No tuve tiempo de reaccionar, se la zampó.

—¡Mierda! ¡Joder!

Kore estaba meándose de la risa y yo cagándome en todo.

—Pobrecito, tenía hambre. No te enfades, Hades.

—No, no me enfado...

Y tanto que me enfadé.

—Pero quiero que pruebes la granada antes de irte y el tiempo pasa, Kore.

—Uy, sí, es verdad, pues trae.

Le di la otra mitad mientras vigilaba que Cerbero no la interceptara. Kore la cogió y se quedó mirándola.

—Lo que se come son las bolitas, ¿no?

«¿Quieres hacer el maldito favor de comerte ya la puñetera granada? ¡Joder! ¡Que quiero pasar el resto de mi vida contigo!», gritaba en mis adentros.

—Sí, semillas se llaman —respondí.

Cerbe estaba babeando.

—Ni se te ocurra —le dije a mi perro.

Kore acercó los dedos al interior de la granada y pellizcó una semillita. La alzó y la observó como si fuera una pepita de oro. Estaba volviéndome loco, tenía ganas de gritarle en la cara para que se diera prisa, podían venir a buscarla en cualquier momento y ella estaba mirando la bolita con una parsimonia ofensiva. Pero, por fin, su mano empezó a descender hacia su boca y la semillita llegó a su destino. Masticó y tragó. Desbordé felicidad, me dejé llevar y hasta salté de pura alegría. Ella me miró, confundida y ambos nos olvidamos del perro, que aprovechó nuestra distracción para llevarse casi todo el interior de la granada de un lengüetazo y mi felicidad se transformó en pánico. Kore ya había comido, sí, pero en ese instante, y por sorpresa, una duda brotó en mi cabeza. ¿Era suficiente con una semilla?

No lo había pensado hasta ese momento. ¿Era paranoia o una duda razonable? Corrí a ver qué quedaba en el interior. Cinco semillas. Maldito seas, Cerbero. Yo estaba preocupadísimo y, claro, Kore no entendía qué me pasaba.

—Ostras, Hades, no sabía que era tan importante para ti.

No dije nada, estaba un poco en shock. Ella, para animarme, cogió las que quedaban y se las llevó a la boca.

—¡Mmm! ¡Qué rica! Está muy buena, ¿eh? Tenías razón.

Empecé a sentirme muy mal. Había logrado que comiera, pero había sido muy caótico e incómodo para que ahora resultara que seis semillas no eran suficientes y acabara de desperdiciar los últimos momentos con ella.

—Hades, ¿estás bien?

La abracé, y ella también a mí.

—No sé qué pasará, pero espero que puedas perdonarme algún día —le susurré al oído.

Se separó de mí inmediatamente, asustada.

—¿A qué te refieres?

No contesté. Le di la espalda y corrí hacia la salida de la guarida de Cerbero. Podía sentir que el final se acercaba y quería estar en primera fila.

—¡Hades! —gritó Kore.

Corrió detrás de mí. Cerbero aulló, él también lo sentía. Llegué y, cómo no, fuera estaba esperándonos Hermes con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿No había más dioses disponibles?

Recordad que él estaba muy interesado en Kore.

—Mastica bien la rabia, Hades, no vayas a atragantarte. ¡ja, ja, ja!

Kore llegó a los pocos segundos.

—¿Hermes? —preguntó, incómoda.

—El mismo, preciosa, dame la mano.



Extendió la suya, pero la retiró al instante cuando vio la media granada vacía que Kore sujetaba todavía. Su sonrisa se fundió como la nieve.

—¿Qué significa eso? —preguntó señalando la fruta.

Kore la observó buscando a ver si había algo raro en la granada. Hermes me miró.

—¿Ha comido?

Aún no tenía claro si había sido suficiente o no, así que me hice un poco el loco.

—¿Por?

Hermes frunció el ceño.

—Lo sabes perfectamente, Hades.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella.

Estaba muy confundida. El dios mensajero volvió a mirarla.

—¿Has comido?

Kore buscó contacto visual conmigo, pero mis ojos no se despegaban del suelo.

—S-sí.

Hermes pegó una patada al suelo que tembló hasta el techo. Desde luego, la fuerza del dios mentiroso no iba acorde con su apariencia. Gritó de frustración. Si algo odiaba era perder. Kore se acercó a mí y me agarró de la barbilla para que la mirara.

—¿Por qué se ha puesto así? ¿Qué le pasa a esta fruta?

—¡La has condenado! ¡Has condenado a la hija de Deméter! —exclamó Hermes.

Kore estalló.

—¿Alguien puede explicarme qué pasa?!

Lanzó la granada al suelo.

—Todo aquel que coma algo del inframundo está obligado a quedarse

—respondió Hermes.

Se quedó paralizada.

—Por qué no me sorprende que no te lo haya dicho... —añadió.

Me moría de la vergüenza. Kore se volvió hacia mí muy poco a poco.

—Por eso me has insistido tanto.

Asentí levemente.

—No me lo puedo creer...

—Tenía miedo de perderte —la interrumpí.

—¡Pues acabas de hacerlo!

Ahora sí, la miré.

—No, porque te quedas.

—Tenerme a tu lado no significa que vaya a estar a gusto, manipulador.

—Ya lo veremos.

—¡Te odio! Maldito desgraciado, eres igual que tus hermanos.

—¡No lo soy!

—Sí lo eres —añadió Hermes.

—Tú tampoco eres el más indicado para hablar —le dije.

—¡Ninguno lo sois! ¡No os salváis ni uno! Mi madre tenía razón. ¡SOIS HORRIBLES TODOS! ¡T-O-D-O-S! ¡AH! ¿Cómo puede ser que tenga que quedarme aquí por haber comido seis estúpidas bolitas de nada? ¡¿Cómo?!  
—Espera, ¿qué? ¿Cuánto has comido? —preguntó Hermes.

Oh, oh.

—Seis semillas. ¿Por qué?

Hermes volvió a sonreír y, de nuevo, le ofreció la mano a Kore. Me entró el pánico.

—¿Qué haces? No puedes llevártela, debe quedarse.

—Eso no tienes que decidirlo tú.

—Ah, ¿no? ¿Entonces quién? ¿Zeus?

—Vamos, Kore.

Ella me miró, furiosa, le cogió la mano a Hermes y ambos se fueron volando.

—¡Eso va en contra de las leyes de mi reino! ¡Volverás, Kore, hija de Deméter! ¡Volverás!

Estuve a punto de perseguirlos, pero no me atreví. Me sentía muy confuso y lleno de ira. No podía tomar ninguna decisión. Se me pasaban mil cosas por la cabeza. Quería ir al Olimpo y pelearme con todos hasta reducir el mundo a cenizas, o entrar en la guarida de Cerbero y estrujarle las cabezas restantes por haber saboteado mi plan o inmolarme incluso. Pero, por suerte para mi perro y para vosotros, decidí no hacerlo. En su lugar, volví a mi castillo y lo destruí. Los trozos volaban como en una lluvia de meteoritos. No hubo nadie en mi reino que no escuchara mis gritos. Lo derrumbé entero y solo quedó en pie mi trono... y el de Kore. No porque tuviera esperanza, ya se me había acabado, sino porque quería que eso fuera lo último que convirtiera en polvo. Me acerqué a su asiento por detrás, abracé el respaldo y rompí a llorar como un niño. Poco a poco incrementé la fuerza, pero, antes de romperlo, alguien saltó encima de mí y me encajó tal hostia en la cabeza

que me enterró literalmente en el suelo de mi reino, boca abajo. ¿Quién había sido? Me retorció como un escarabajo patas arriba hasta que pude desencajarme. Alcé los ojos y la vi, de pie, justo delante de mí: era Deméter. Su puñetazo me había hecho daño, pero nada comparado con su mirada. Intenté incorporarme, pero me pisó la cabeza y volví a comerme el suelo.

—Me lo esperaba de cualquiera, Hades...

—Lo... sien... ¡Ah!

Me pisó más fuerte.

—Ni se te ocurra decir que lo sientes.

—Suéltalo —dijo alguien más.

Rápidamente, Deméter apartó el pie y retrocedió, y yo aproveché para levantarme. Mi hermano Zeus había venido, estaban uno al lado de otro.

—¿Qué le ha pasado a tu castillo? —preguntó él.

—Lo mismo que pasará en el Olimpo como no me devolváis a Kore.

Deméter dio un paso hacia mí, pero Zeus la sujetó por el brazo.

—No volverás a verla en tu vida —dijo ella.

—¿Qué? ¿Es eso cierto, Zeus?

—A ver...

Deméter lo miró, incrédula.

—No, Zeus, no hay nada que ver.

—Comió una fruta del inframundo, la ley dice que... —comencé.

—Ya sé lo que dice esa ley —me interrumpió Zeus.

Estaba agobiándose, quería solucionar esto lo antes posible, así que lo presioné.

—Si no se respetan las leyes de los reinos nada de esto tiene sentido y todos podemos eludir nuestras responsabilidades, hermano.

—Eso... es verdad... —dijo.

—Ten cuidado con lo que decides, Zeus, porque como yo eluda las mías te vas a quedar sin humanos —sentenció Deméter.

Él resopló y se puso las manos en la cabeza.

—Te está haciendo chantaje, Zeus.

—¡¿Y tú no?! —exclamó mi hermana.

—A ver, vamos a llegar a un acuerdo —dijo Zeus.

—¿Cómo que un acuerdo? —preguntó Deméter.

—¿Qué problema tienes?

—Pues que no pienso llegar a ningún acuerdo. Mi hija se queda conmigo y punto, no hay más que hablar.

De los ojos de nuestro hermano salieron chispas, estaba hartándose ya de la situación.

—Lo más sensato es repartírosela.

Se me iluminaron los ojos.

—Tienes que estar de broma... —soltó Deméter apretando los puños.

—Un tiempo contigo, otro con Hades, y así sucesivamente. Es mi decisión final.

—A mí me parece bien, Zeus —dije conteniendo las ganas de brincar de alegría.

—¡Pues a mí no!

—Me la suda, Deméter, así de claro te lo digo.

—¿Sí? Vale, pues ya me lo dirás cuando tus humanos de mierda vuelvan a morir de hambre.

Zeus le giró la cara de una bofetada.

—A mí no me amenes, que te arruino la existencia.

Deméter se recompuso poco a poco.

—Ya lo has hecho. Me has quitado a mi hija.

—No exageres, os la iréis turnando. Cuando no esté contigo estarás triste, pero cuando vuelva estarás aún más contenta de verla.

—No habrá comida cuando mi hija esté en el inframundo.

—Pues que recolecten. Los humanos también deben aprender a ser previsores y no esperar que siempre haya alimento, que ya son mayorcitos.

—Me parece una grandísima idea, Zeus, todos salimos ganando con esto —dije.

Mi hermana me miró rebosante de odio y me señaló con uno de sus floridos dedos.

—Eres el peor de todos.

—¿Cómo?

—Siempre has creído que eras mejor que nuestros hermanos, pero eres peor.

Me quedé boquiabierto.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es. Porque a ellos se les ve venir, pero tú... Tú eres retorcido, eres mentiroso, manipulador. Haces creer a los demás que eres bueno, que no eres como el resto de los dioses, y eres igual. Todos sois iguales.

Zeus puso su mano en el hombro de Deméter, pero ella se apartó.

—¡No me toques! ¡Joder! ¿Por qué no me dejas en paz? ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Intenté protegerla de ti y de tus depravados hijos para que no le pasara lo mismo que me hiciste a mí y no ha servido de nada! ¡Os odio!

Deméter, sollozando, salió disparada hacia el techo de mi reino y lo atravesó. Me quedé un rato mirando hacia arriba, dándole vueltas a lo que me había dicho. Bajé los ojos y vi a Zeus con una sonrisa cómplice que sobresalía de su rostro, como si no hubiera pasado nada. Se acercó a mí, alzó la mano derecha y me dio dos golpecitos en el hombro, los dichosos golpecitos.

—Disfrútala.

Y se fue formando una tímida y silenciosa bola de luz. Las palabras de mi hermana me habían dolido, aunque eso no era nada comparado con la felicidad que sentía al saber que volvería a ver a Kore. Quizás no os hayáis dado cuenta, pero esta anécdota de mi vida es el motivo por el cual existen lo que llamáis las estaciones del año. Cuando Kore baja conmigo, Deméter se pone triste y todo deja de florecer, las hojas se caen y empieza el frío. A eso lo llamáis, primero, otoño y, después, invierno. Y cuando su hija vuelve con ella comienza la primavera y la sigue el verano. ¿Y mi tristeza y felicidad? ¿En qué os perjudica? Pues a los vivos en nada, pero, si podéis, os recomiendo no moriros cuando no estoy con ella. Las seis semillas que se comió son los seis meses que pasa en mi reino. ¿Si se hubiera comido doce estaría el año entero conmigo? No, lo único que ocurriría es que vuestros años tendrían veinticuatro meses y las estaciones serían más largas.

Cuando Kore volvió conmigo seguía muy enfadada, y hasta su tercera vuelta no pudo disfrutar de estar a mi lado. Fue entonces cuando su nombre, Kore, «doncella», quedó atrás y, como reina del inframundo, empezó a llamarse Perséfone, «la que trae muerte». Hay quien dice que acabó enamorándose de mí, otros que sufrió lo que llamáis síndrome de Estocolmo, pero eso no me corresponde a mí decíroslo. Si queréis saberlo, preguntádselo a ella.

Lo único que puedo deciros es que siempre he sido muy feliz con Perséfone y, por muy grave que pueda pareceros, no me arrepiento de nada de lo que hice para que se quedara. Aparte, tampoco se puede hacer nada ya. No me importa si no me entendéis, al fin y al cabo, soy un dios y vosotros los *followers* de Zeus. Siempre estaréis de su parte, nacisteis para ello.

Y sí, entiendo que algunos estéis decepcionados conmigo. Yo también lo estuve conmigo mismo durante un tiempo al darme cuenta de que había usado mi poder y mis privilegios para aprovecharme de Perséfone. Pero de eso ya hace mucho y yo he cambiado. Además, era otra época.

Esta es mi historia —bueno, parte de ella— y de momento le pongo fin. Es probable que hayáis sentido de todo leyéndome. Puede que ahora me améis o, quién sabe, puede que me odiéis, pero recordad que vuestro destino *post mortem* está en mis manos. Y si lo comparáis con lo que hicieron los otros dioses, lo mío no es nada. La influencia que ejercían los demás sobre mí era muy grande, o sea que, técnicamente, no se me puede responsabilizar del todo. Yo también soy una víctima, ¿verdad?

## Agradecimientos

Gracias a Sergi por esperarme y a Sandra por los consejos. Gracias a mi hijo por nacer cuando ya había acabado el libro, a mis gatos por no pisar el teclado cuando dejaba el documento abierto y a mis perras por obligarme a salir al bosque. Y gracias a Neus por darme un poco de su tiempo para escuchar mis ideas y dar su opinión. Y más considerando lo rápido que cuenta Cronos cuando estás con quien quieres.

*Hades, el dios menos malo*

Pol Gise

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Pol Gise, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Corrección de estilo a cargo de Cristina Lizarbe

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-9998-963-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**



**¡Síguenos en redes sociales!**

